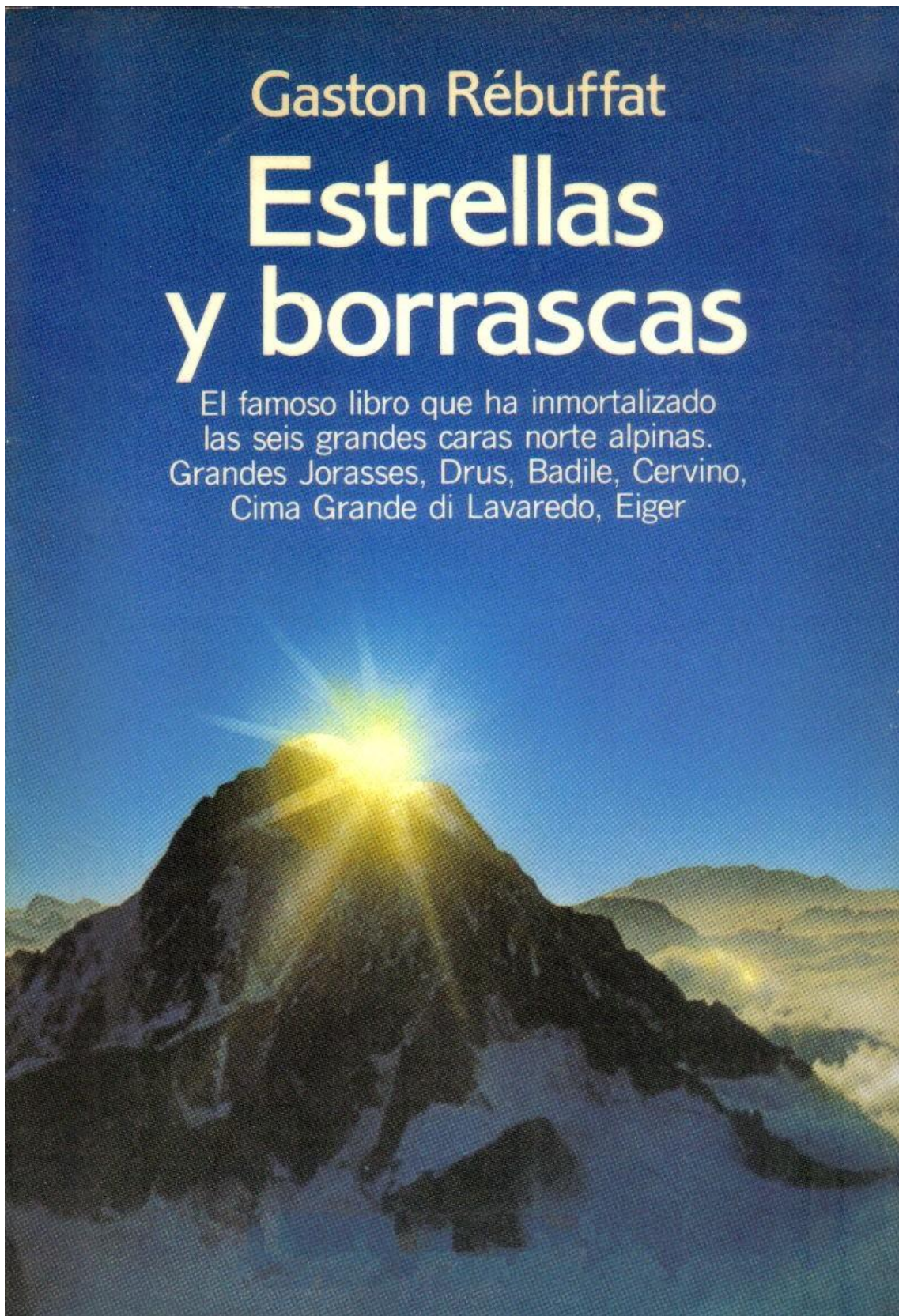


Gaston Rébuffat

Estrellas y borrascas

El famoso libro que ha inmortalizado
las seis grandes caras norte alpinas.
Grandes Jorasses, Drus, Badile, Cervino,
Cima Grande di Lavaredo, Eiger



Gaston Rébuffat

ESTRELLAS Y BORRASCAS

SEIS PAREDES NORTE

Editorial RM - Barcelona

Traducción: María de Quadras

Portada: Después de una fuerte tempestad,
un destello de esperanza para los alpinistas
se extiende sobre el grandioso panorama de las
Grandes Jorasses. (Foto Miguel Angel Gallego.)

Título original: *Étoiles et tempêtes*

© Gaston Rébuffat

© Edición Española: Editorial RM, Barcelona, 1982

ISBN: 84-7204-101-8

Depósito Legal: B. 22.837-1982

Fotocomposición: Llovet

Fotolitos: Cromoarte

Impresión: Litografía Rosés, S.A.

Encuademación: Ars Libris

Printed in Spain - Impreso en España

PROLOGO

Este libro es el de una juventud completamente consagrada a la montaña.

He soñado con ascensiones durante años y años, mientras residía en Marsella, y cada invierno esperaba impaciente la llegada del mes de julio. Por fin sonaba la hora de emprender la marcha hacia Ailefroide o Chamonix. Pasaba algunos días en las cumbres; luego tenía que esperar un año más. Hasta que, por último, decidí vivir para siempre en la montaña y me hice guía.

Dos ascensiones, entre muchas otras, han cristalizado estos sueños de mi juventud: la Barre des Ecrins, en mi adolescencia, y la pared norte de las Grandes Jorasses por el Espolón Walker, a los veinte años.

En 1945, al bajar de esa montaña y como liberado de mis deseos de aficionado, la atracción de las tierras altas siguió en mí otro derrotero: escogí el oficio de guía. Dejé la «Ecole Nationale de Ski et d'Alpinisme» (ENSA), en la cual era instructor, y me sentí desde entonces capitán de mi vida.

Un sueño realizado engendra otro sueño; después del Espolón Walker de las Grandes Jorasses, quise escalar las otras paredes norte: Drus, Badile, Cervino, Cima Grande, Eiger. Cuando esas paredes eran vírgenes, yo estaba todavía casi en la infancia; al llegar a la edad de escalarlas deseé subirlas todas. Pero no me bastaba con esto: me hice guía y quise escalarlas ejerciendo mi profesión. ¡Oh exigente juventud que no se conforma con términos medios!

Cuando subí a los Ecrins tenía el alma de un boy-scout; en las Grandes Jorasses, y durante los cuatro años que pasé en el «Centre-Ecole de Jeunesse et Montagne», en la «Ecole Militaire de Haute Montagne» y en la «Ecole Nationale de Ski et d'Alpinisme», fui un muchacho entusiasta; el oficio de guía me ha ayudado a convertirme en hombre.

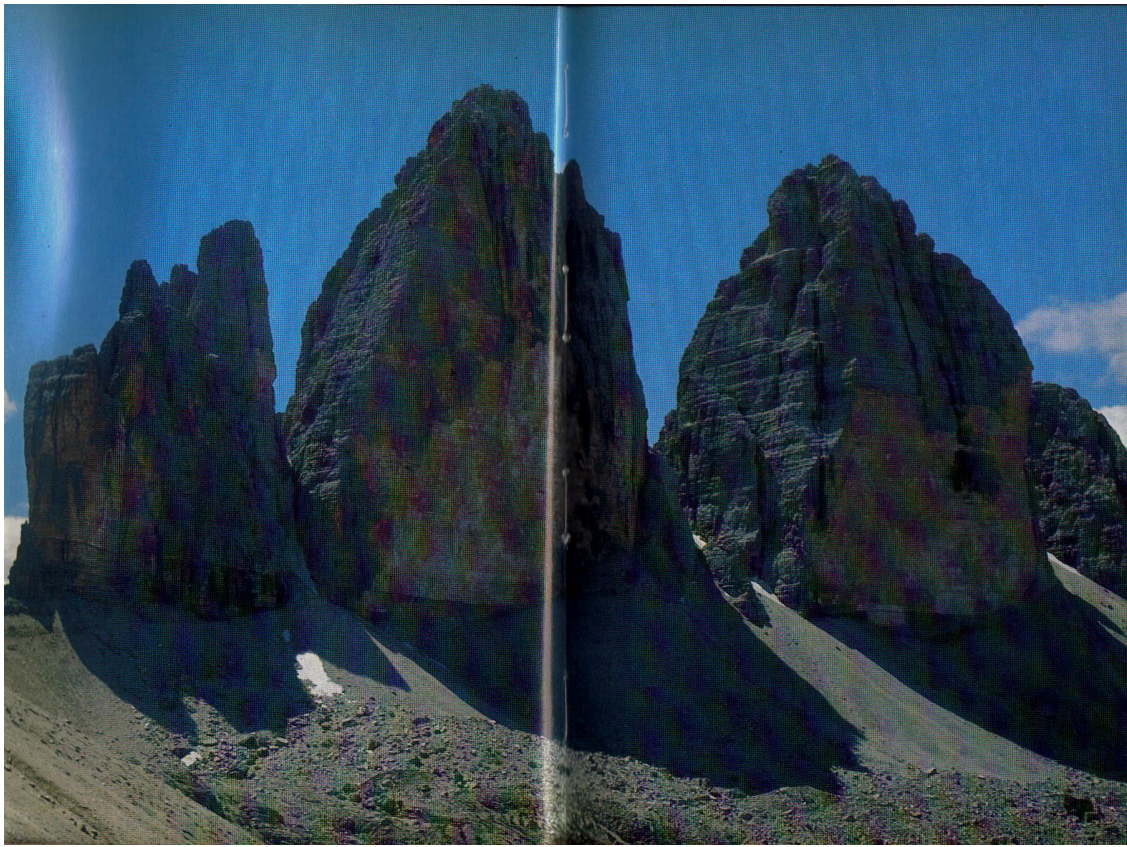
La profesión de guía es una de las más hermosas, porque el hombre la ejerce sobre la tierra virgen aún.

Pocas cosas subsisten en nuestros días; ya no existe ni la noche, ni el frío, ni el viento, ni las estrellas. Todo se ha neutralizado. ¿En dónde está el ritmo de la vida? ¡Todo va tan aprisa y hace tanto ruido! El hombre apresurado ignora la hierba de los caminos, su color, su olor, sus reflejos cuando el viento la acaricia.

Es curioso el encuentro entre la materia humana y el relieve del planeta: unos hombres en un silencio de olvido. ¿Una pendiente de nieve dura como un cristal? La escalan y firman su trabajo; una huella fantástica. ¿Una roca hermosa como un obelisco? Destruyen la ley de la gravedad y ganan el derecho de pasar por cualquier parte. No corren una aventura; solamente viven, ejercen su profesión.



La esbelta silueta de los Drus, con su pared norte a la izquierda, en la sombra.



Las paredes norte de las Tre Cime di Lavaredo.



El Espolón Walker de las Grandes Jorasses.

En verano se levantan cada día de madrugada para interrogar el cielo y el viento. La víspera estaban inquietos: largas nubes rayaban el oeste. Temían que la noche se estropeará: la Vía Láctea brillaba con excesiva crudeza, el frío se hacía esperar. Pero el viento del norte se ha levantado; la nieve y el cielo están en las debidas condiciones; el guía puede despertar a su cliente y salir. Una cuerda une entonces a dos seres que no tienen más que una vida; el guía se ata por unas horas a un desconocido que va a convertirse en un amigo: dos hombres no pueden ya sentirse extraños cuando comparten la misma suerte, buena o mala.

El oficio podría resultar fastidioso con la repetición inevitable de las mismas ascensiones, pero el guía no es una máquina de escalar rocas y pendientes de hielo, de conocer el tiempo y el itinerario. El guía no sube por sí mismo: abre las puertas de sus montañas como el jardinero las verjas de su parque. La altitud es un marco maravilloso para desempeñar su trabajo, y escalar le procura un placer que nunca le cansa, pero sobre todo le satisface la felicidad de aquel a quien acompaña. Sabe que determinada excursión es particularmente interesante, que en tal lugar se goza de una magnífica vista panorámica, que cierta arista de hielo parece un encaje; no dice nada, pero la sonrisa de su compañero al descubrirlo es su recompensa. Si el guía no pensara conseguir más goce que el de su propia escalada, quedaría defraudado y se cansaría pronto de la montaña. Pero no; al escalar cinco, diez o veinte veces la misma hendidura o la misma losa, vuelve a encontrarla con placer. Pero su felicidad proviene de un sentimiento más profundo: su parentesco con la montaña y con los elementos, como el campesino con su tierra o el artesano con la materia que trabaja. Si el segundo de la cuerda vacila, el guía le devuelve la confianza; si la tempestad se presenta repentinamente, conoce sus secretos: su instinto le dirige, su responsabilidad aumenta sus fuerzas y conduce nuevamente a su cordada hasta el refugio. Le gusta la dificultad, pero odia el peligro, estas dos nociones tan distintas. A veces muere, herido por el rayo o a causa de los desprendimientos de piedras o aludes; esto también forma parte de su oficio, pero mientras vive lucha para guiar a su cordada.

* * *

El oficio de guía, entre los nativos de Chamonix o de los otros valles de la montaña, suele heredarse de padres a hijos. ¡Pero yo soy marsellés! Sin embargo, es en mi Provenza natal, en las colinas de la Sainte-Baume o del Luberon, o en las Calanques, junto al mar, en donde ha nacido en mí el amor al viento y a los grandes espacios, a las estrellas y a las borrascas, a las flores y a los bosques, al olor y al sabor de todas esas cosas.

En 1950, estaba con la expedición francesa al Himalaya al pie de los gigantes de la tierra. Pero en el Annapurna íbamos guiados por el mismo anhelo que en los Ecrins o en las Jorasses, y después de una agradable aprensión al hallarnos frente a estos gigantescos y misteriosos macizos hemos penetrado en sus secretos. Caminábamos, descubríamos, explorábamos, y cada noche nos dormíamos, felices, bajo el cielo de Asia.

Hogueras en el bosque, campamentos en los valles o en los glaciares, en el Himalaya; atardeceres y noches en refugios, en los Alpes. Las noches pasadas en la montaña se cuentan entre los más hermosos recuerdos de la vida de un alpinista; pero los que perduran más y muchas veces los mejores son los vivacs a la intemperie, bajo las estrellas.

Para realizar la ascensión de las grandes paredes norte los primeros escaladores han debido emplear dos, tres o cuatro días, y pasar una noche por lo menos aferrados a la pared. Actualmente, a pesar de conocer el itinerario, resulta frecuente todavía el vivaquear en algunas de ellas. Esto no es ningún inconveniente.

Al atardecer, el alpinista busca un rellano, deja su mochila, coloca una clavija y se ata a ella; después del duro y acrobático esfuerzo de la ascensión, contempla como un poeta, pero se integra más que él a la vida de la montaña. El hombre que vivaquea liga su propia carne a la carne de la montaña. Sobre su lecho de piedra, adosado a la gran muralla, frente al familiar vacío, mira hacia su izquierda cómo se oculta el sol en el horizonte, mientras el cielo extiende en la parte opuesta su manto de estrellas. Primero permanece en vela, luego se duerme, si puede; se despierta, observa el cielo, se vuelve a dormir; luego acecha: hacia su derecha ha de volver el sol. Gran viaje bajo los esparcidos diamantes.

Aquel que sólo ha hecho ascensiones con buen tiempo, saliendo siempre de los refugios, sin vivaquear nunca, conoce el esplendor de la montaña, pero ignora su misterio durante la noche, en la profundidad del cielo. Conozco a muchachos entusiastas que huyen de la ciudad los fines de semana para ir a los bosques de Fontainebleau o a las Calanques; el domingo escalan, pero el sábado por la noche vivaquean, por amor a la naturaleza y a lo universal.

Algunos alpinistas se jactan de haber realizado todas sus ascensiones sin vivac. ¡No saben lo que se pierden! Lo mismo que aquellos a los que sólo les placen las ascensiones sobre roca, o sobre hielo, o únicamente las aristas o las paredes. No, no hay que rehusar ninguna de las mil y una alegrías que la montaña nos brinda, ni rechazar ni limitar nada. Tener sed, tener hambre, saber ir aprisa, saber también avanzar lentamente o detenerse para contemplar. ¡Vivir!

Entre las grandes paredes norte hay algunas donde ya no es necesario vivaquear, como durante la primera ascensión, gracias al conocimiento del itinerario y a las clavijas dejadas por los escaladores,

por ejemplo, la cara norte de la Cima Grande di Lavaredo. Pero al escalar esta pared, más de una vez he pensado en los primeros escaladores que permanecían aferrados durante la noche a la vertical y blanca piedra que huía hacia el cielo, por encima de ellos.

Naturalmente, se puede hacer un vivac por el gusto de vivaquear, como se puede escalar por escalar, pero creo que no es ésta nuestra vocación. No nos basta ser espectadores o máquinas de escalar. Debemos formar parte de la noche y de la montaña más que como testigos. Las estrellas centellean en el cielo: el montañero las contempla, pero son algo que vive, y también algo que le pertenece un poco: su suerte depende de ellas.

Si brillan, se siente feliz.

Si relucen con demasiada crudeza, la duda se apodera de él; tal vez se acerca una tempestad.

Si las nubes las ocultan, nevará al amanecer.

Y mientras en el valle la electricidad las ha suplantado definitivamente, allí arriba, los dorados cristales son algo así como un poco de su carne que se estremece.

* * *

En el momento en que escribo estas líneas siento deseos de respirar un momento el aire de la noche.

Es invierno; hace frío.

Encajonadas entre dos hileras de casas, festoneando los tejados de mi estrecha calle, las estrellas parecen deslizarse lentamente a medida que avanzo.

«Hace mucho frío —me digo—; buena señal, la nieve estará helada.»

Es una tontería, estoy en París, en la calle de los Grands-Augustins.

Sin embargo, mi calle desemboca en un paseo, y en el centro de la gran ciudad, el Sena, los árboles, la noche y el silencio tienen algo que recuerda a la Naturaleza.

Es la hora en que se sale a la terraza del refugio para interrogar el cielo, el viento, la nieve.

Las noches muy frías anuncian los días hermosos. Es la hora de salir, la hora en que el alpinista enciende su farol...

Y los sueños se apoderan de mí.

PARED NORTE
DE LAS GRANDES JORASSES

ESPOLON WALKER

¿La pared norte de las Grandes Jorasses? Es difícil, pero hermosa.

De una altura de 1.200 metros y una anchura de 1.500, está construida como una catedral. Su punto culminante se halla a 4.200 metros. Bajo ella el glaciar se retuerce como una cinta. Se yergue al fondo de un amplio circo glaciar y no es visible desde el valle, pero como es atractiva, muchos realizan la ascensión para verla.

El turista que se dirige al refugio del Couvercle la descubre, majestuosa, cuando sube los Egralets. Desde la Aiguille du Moine o la Aiguille Verte, el alpinista la contempla en toda su grandeza: un bloque de granito gris y leonado, de una altura cuatro veces superior a la torre Eiffel. Maciza y bien construida, tiene impulso a pesar de su densidad: su cresta se yergue en el cielo. Parece vivir. No es piedra gastada, muerta, opaca, que se desmorona. Al contrario, se endereza mientras hunde sus raíces, debajo del glaciar de Leschaux, en el cálido planeta lleno de vida.

* * *

¿Cuántas horas he pasado, contemplándola, desde la terraza del refugio del Couvercle, en la hora en que el sol poniente ilumina sólo las altas cumbres? En el valle reina la noche y oscurece en la montaña media, pero en lo alto el fuego se acumula, fermenta, y, en pocos momentos, se incendia la cara norte de las Grandes Jorasses.

Abajo todo está tranquilo, glacial. La frescura se eleva por las canales y los últimos rayos, estremecidos de frío, huyen lentamente de la pared y la abandonan luego en la noche.

Llega entonces un tiempo muerto en el cual la vida parece suspendida; los débiles ruidos no son más que murmullos. Pero después de esta vacilación, otra nueva vida empieza: una a una las estrellas van apareciendo en la gran bóveda, palpitan, centellean y reinan, innumerables y fraternales.

Hace frío; todo se resquebraja y se encoge. Me encuentro en la terraza del refugio, como otros montañeros, y, aunque conozco el espectáculo de memoria, presto atención un poco emocionado. ¡Misterio de la piedra y de la noche!

Luego, mientras la tierra rueda y los hombres duermen, a algunos de ellos se les aparece en sueños la visión de la gran pared norte.

* * *

Como la mayor parte de las otras montañas, las Grandes Jorasses han sido escaladas por primera vez por la cara sur, soleada y acogedora. La cresta cimera, de 4.000 metros de altura y de una

longitud de cerca de un kilómetro, tiene varios picos diferentes: Young (4.000 m), Margarita (4.065 m), Michel Croz (4.108 m), Whymper (4.196 m) y la cumbre: la Punta Walker (4.208 m). Cada nombre es una etapa de la difícil conquista de esta montaña.

Después de la cara sur, el alpinista atacó las aristas; la arista de las Golondrinas, de una pureza de parábola, no fue escalada hasta el año 1927 por los italianos Matteoda, Ravelli y Rivetti, conducidos por los guías Adolphe Rey y Alphonse Chenez.

Pero la pared norte permanecía virgen. Los asaltos se fueron multiplicando. La gran pared se convertía por momentos en un desafío que inspiró primero el deseo, luego el temor y por fin el terror.

Los mejores alpinistas rondaban a sus pies: guías, sin-guías, ingleses, alemanes, austríacos, italianos, suizos, franceses... muchos de ellos murieron allí.

G. Winthrop Young y Joseph Knubel habían hecho ya una exploración en el año 1907. Ellos fueron los primeros en sentir la gran tentación de escalar la más hermosa cara norte de todos los Alpes.

Pero las verdaderas tentativas empezaron en 1928, a lo largo del espolón de la Punta Walker. Gasparotto, Rand Herrón (*A la vuelta de una expedición al Himalaya, Rand Herron se mató al bajar de las pirámides.*) y Zanetti, conducidos por Armand Charlet y Evariste Croux, se elevaron hasta el pie de la primera barrera de losas, a unos 3.300 metros.

Después de una interrupción de tres años, las tentativas se reanudaron en 1931, y se hicieron sistemáticas hasta alcanzar el éxito. El 1.º de julio dos alemanes, Heckmair y Kroner, intentaron subir por el couloir central. Algunos días después, otros dos alemanes, Brehm y Rittler, salieron en la misma dirección, pero, arrastrados sin duda por un desprendimiento de piedras o por algún alud, cayeron y se mataron. Sus cuerpos fueron hallados una semana más tarde por Heckmair y Kroner, que atacaban de nuevo.

La cara norte de las Grandes Jorasses se convirtió en la ascensión más codiciada y los mejores alpinistas del momento desfilaron por el refugio Leschaux, situado en el circo de las Jorasses, para lanzarse al ataque de la pared: los alemanes Franz Schmid, vencedor de la cara norte del Cervino; Steinauer, Welzenbach (*Muerto en el Nanga Parbat.*); los italianos Binel y Crétier, Boccalatte y Chabod, Carrel y Maquignaz; los franceses Dilleman y Couturier, conducidos por Armand Charlet. Ninguna de estas cordadas logró atravesar la barrera de losas.

En 1933 fue intentado un nuevo itinerario; abandonando el Espolón Walker, los italianos Gervasutti (*Uno de los mejores y más activos alpinistas que hayan existido. Murió en el Mont Blanc de Tacul.*) y Zanetti se elevaron hasta 3.500 metros sobre espolón central que desemboca en el Pico Michel Croz.

Un año después, el 5 de julio de 1934, Armand Charlet y Robert Greloz alcanzaron los 3.600 metros en el mismo espolón durante una tentativa que tuvo cierta resonancia.

Apenas Charlet y Greloz habían bajado, cuando atacaron los suizos Loulou Boulaz, una mujercita de aspecto frágil y de voluntad excepcional, y Raymond Lambert (*El cual, posteriormente, llegaría hasta los 8.500 metros por la arista sudeste del Everest*). Luego les tocó el turno a los alemanes Meier y Steinauer. El 30 de julio, cuatro distintas cordadas se hallaron escalonadas en el espolón:

Una cordada francesa muy rápida: Armand Charlet y Fernand Belin.

Una cordada italiana: Gervasutti (que había abierto la vía el año anterior) y Chabod.

Una cordada austriaca.

Una cordada alemana: Peters y Haringer.

Ante las condiciones poco favorables y la inseguridad del tiempo, todos los alpinistas abandonaron, excepto los alemanes.

Pero después de haber franqueado el obstáculo principal, un resalte vertical, se vieron obligados también a dar media vuelta. En el curso del descenso, que la nieve reciente y el hielo hacían peligrosísimo, Haringer resbaló y cayó sobre el glaciar, quinientos metros más abajo. Peters regresó solo a Chamonix después de haber pasado cinco días y cuatro noches en la pared.

Cualquier otro en lugar de Peters hubiera renunciado, pero al siguiente año fue el primero en asediar la pared.

Meier reemplazaba a Haringer. Después de una tentativa interrumpida por los desprendimientos de piedras, los dos alemanes lograron la gran primera en los días 28 y 29 de junio de 1935. Algunos días después la ascensión fue repetida primeramente por Gervasutti y Chabod, Loulou Boulaz y Raymond Lambert, luego por Messner y Steinauer.

Se había dado un gran paso en la conquista de la pared norte de las Grandes Jorasses, pero el verdadero problema no estaba resuelto todavía. El Pico Michel Croz (4.108 m), en el cual desemboca el espolón central, no es más que uno de los picos de la arista cimera, mientras que «la» cumbre de las Grandes Jorasses es la Punta Walker (4.208 m).

Y el sueño de una vía directa, elegante, que uniera directamente el glaciar a la cumbre, se apoderó de nuevo de los alpinistas. Las tentativas se reanudaron. El mejor escalador francés, Pierre Allain, efectuó un reconocimiento con Edouard Frenod en 1937 y una tentativa con Jean Leininger en el siguiente año. En 1935 había conseguido realizar la primera ascensión de la cara norte de los Drus en compañía de Raymond Leininger; el Espolón Walker era una continuación normal, muy adecuada a las cualidades de Pierre. En efecto, fue el primero en conseguir franquear la primera barrera de losas que había detenido

todas las tentativas, pero después de dominar este obstáculo, renunció. Era el primero de agosto de 1938.

El mismo día, tres alpinistas italianos, desconocidos en los Alpes occidentales, pero que habían realizado grandes primeras en los Dolomitas, atravesaban la frontera en el Col du Géant (3.370 m), bajaban por la vertiente francesa del macizo del Mont Blanc, se detenían en el refugio del Requin y le preguntaban sin rodeos al guarda:

—Por favor, ¿en dónde se encuentra la pared norte de las Grandes Jorasses?

Sorprendido, luego divertido, creyendo que se trataba de unos bromistas, el hombre les indicó con un gesto vago:

—Es por allí.

Dos noches después el guardián del refugio del Couvercle creía soñar al divisar una lucecita a 3.400 metros en el Espolón Walker, y, en la noche siguiente, la misma lucecita situada 400 metros más arriba, en la parte superior de la pared.

Los alpinistas pasaron la tercera noche en la cumbre, en plena tempestad. De este modo, sin que nadie se enterara, los italianos Riccardo Cassin, Esposito y Tizzoni, gracias a su voluntad, a su decisión y a su técnica moderna, realizaron con éxito la primera ascensión por la vía directa a las Grandes Jorasses: la ascensión más hermosa de todos los Alpes.

* * *

En esos mismos días de agosto del año 1938, tuve la suerte de hacer una excursión por primera vez por alta montaña, y me sentía demasiado feliz, al celebrar mis diecisiete años en los Ecrins de la Meije, para poder desear nada más. Pero en el transcurso de los veranos siguientes, después de haber realizado varias excursiones y algunas ascensiones excepcionales, el proyecto más hermoso se instaló en mi cabeza de entusiasta escalador: subir las Grandes Jorasses por su cara norte.

Para un muchacho, tener un proyecto es algo maravilloso y tal vez indispensable.

Sin duda, la Punta Walker es una gran cumbre y su ascensión por el espolón norte la más dura de todos los Alpes, pero estas definiciones son meras fórmulas. Para mí esa montaña es la de mis sueños, y esa ascensión la ilusión de mi juventud.

* * *

Es una rara velada la que pasamos esta noche en el pequeño refugio de Leschaux, al pie de la cara norte, como término de un deseo tan largamente alimentado y tras una preparación de cada día. Con los

ojos completamente abiertos en la oscuridad, tendidos sobre las literas, esperamos la liberación del amanecer.

Mi compañero Edouard Frenco afecta un aire despreocupado, pero sé que está algo ansioso: otras veces ha intentado ya esta ascensión. Yo, que lo ignoro todo, me siento inquieto sencillamente ante la última espera.

No consigo conciliar el sueño. El recuerdo de mi primera noche en alta montaña y de mi primera ascensión, efectuada seis años antes, se mezcla a mi actual inquietud. Extraño parentesco. Me parecía una especie de bautismo. Vivaqueábamos al aire libre, bajo las estrellas, en el Col des Avalanches; al día siguiente íbamos a hacer la Barre des Ecrins, con la cual soñaba hacía mucho tiempo. Tenía diecisiete años y era frágil, pero a pesar del frío y de la aprensión me quedé dormido.

Hoy ya no soy frágil. En mi cabeza y en mi cuerpo siento ese vigor que necesitaba para vivir allá abajo, en el valle; lo sentiré fluir por todo mi ser en los siguientes días, durante los cuales escalaremos sin cesar. Muchas veces, en la tierra baja, he oído pronunciar la palabra «inutilidad» hablando de alpinismo; les contestaba: «No podéis comprenderlo».

Realmente, a veces sentían envidia de mi dicha.

* * *

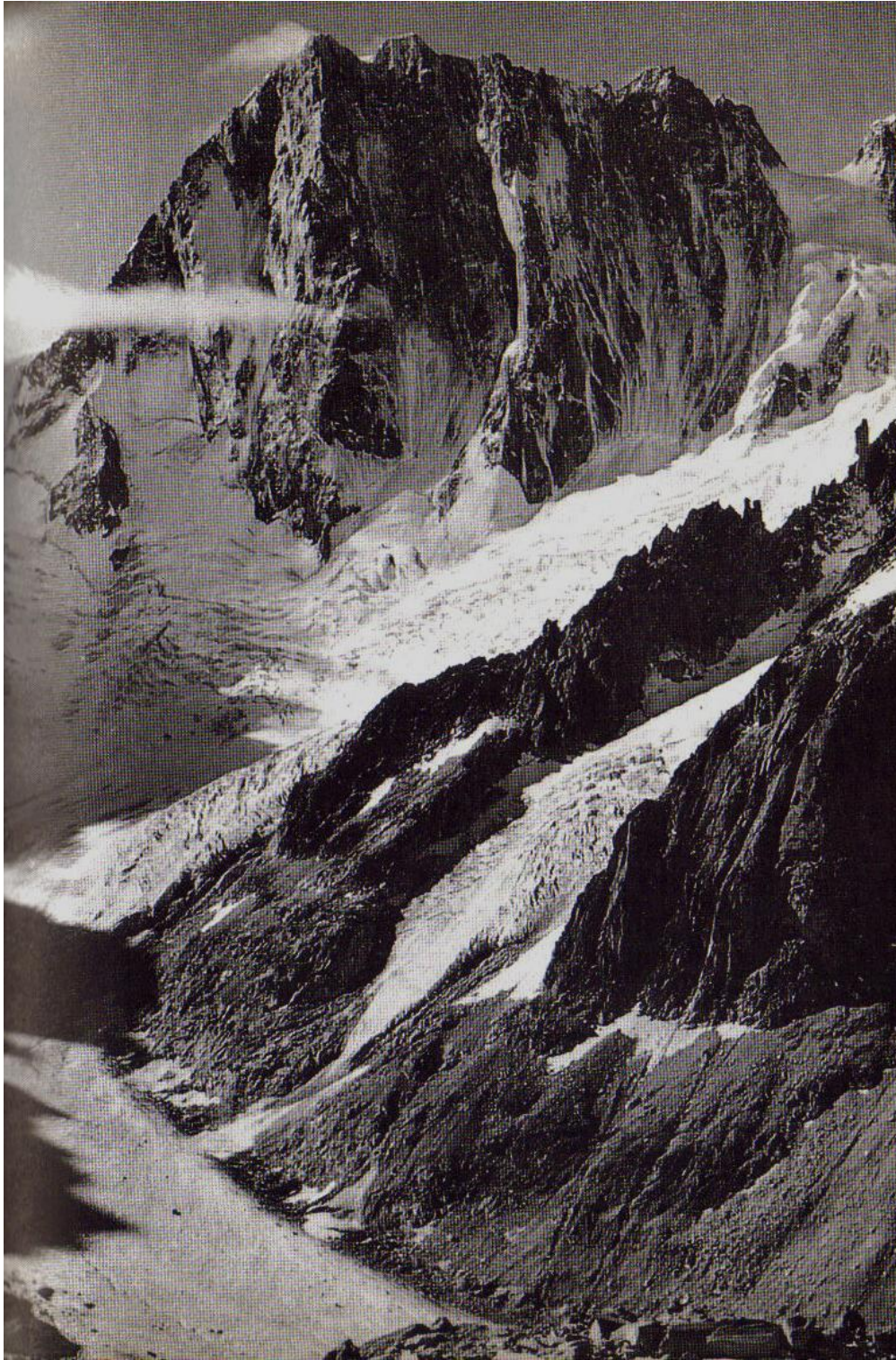
Hace poco tiempo era un chiquillo todavía, y paseaba mi despreocupación, pero también el deseo de una revelación. A los diecisiete años me preparaba a afrontar la alta montaña, que había entrevisto cuatro años antes gracias a una escapatoria. Pasaba las vacaciones en Ailefroide y desde allí seguí a distancia y, sin decirles nada, a tres alpinistas que subían al refugio Carón. Así divisé la Barre des Ecrins, y por primera vez en mi vida me hallé ante una gran cumbre.

Por la noche regresé corriendo al valle. Los niños desean cosas imposibles. Por mi parte, tuve que aguardar cuatro años, con gran impaciencia.

* * *

Había escalado ya algunas rocas —todos los chiquillos escalan para jugar—, pero nunca en una montaña «de verdad». Este «de verdad» entrañaba ya el deseo. La arista de los Ecrins, de una altura de 4.000 metros, no era solamente una cumbre indicada sobre un mapa, sino que ocupaba el espíritu de un muchacho.

No le decía nada a mi madre, por miedo a que se opusiera a mis proyectos. Ella me encontraba distraído cuando yo me sentía lleno de ocultos anhelos. Estaba en la edad de los entusiasmos que impulsan,



La mole de las Grandes Jorasses, maciza y bien construida, tiene impulso a pesar de su densidad.

en la edad en que se crece demasiado aprisa dentro de trajes siempre demasiado cortos.

Por fin, un día, gracias a muchos ardides, entablé relación con un alpinista: Henri Moulin, que escondía su extraordinaria bondad bajo un recio cuerpo y un gran vozarrón. Al principio mis visitas no fueron completamente desinteresadas, pues me sentía atraído por él, porque, entre otras ascensiones, Moulin había realizado la de los Ecrins. Aquel hombre pronto se convirtió para mí en un amigo, en una especie de hermano mayor.

Un día me dijo, después de varias conversaciones:

—El año que viene podríamos subir juntos a la Barre des Ecrins, y tal vez a la Meije.

Enrojecí de felicidad.

Cuando salí de su casa, completamente entregado a mi sueño, no existía nada a mi alrededor. A los diecisiete años, los Ecrins representaban para mí el mayor atractivo de la vida.

Leí y releí varias veces todo lo que pude encontrar con-cerniente a aquella venerable montaña, y no me atrevía a volver a casa de Moulin por miedo a que hubiera cambiado de idea. Viví una primavera de temor y de alegría pensando en el verano que se aproximaba. Confeccionaba programas que un momento después me parecían castillos de naipes. Limitaba mis ambiciones a un proyecto accesible, pero basta una tempestad en el día de la ascensión o que la nieve no se haya helado durante la noche, para que el proyecto quede fuera de nuestro alcance.

Una tarde no pude contenerme más y corrí a casa de Moulin.

—Siéntate. Qué es lo que te preocupa, vamos a ver.

Todo me preocupaba. Me sentía inquieto: si la nieve no se helaba, si la tempestad...

Pero fuerte como un roble, Moulin rebosaba confianza. Conseguiría hacer helar la nieve y alejar la tempestad. Podríamos salir tranquilos; nuestros crampones morderían una nieve dura.

Me marché aliviado.

En la escalera recordé que me había olvidado de hacerle una pregunta. Volví a subir y le dije desde el umbral de la puerta:

—¿Y la grieta terminal abierta? ¿Podremos atravesarla?

Moulin se echó a reír y me sentí ridículo. Fingió reflexionar y luego me respondió:

—La pasaremos por la izquierda. Pero hay que procurar hacerse ligero. Y más arriba...

Me marché de allí tranquilizado por completo.

* * *

Cuando llegó el mes de julio salimos hacia La Béarde. Dos días después vivaqueábamos sobre las piedras del Col des Avalanches.

La noche fue dura y muy fría a los 3.300 metros. Sin vacilar habíamos preferido vivaquear en plena montaña en vez de pernoctar en un refugio; de un modo vago nos parecía que debía ser así. La pared sur de los Ecrins, que deseábamos escalar, se erguía frente a nosotros.

Al amanecer marchamos en silencio hacia el ataque. Nuestra presencia no turbaba a la montaña, que nos ignoraba, y esto me decepcionó un poco. Me sentía tan feliz que hubiera querido que todo participara en nuestra felicidad; pero el sol se paseaba con indiferencia por las alturas.

Moulin escaló la losa, luego me tocó el turno a mí. Me esforzaba, resoplando, y me pelaba las rodillas y los dedos, pero no vacilaba demasiado: a los diecisiete años la escalada es todavía algo instintivo. Subía tímidamente, con el corazón satisfecho. Por primera vez saboreaba la grave alegría de una verdadera ascensión, y al mismo tiempo descubría este cuerpo que acababa de arrancar de la tierra y que se sostenía solamente con la presión de dos dedos; me parecía que no había existido hasta aquel momento.

En un paso delicado, sentí miedo, ese miedo que avergüenza y paraliza. Pero mi compañero desde arriba logró devolverme la confianza en mí mismo.

Abajo, el vacío se ahondaba...

¡Cuántas cosas importantes hay en una ascensión! Lo mismo que hoy, mi placer no provenía del peligro vencido; antes bien, al irme acostumbrando al vacío que aumentaba lentamente, sentía que estaba en mi lugar sobre aquella arista de roca gris, entre cielo y tierra. Lo recuerdo con exaltación, y me parece volver a ver la cuerda que se elevaba a lo largo de la pared, ligando en la expresión de su vida a dos muchachos que descubrían la existencia de su cuerpo.

Al llegar a la cumbre permanecemos largo rato en pie, con el corazón lleno de orgullo, encontrando una grave felicidad en la contemplación del mundo que nos rodeaba, en el cansancio de nuestros músculos, en una sonrisa intercambiada. Aquel mediodía, en la cumbre de los Ecrins, me pareció nacer por segunda vez: ¡había descubierto tantas cosas en unas horas! Moulin me presentaba las cumbres que nos rodeaban, imágenes con las cuales podría soñar en los siguientes inviernos: el Pelvoux, Ailefroide, Meije; en el fondo: el Mont Blanc, el Cervino..., y detrás, muy lejos, el Himalaya...

Envidiaba a mi compañero, que había escalado ya varias de aquellas cumbres; pero la Barre des Ecrins, después de cuatro años de sueños y de esperanza, después de cuatro años de fervor, me daba en un solo día más de lo que un corazón de muchacho puede desear.

* * *

Realicé varias ascensiones más, pero ninguna me proporcionó una alegría comparable a la primera hasta el mes de agosto de 1941, en el

que el gran deseo se apoderó de mí. Entonces era monitor de «Jeunesse et Montagne» y hacíamos ascensiones saliendo del refugio del Couvercle. Durante más de diez días tuve constantemente ante los ojos la cara norte de las Grandes Jorasses. El desmesurado deseo fue insinuándose en mí poco a poco. La juventud necesita siempre llevar un secreto para vivir.

En 1942, obtuve un permiso y saqué el título de guía. Residía en Chamonix y me quedé en «Jeunesse et Montagne» como instructor. Cada verano llevé a cabo una cincuentena de ascensiones; todas me entusiasmaron, pero no las consideré más que como etapas.

En el Centro-Escuela de «Jeunesse et Montagne», al cual fui destinado, los mejores guías del valle me procuraron preciosas enseñanzas sobre la vida de la montaña, de la nieve, del viento y de las estrellas, y dejé de ser un atento y apasionado espectador para ser de la montaña y de los elementos como se es de un país.

Durante el otoño y la primavera volvía a «entrenarme» en las Calanques. Cassin y sus compañeros habían triunfado en donde todos los demás habían fracasado, porque conocían la técnica de la escalada artificial. Cuando una losa no ofrece la menor presa, cuando un desplome es demasiado... desplomado (como ocurre frecuentemente en el espolón norte de la Punta Walker), el alpinista puede escalarlos gracias a los procedimientos llamados artificiales: por medio de clavijas. Los italianos habían descubierto esta técnica en los Dolomitas; yo la aprendí en los altos acantilados calcáreos entre Marsella y Cassis.

* * *

A las tres de la madrugada nuestra linterna anima un desierto de nieve: el glaciar de Leschaux. Hace frío, y esto es buena señal. Caminamos aprisa y nuestros pasos crujen sobre la nieve helada.

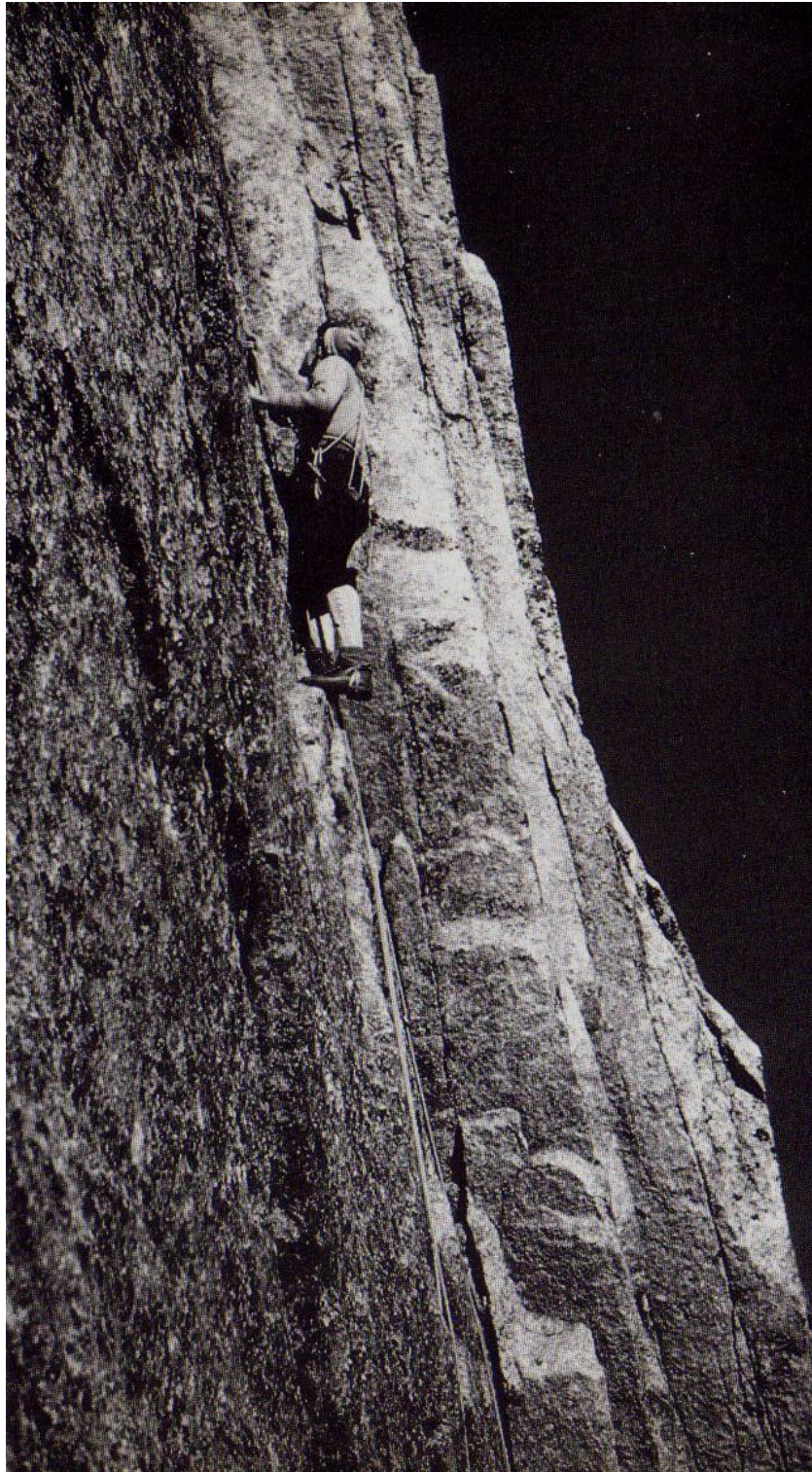
Me siento feliz. ¡Va a nacer el día tan esperado! Ante nosotros, recortando su negra masa sobre el cielo claveteado de estrellas, la pared norte de las Grandes Jorasses parece aniquilarnos. Dentro de un rato, mañana, pasado mañana, estaremos aferrados a esa muralla. Su imponente mole me impresiona por momentos. ¡Qué desproporción entre nuestra vacilante linterna y este enorme cubo de roca helada!

A pesar de todo penetro lentamente en mi oficio; me dirijo en medio de la oscuridad, salto o rodeo grietas, mis dedos anudan una cuerda...

* * *

Hacia nuestra izquierda empieza a amanecer, es el momento más frío de la noche, la hora sin color y sin sombra, la hora en la que el acero del piolet se pega a los dedos.

Atravesamos la grieta terminal y escalamos la cadena de rocas heladas que surge del glaciar.



Grandes Jorasses: su escalada
es un verdadero placer

En lo alto, los primeros rayos del sol irrumpen a través de las brechas. Frendo talla peldaños para atravesar; luego me pongo a la cabeza de la cordada y tomo lentamente posesión de este reino de piedra, mientras la cuerda se desarrolla detrás de mí. Siento una secreta alegría que proviene de mi cuerpo bien «entrenado» y de mi espíritu satisfecho al poder realizar su sueño: me hallo en la Walker. Mis movimientos son precisos y eficaces. Subo treinta metros; Frendo se reúne conmigo, vuelvo a subir y él me alcanza de nuevo: ésta es la maniobra que repetiremos constantemente durante varios días, alternando de este modo los momentos de compañía y soledad. Somos dos hombres en una muralla vertical, que nos encontramos de vez en cuando, al azar de los largos de cuerda.

Pronto llegamos a la primera gran dificultad: una barrera de losas rayada por escasas y delgadas hendiduras. Su escalada es un placer exquisito, pero éste queda algo disminuido para mí porque llevo unas alpargatas que no se adhieren bien. Sin embargo, hoy me siento tan feliz que esta contrariedad no me preocupa mucho. Escalo, encadenando mis movimientos; mis pies y mis manos se colocan en donde me parecía que un día deberían posarse. Sé cumplir con mi oficio. Esta impresión me produce una gran serenidad. La hendidura de treinta metros la escalamos en una hora. Mi compañero sube a su vez, recupera las clavijas que he tenido que poner y se reúne conmigo.

Atravesamos las heladas franjas y llegamos al pie del «diedro de 75 metros». Resulta hermosa en su sobriedad: dos losas dispuestas como un libro abierto, como un ángulo de pared, pero de una altura de setenta y cinco metros, con dos desplomes a los veinticinco y los cincuenta metros. Este es el momento tan esperado voy a escalar el gran diedro de la vía directa. Para conseguirlo he procurado hacer ligero este cuerpo torpe. Entre mis piernas se abre un vacío de cuatrocientos metros. El granito es a veces tan compacto que debo recurrir a la escalada artificial para progresar. Al llegar bajo el desplome —un verdadero tejado—, coloco una clavija y me ato a ella; desde allí izo las mochilas y aseguro a Frendo, que al subir recupera los preciosos pedacitos de hierro. Estos son nuestros movimientos familiares. Al llegar junto a mí, se instala lo menos mal posible, poniendo un pie en una pequeña presa y el otro en un estribo de cuerda. Me subo sobre sus hombros para ganar dos metros, formando una extraña pirámide pegada a la gigantesca pared, que se estira para reagruparse de nuevo.

De pronto, mientras estoy escalando el tercio superior del diedro, empiezan a caer gotas. Como tantas otras veces, no nos hemos dado cuenta de que se nublaba, preocupados por la difícil ascensión. No se trata de una tormenta violenta y pasajera, sino de una tempestad seria, pues el mal tiempo viene del oeste.

El hermoso granito de hace cinco minutos se transforma en una losa resbaladiza, y una pequeña cascada cae por el fondo del diedro.

Aferrado a la roca y con los brazos en alto, mis mangas son dos embudos y mi anorak una canal. Estoy completamente calado.

¿Qué hacer? Permanezco tranquilo, como lo estaba al salir. Sé que debo redoblar mis esfuerzos sobre esta roca resbaladiza. El diedro se estrecha, formando chimenea, y subo haciendo presión con espalda y pies, como si quisiera ensanchar la hendidura. Mis alpargatas, planas sobre la losa vertical, desprenden el agua que chorrea como la proa de un barco. La tristeza me invade mientras subo para alcanzar el rellano. ¿Las Jorasses? ¿La Walker? Se acabó por hoy.

¡Media vuelta! No encontramos ningún rellano para detenernos y debemos bajar en tres grandes rappels, de veinticinco metros cada uno, el «diedro de 75 metros» que acabamos de escalar trabajosamente. ¡Cuántos esfuerzos anulados en un momento! Ahora nieva. Las cuerdas se hielan y se endurecen.

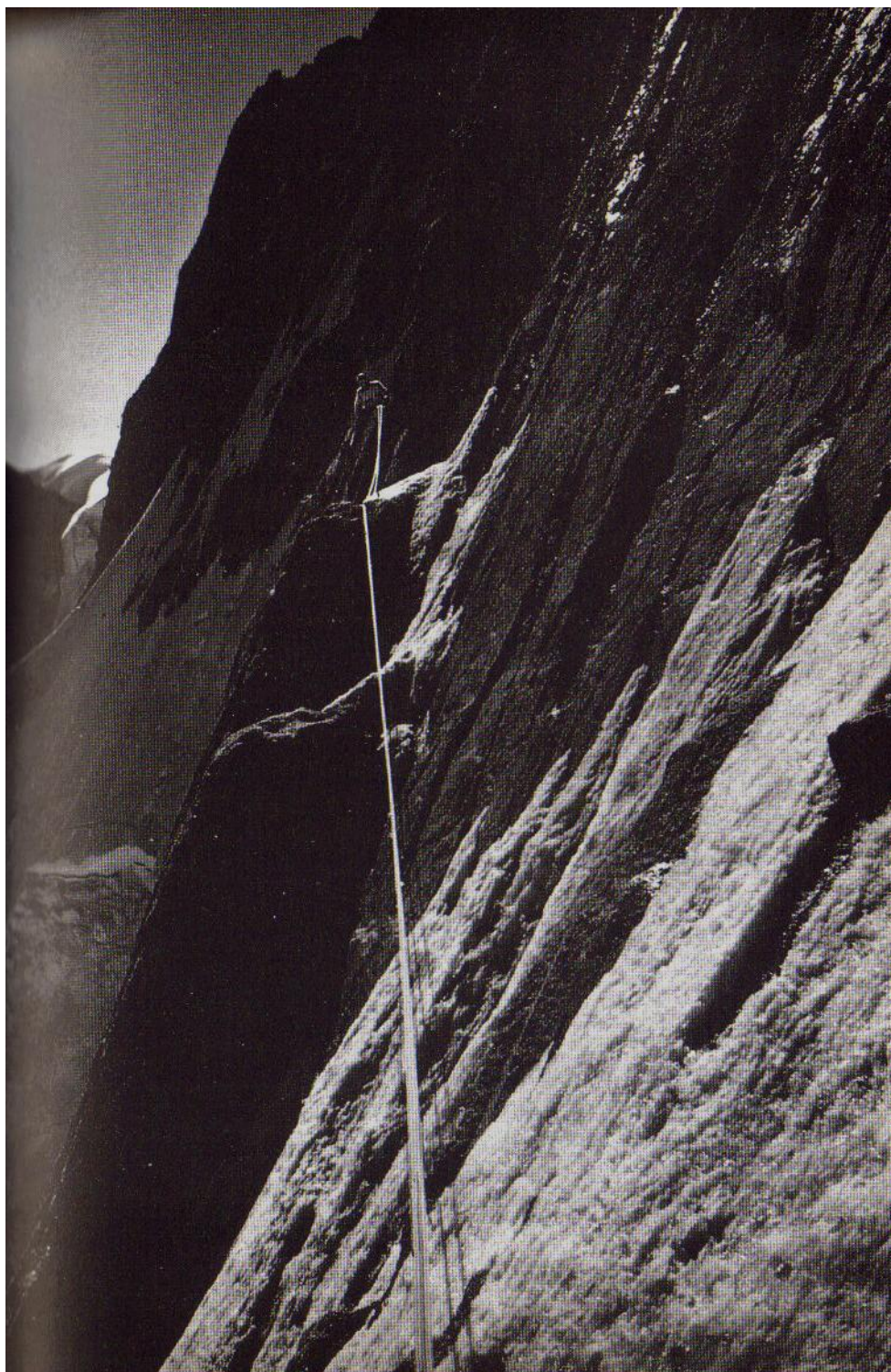
Al pie del diedro hay una pequeña repisa que parece suspendida. Barremos la nieve que la recubre y nos preparamos para el vivac. Son las siete de la tarde. Colocamos dos clavijas para atarnos durante la noche. La nieve va recubriéndolo todo lentamente. Acurrucados, hechos un ovillo en nuestro minúsculo cuadrado de piedra, permanecemos mudos... ¡La Walker nos huye y también la alegría de la escalada! La nieve, al caer sin ruido, parece establecer un silencio de eternidad.

Cuesta acostumbrarse al contacto de las ropas mojadas, a las que el frío da una rigidez de armadura; cuesta acostumbrarse a castañetear los dientes, a mover los pies para que no se congelen, a quitar con habilidad la nieve que se acumula entre la espalda y la pared para que se introduzca la menos posible por el cuello; es pesado cantar para no dormirse...

Al llegar la madrugada sigue haciendo mal tiempo. Se impone entonces el regreso a lo largo de este blanco y helado espolón como unos trapos puestos a secar en una mañana de enero; siguen los descensos en interminables rappels sobre las heladas cuerdas; un resbalón inmediatamente parado: Frenando me ha detenido. El glaciar..., el refugio..., el Centro-Escuela de «Jeunesse et Montagne», al cual llego con retraso. No había pedido permiso por miedo a que me lo negaran. Si hubiese regresado vencedor, solamente se me hubiera hecho notar mi retraso, pero hoy se me dice que es preciso castigarme. Poco importa; hay días en los que nada puede molestarnos. Me pesa la retirada, pero no estoy triste. ¡De todos modos, he tocado con mis dedos el hermoso granito de la Walker! Esta aventura nos ha encantado: además de la escalada difícil acabo de enterarme de lo que representa una tempestad en las Jorasses. Hemos luchado bien; hemos renunciado, no por falla de alpinista, sino debido al mal tiempo.

Algunos habían sido detenidos por una losa o por un desplome, otros perdieron la vida. Nosotros regresábamos sanos y salvos. Durante mis ocho días de calabozo me prometí volver.

Mi sueño volvió a apoderarse de mí.



Grandes Jorasses: la travesía de las franjas de hielo era extremadamente difícil.

* * *

Hemos tenido que esperar dos años para que la pared vuelva a estar en buenas condiciones.

Las vertientes norte, frías y recubiertas de hielo, atraen y retienen la nieve mucho más tiempo que las otras: ¡ven tan poco el sol!

El 14 de julio de 1945, emprendemos de nuevo el ataque. Esta vez no siento ninguna aprensión. Lo mismo que hace dos años, pero con más desenvoltura, dejamos el refugio Leschaux para deslizarnos a grandes zancadas en la oscuridad. Frenco está pesimista, pero yo soy optimista por los dos.

* * *

Hace dos años probamos nuestras fuerzas, pero esta vez queremos obtener el éxito. Sé que otros alpinistas codician ahora esta ascensión. Sin duda, las montañas no cambian y permanecen siempre igualmente hermosas: tal como las ven nuestros ojos, y sobre todo nuestro corazón. La Walker continúa siendo todavía la ascensión más seria de los Alpes. Pero he soñado demasiado con esta pared, durante varios años, para conformarme con una sencilla ascensión; descubrirla es lo que deseo. En toda ascensión no cuenta solamente la escalada y el panorama, sino que también existe el misterio.

* * *

Es verdad que hace siete años, Cassin, Esposito y Tizzoni hicieron la primera ascensión, pero la pared ha conservado casi el mismo encanto que si fuera virgen. ¿Cassin? No se conoce nada de él, sino que sabe mucho. Cassin, un escalador extraordinario de los Dolomitas, no ha hecho más que pasar por aquí.

En cambio, si unos escaladores de nuestro país volvieran a descubrir la pared, destruirían el misterio. Algunas clavijas dejadas en las hendiduras no disminuirían la belleza de las Jorasses; su encanto subsistiría sin duda, pero algo velado. A veces basta rozarla para que una flor se marchite.

* * *

El cielo es puro, revestido de un negro ligero: ¡hará buen tiempo!

Renovamos el ataque y vamos de cita en cita: la cadena de rocas, la pendiente de nieve, la travesía, la primera barrera de losas. Me siento en plena forma, y los movimientos necesarios para avanzar me proporcionan ya un placer. Es una especie de disimulación de la fuerza. Me hace el efecto de que libero una inagotable energía acumulada desde hace años.

Alcanzamos la pequeña repisa del vivac de nuestra ten-tativa, pero allí no queda más que un poco de papel de plata. Recuerdo la noche sin dormir..., ruidos escamoteados, piedras rodando por el couloir, nieve tan ligera que resultaba de escenografía. Una noche de largas horas que no traen el sol.

Hoy el cielo es tan ligero que se adivinan las estrellas tras él.

Llegamos al «diedro de 75 metros». Escalarlo es una delicia. En su cumbre termina el recorrido en terreno conocido. Hallamos nuestra última clavija como una etapa.

Deberíamos comer: son las tres de la tarde y no hemos tomado nada desde las tres de la madrugada. Pero no podemos tragar el pan y el chocolate que intentamos masticar. Nuestra mirada se fija allí arriba, en las grandes losas de la Tour Grise, y nos volvemos a poner en marcha. Escalar nos tranquiliza, y no nos detendremos hasta la noche.

A las nueve preparamos el vivac sobre un minúsculo relieve de la Tour Grise: un rellano pequeñísimo, pero que vemos con gran alegría. Hacía horas que no habíamos encontrado ninguno. ¿Un rellano? Espacio apenas para sentarse, con las piernas colgando, sobre el gran couloir central. Pasamos una noche penosa y glacial, pero exaltadora, vagamente sentados y aferrados a las clavijas: ¡estamos en la Walker y hace frío; el buen tiempo está asegurado!

Al llegar la mañana reemprendemos la ascensión. La roca está helada y nuestros movimientos carecen de flexibilidad. La dificultad es extrema: hemos alcanzado las losas de la Tour Grise.

Ayer la rodeamos por su base gracias a una travesía ascendente. Hemos subido como una hormiga alrededor de un árbol gracias a la corteza, pero ahora la corteza se adelgaza. Cada largo de cuerda, cada metro, cada paso, a veces cada centímetro, plantean un nuevo problema. Mi cuerpo, mi vida, todo mi ser, deben adaptarse a esta roca indiferente, pero que los transforma. Debemos oponer la eficacia de nuestra técnica y voluntad a la perfección de la piedra.

Recuerdo particularmente una hendidura formando desplome: un ligero sablazo que corta el abombado granito. Es de veras repelente. He probado por otros sitios, pero en ellos no hay siquiera hendiduras. La única solución está aquí. Frenando me llama desde abajo, pero, ¿qué puedo decirle?

La cordada es algo maravilloso por su espíritu de caridad. Sin embargo, estoy solo para vencer esta hendidura, estoy solo para escalarla. Mi compañero se encuentra veinte metros más abajo. ¡Qué caída, si resbalara! Allí está la cuerda, hermosa y, no obstante, inútil. Pero no me vería capaz de escalar sin ella, sin amistad; esta cuerda conforta el corazón.

Empiezo a subir por el desplome, con el cuerpo echado hacia atrás, cogido a la roca por las manos, que se aferran a la hendidura. Querría ir aprisa, porque esta escalada es muy fatigosa. Pero mis pies se sostienen mal, su adherencia es precaria, insignificante, y al mismo

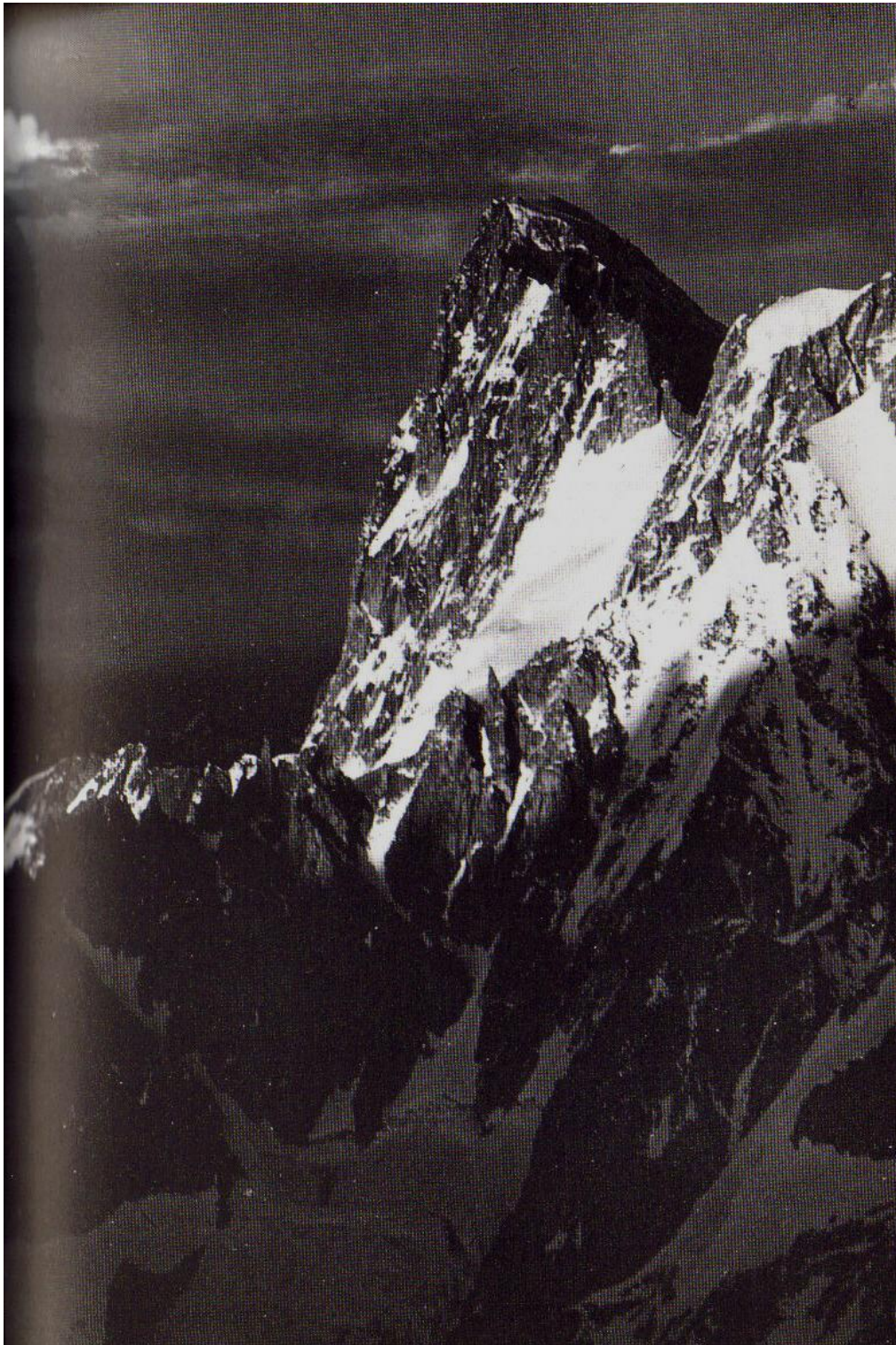
tiempo de suma importancia. El cuerpo se dobla bajo el desplome. Las manos se agarran, se crispan, se esfuerzan en asirse a la fisura.

* * *

Y cuando alcanzo el punto de relevo y Frendo se reúne conmigo, volvemos a encontrar otras hendiduras y otras losas. Hasta las tres de la tarde no llegamos a lo alto de la Tour Grise. En primer lugar tenemos sed; no hemos bebido nada desde anoche. También tendríamos hambre si no tuviéramos tanta sed. Frendo explora el lado izquierdo del espolón, en donde puede haber quedado un poco de nieve, y vuelve agitando alegremente la cantimplora llena de agua. Pero sus movimientos son demasiado exagerados y el mojado aluminio se le escurre de entre los dedos. Este es sin duda el momento en que sufrimos más por nuestra impotencia: ¡tener en nuestro poder aquella cantimplora que encerraba nuestra alegría, verla caer, rebotar, perderla de vista por fin, pero seguir oyéndola unos segundos más, adivinarla engullida por el vacío! Luego el silencio se torna indiferente.

Los bizcochos, el chocolate, todo lo que intentamos comer aumenta la sequedad de nuestra sedienta garganta. No tenemos otro remedio que escupir lo que en vano tratamos de tragar y volver a coger las mochilas. Felizmente, la escalada sigue siendo muy bonita y, aunque menos difícil, es lo bastante delicada para necesitar toda nuestra atención. Hacia el mediodía llegamos debajo del gran resalte, a la altura de 4.000 metros, y debemos emplearnos de nuevo a fondo. Después de un couloir de hielo y un nevero triangular, una chimenea nos detiene. Su roca es quebradiza. Frendo, que está más acostumbrado que yo a las montañas de roca mala, intenta escalarla. Atraviesa cuatro metros hacia mi derecha, luego penetra en la depresión y pone una clavija que no parece hundirse mucho. Cuando está casi al final de la chimenea, intenta subir sobre un gran bloque enclavado que forma desplome quince metros más arriba de donde estoy yo. Frendo vacila un momento y luego se decide. En el instante en que se agarra al bloque para escalarlo le veo caer hacia atrás con él entre los brazos. Su caída dura el espacio de un relámpago, pero me produce la impresión de que ha ocurrido bastante lentamente. Desde el momento en que veo caer a Frendo recupero apresuradamente la cuerda que media entre los dos, para limitar su caída; luego, cuando pasa a mi nivel, ligeramente a la derecha, la clavija salta, y me digo: «No debo tirar más de la cuerda que nos une, porque se me deslizará de los dedos y no podré retenerle». Paso rápidamente la cuerda alrededor de una escama de roca que tengo ante mí y cojo con la mano derecha un poco de cuerda floja para amortiguar el choque y que la cuerda no se rompa al ser detenida brutalmente por la pétrea escama.

Todo ha salido bien. Frendo queda detenido diez metros más abajo, después de una caída libre total de irnos veinticinco metros.



Las Grandes Jorasses se enderezan mientras hunden sus raíces en el cálido planeta lleno de vida.

Sigue un gran silencio, turbado sólo por un ruido: el del martillo que mi compañero ha soltado y que cae, rebotando, a lo largo de las paredes.

Frendo recupera la serenidad y se da cuenta de su caída. Se ha hecho relativamente poco daño: se ha torcido el tobillo izquierdo, erosionado la punta de los dedos y la sacudida de la cuerda que le ha retenido le ha producido un violento dolor en las costillas. Se reúne conmigo como puede, y le curo lo mejor posible.

Luego le entrego las cuerdas y vuelvo a emprender tranquilamente la escalada. No vale la pena que intente pasar por donde ha caído mi compañero. Escalo hacia la izquierda, por una losa. La dificultad es extrema, y además la roca está mojada por una fina lluvia que empieza a caer. No creo exagerar diciendo que hubieran bastado dos o tres centímetros menos de presas para impedirme el paso. Al llegar a una pequeña plataforma, coloco una sólida clavija y aseguro lo mejor que puedo a mi compañero.

Todas estas maniobras nos han hecho perder mucho tiempo. Son las ocho y tenemos que vivaquear allí mismo. La noche es penosa, sobre todo para Frendo.

Al amanecer volvemos a emprender la escalada, que se hace en seguida extremadamente difícil, vertical y endiabladamente aérea. Una ligera niebla nos envuelve, pero experimentamos de todos modos una gran alegría, una alegría un poco salvaje, la que corresponde, creo yo, a esta necesidad que el hombre lleva dentro de sí: la necesidad de superarse, al menos una vez en la vida.

Al mismo tiempo, la cumbre se aproxima. A pesar de la niebla, la sentimos muy cerca de nosotros. Al mediodía del tercer día franqueamos la grieta terminal y desembocamos en la Punta Walker, en la cumbre de las Grandes Jorasses.

De este modo, las grandes alegrías de nuestra vida nacen de nuestros sueños.

Los sueños son siempre necesarios. Los prefiero a los recuerdos.

ESPOLON CENTRAL

Dos años después de nuestra ascensión por la vía directa al espolón norte de la Punta Walker, las Grandes Jorasses me han proporcionado otra gran satisfacción.

Es el principio de la temporada. Con Jean Franco dirijo el «Curso de Guías» en la «Ecole Nationale de Ski et Alpinisme». El oficio de guías tiene su reglamento, lo cual es, sin duda, una cosa normal. Hay que empezar por ser porteador y luego seguir durante un mes un curso nacional. Cada día, durante las ascensiones, se toma nota del valor de los cursillistas sobre el hielo y sobre la roca, de su sentido del itinerario, su seguridad, su decisión, su aplomo, etc. Este año, el nivel de los cursillistas es muy elevado. Acabamos de realizar con éxito ascensiones muy importantes: el Mont Blanc por la Sentinelle Rouge y por la vía Major, la travesía de las Aiguilles du Diable, la cara norte del Pain de Sucre, la Dent du Requin por la vía Mayer-Dibona, la arista norte de la Aiguille de Leschaux. El ardor y la competencia de los cursillistas me incitan a poner en práctica otro de mis proyectos: llevar un equipo del Curso de Guías al espolón central de las Grandes Jorasses por la vía de los Alemanes. Este itinerario sólo cuatro veces ha sido seguido, en el año 1935, y nunca por franceses. Para nosotros está todavía lleno de misterio.

El 4 de julio de 1947 me decido por fin, después de estar calculando durante más de un mes lo que me comprometía a hacer. Somos siete los que atacamos la gran pared norte, repartidos en tres cordadas: Georges Michel y yo; Vergez y Muller; Lachenal, Bréchet y Revel. Yo conduzco la primera cordada, Vergez la segunda y Lachenal la tercera.

A las cinco, pasamos la grieta terminal; a las siete, llegamos a la primera torre, y a las ocho, a la segunda. A lo largo de todo el curso de la ascensión tomo un gran lujo de precauciones; durante un desnivel de doscientos metros, nos reunimos una decena de veces en una sola cordada, para limitar lo más posible el peligro. A pesar de la desventaja del número, desembocamos en la cresta cimera, en el Pico Michel Croz, el 4 de julio, a las diez de la noche, cuando las cordadas precedentes, mucho más ligeras, se habían visto obligadas a vivaquear durante la subida. Es de noche, pero la vertiente italiana está bañada por la luna.

Aquel día experimenté, durante toda la ascensión, una de las alegrías más puras de mi oficio, la del compañerismo de la profesión de guía. Poco después de nuestro regreso cogí el libro de Conrad, «Jeunesse», y leí esta frase, que lo mismo puede aplicarse al mar y a los marinos que a la montaña y a los guías y futuros guías, como lo éramos entonces nosotros: «El lazo poderoso del mar nos unía a los cinco, y también este compañerismo del oficio que el entusiasmo, por vivo que sea, por el yatching, los cruceros o cualquier cosa de este género, no

puede hacer nacer, porque todo eso no son más que diversiones de la vida, mientras que lo otro es la vida misma».

* * *

Pero poco después, cuando nos sentamos para vivaquear sobre una confortable terraza de la vertiente sur, que es la vertiente italiana, un enorme bloque se desprende de la cresta cimera y cae sobre nosotros, hiere a Muller y nos precipita en el vacío al cursillista que se halla a mi izquierda, Georges Michel, y a mí.

Sin saber cómo ni por qué, me encuentro diez metros más abajo, enclavado en una chimenea, en perfecta posición de escalada. No me he dado cuenta de nada, pero los reflejos se deben haber puesto en juego: durante la caída he debido apartar los brazos para frenar.

Mis compañeros me llaman y les respondo. Me echan una cuerda y me ato. Me duelen mucho las rodillas y el pecho: tengo la rótula, el pie izquierdo y una costilla rotos. Desde arriba tiran de la cuerda para ayudarme a reunirme con ellos. Al mismo tiempo les oigo llamar en la noche: «¡Michel...! ¡Michel...!».

Michel no responde y pienso: «Está muerto».

Después de una noche penosísima y un dificultoso des-censo, encontramos al futuro guía Georges Michel, quinientos metros más abajo, tendido sobre el glaciar, con una jocunda expresión en el rostro.

El día que atacamos el espolón, por la mañana, me había dicho: «Gastón, hacer la cara norte de las Grandes Jorasses ha sido el sueño de toda mi vida». Y había añadido, riendo: «Después, ya puedo morir».

* * *

La cadena del Mont Blanc es fronteriza, pero la alta montaña no es una barrera, sino un lazo entre los hombres. Es imposible describir la abnegación con que los guías de Courmayeur han salido a socorrernos, ni la espontaneidad con que ellos y sus compatriotas nos han ayudado.

Es consolador comprobar que este compañerismo del oficio, alegremente experimentado durante la ascensión, ha tenido, desgraciadamente, ocasión de manifestarse poco después, más allá de las fronteras: guías de Chamonix, o guías de Courmayeur, todos son de la misma familia. Muchas veces pienso en este salvamento cuando realizo ascensiones por la vertiente italiana del Mont Blanc. No se trata de un recuerdo, sino de la señal de un profundo compañerismo.

LA CARA NORDESTE
DEL PIZ BADILE

El Piz Badile se halla en el circo de montañas más hermoso que pueda existir: el Val Bondasca, en el Tesino. Todo está allí maravillosamente distribuido, desde el fondo del valle hasta las cumbres, de un fino y claro granito.

Mezcla de orden suizo y de fantasía italiana, Promontogno y Bondo son dos verdaderos pueblos de montaña y no una de esas aglomeraciones híbridas y feas, con pretensiones de ciudad, como suelen ser muchas veces las estaciones de alpinismo y de esquí.

El camino que conduce a las cumbres se abre paso, lo mismo que el torrente, a través del espeso y oloroso bosque. En seguida de atravesar las gargantas tapizadas de musgo se accede a un vasto circo, reino de la paz. No hay allí más rumor ni otro movimiento que el de los torrentes y cascadas, nacidos del vientre de los eternos glaciares, que corren como personas apresuradas en un mundo de silencio que vive al ritmo de las estaciones. De vez en cuando se abren, a cada lado del torrente, unos salvajes *thalwegs* (*vaguadas*), profundos y tortuosos, gastados y pulidos cada primavera por los aludes; entre los arbustos que resucitan cada año yacen árboles caídos.

Paisaje infinitamente romántico... Da gusto sentarse, mirar y respirar. El aire tiene un delicado aroma de verdor, de resina y de viento. Allí el hombre lo olvida todo, incluso que ha venido para escalar.

El Piz Badile tiene una altura modesta: 3.308 metros. No le rodean amplios glaciares; las cumbres que le circundan no son majestuosas. Pero su cara nordeste presenta, en novecientos metros de desnivel, una pared lisa, recta, regular, que da una idea de la perfección.

Como muchos otros macizos, el Piz Badile y las cumbres vecinas, Piz Cengalo, Pizzi Gemelli, Aiguilles de Sciora, forman la frontera entre Suiza, al norte, e Italia, al sur.

Lo mismo que en las Grandes Jorasses, las vertientes norte son tan abruptas como fáciles, soleadas y acogedoras las vertientes sur.

* * *

También es Riccardo Cassin quien se siente atraído por la pared norte del Badile, después de sus grandes ascensiones en los Dolomitas, a la Torre Trieste y a la cara norte de la Cima Ovest di Lavaredo. Después de haber venido una primera vez para estudiar la pared, Cassin y sus compañeros, Esposito y Ratti, la atacan en el primer día de buen tiempo, el 13 de julio de 1937. Al mismo tiempo que ellos, pero por un itinerario distinto en la base, dos jóvenes escaladores de Como, Molteni y Valsecchi, la atacan igualmente. Esta pared es muy codiciada.

Por la noche, las dos cordadas se encuentran en la pequeña plataforma de vivac y deciden proseguir juntos. Al día siguiente, Molteni y Valsecchi se sienten cansados. Durante los días de lluvia que han precedido al ataque, han permanecido en el refugio Sciora en condiciones difíciles, durmiendo en el suelo de la cocina, porque no



Piz Badile: una pared lisa de 900 metros de altura.

tienen la llave del dormitorio, y ahorrando las provisiones para atacar lo más pronto posible.

Al atardecer del segundo día, los escaladores vivaquean al pie de la gran chapa clara. La noche es muy dura porque se ha desencadenado una tempestad, y al día siguiente la roca está en malísimas condiciones. Finalmente, gracias a la tenacidad y a la prestigiosa resistencia de Cassin, de Esposito y de Ratti, los cinco alpinistas alcanzan la cumbre el tercer día, a las cuatro de la tarde, en plena tormenta.

El regreso se realiza por la vía normal, la vertiente italiana. Con buen tiempo es fácil, pero los remolinos de nieve, las ráfagas de viento helado y los elementos desencadenados hacen durísimo este descenso. Molteni muere de agotamiento casi en seguida. Los demás prosiguen trabajosamente, pero cuando llegan por fin a la última dificultad, una pequeña barrera de rocas, la visibilidad es tan limitada que Cassin vacila, buscando el camino. Si consiguen atravesar o rodear la barrera, están salvados: el refugio Giannetti está muy próximo. Cassin se afana, se aleja un momento y vuelve. Los cuatro alpinistas están agrupados. Entonces Valsecchi, que no se había dado cuenta de la muerte de su compañero, busca a Molteni con la mirada. Al comprender lo sucedido, se echa a llorar y poco después muere también.

Lo mismo que otras montañas, el Badile ha hecho pagar cara la victoria de los hombres.

* * *

Durante doce años, la cara norte del Piz Badile es abandonada: la gran dificultad, el alejamiento, el ambiente de la primera ascensión, apartan a los alpinistas.

¿Por qué me atraía esa pared? Hay cosas que se encadenan, se suceden, se imponen. El deseo necesario y el amor existen siempre en el fondo; el resto llega a su tiempo. Pero cuando la fruta está madura hay que cogerla. Entonces resulta fácil y agradable juntar las manos para sentir el peso y el sabor de algo que ha llegado a su término. Esto sucedió con el Badile.

* * *

Como en la Walker en 1945, volví a emprender un itinerario de Cassin, sin saber nada, o casi nada, de este itinerario: en la Walker no sabía nada; en el Badile conocía una ficha técnica, pero existía el ambiente de un macizo extranjero, alejado y completamente desconocido para mí. Mejor es sentirse «Cassin» al pie de las grandes paredes que ha escalado, con su deseo de conquista y su voluntad, pero también, ante todo, con su amor. Todo lo demás se os dará por añadidura: el placer de la escalada bajo todas sus formas, y la victoria.

Muchas veces, la víspera de una gran ascensión, y de un modo particular en la Walker, he intentado sentirme «alpinista en la víspera del ataque de una pared virgen», para experimentar el placer duro y egoísta de la vía que hay que descubrir, para rondar al pie de las grandes losas, para contemplarlas con una especie de ternura, para adivinar sus líneas, conocerlas, aprenderlas de antemano. Primero, las cosas que hay que «descubrir»; luego, las cosas que hay que «hacer».

Y además, este año, el placer fue diferente. Hubo todo eso, pero no hubiera bastado.

Mucho más que la escalada en sí (con un buen «entrenamiento», la técnica tiene respuesta para todo), una cosa me gustaba al salir: darme cuenta de la posesión de mi oficio y, además, ser testigo, durante tres días, de la felicidad de mi amigo Bernard en el Badile.

«Ya está; podemos emprender la marcha.»

Entonces una mirada os lo paga todo: las largas veladas de vacilación, en las cuales se ha tenido que separar penosamente el amor a la montaña de la dificultad de la ascensión y colocar sobre el tapete el deseo y la realidad, obligando a la conciencia a decidir fríamente.

«¿Es razonable ir al espolón central con los cursillistas, al Badile con Bernard, cuya experiencia alpina es tan reciente?»

Al principio no existía ninguna duda; era con Jean Deudon con quien debía ir. El Badile sería un hermoso pretexto para nuestra amistad. Hubiéramos ido, de igual a igual, habríamos mirado las grandes losas y luego les habríamos cobrado cariño; al iniciar el ataque, Jean hubiera cogido la mochila grande y, como de costumbre, yo me hubiera encaramado sobre sus hombros. ¡Un verdadero zócalo! Habríamos vivaqueado, recibiendo como siempre la lluvia y la tempestad; pero yo no me atrevería a decir nada, y, como siempre, Jean no se quejaría; me pediría sencillamente unos cigarrillos para calentar su enorme corpachón, y tal vez me diría: «Cuando estábamos en el campamento V del Hidden Peak...»

Al día siguiente emprenderíamos de nuevo la escalada, yendo de primero de cuerda a veces uno y a veces otro, y teniendo a mi lado al invulnerable Jean Deudon me hubiera sentido capaz de pasar el séptimo y el octavo grado.

Pero el lluvioso verano ha cambiado nuestros planes: ha sido preciso esperar y luego escoger otro momento.

Ya que Jean Deudon no puede venir, lo más natural es que vaya con Bernard Pierre. Por Pascua, atravesábamos juntos las Aiguilles du Diable, y hace poco tiempo estábamos encordados los tres en la gran pared de la Aiguille de la Brenva.

* * *

Ayer noche, en la mesa, mientras reflexionábamos ante el buen tiempo que se ha establecido desde hace tres días en el curso de este

verano particularmente lluvioso, el deseo y la necesidad de una gran ascensión, incluso de una pequeña ascensión, renace en nosotros. Entonces resulta divertida la efervescencia que reina durante estas cenas. Estábamos ya desanimados, pero las estrellas han vuelto, y salimos a mirarlas, esperando encontrar en ellas un mensaje. Volvemos a entrar satisfechos, pero apenas nos hemos sentado cuando la inquietud nos invade de nuevo: ¿siguen brillando todavía? Nos dormimos, felices, pero queríamos poder velar a esas duras y frías estrellas, que nos devuelven la vida. La noche es ligera, y alegre el despertar ante un buen tiempo confirmado.

¡Podremos salir!

Esta mañana tengo que subir al Brevent, y por la tarde he de acompañar a unos clientes a los Gaillands. Como siempre, después de llenar mi mochila, corro hacia el teleférico, y más tarde, si el cliente no marcha bien, tanto peor: mi humor es excelente. Sin embargo, este cliente que vacila surge en el calendario de un buen tiempo seguro.

Bernard ha preparado las mochilas y el coche nos espera. ¡Adiós Clochetons, Brevent, Gaillands, que recorro desde hace ocho días bajo los aguaceros! Siento hacia vosotros un agradecimiento mezclado con una pizca de menosprecio. Son las cinco y nos marchamos. Aún no sabemos dónde dormiremos, pero esto no tiene ninguna importancia cuando uno se siente feliz. Tampoco sabemos dónde vivaquearemos dentro de dos o tres días, cuando estemos aferrados a la pared.

Anoche no hablamos más que del Cervino por la arista del Furggen. Ni siquiera pronunciamos el nombre de Badile; Promontogno está demasiado lejos y el buen tiempo acaba de empezar.

Pero esta mañana, al despertarme, me siento bondadoso, alegre y distraído; vuelve a insinuarse el proyecto del pasado invierno: el Badile.

¿Quién ha bautizado las montañas? Pasamos quince días en los Dolomitas, y los nombres bien pronunciados ya nos causan envidia. Promontogno, Sciora y Badile cantan en nuestra cabeza y nos persiguen.

Esto vuelve a ponerlo todo en juego y plantea nuevos problemas. ¡Furggen era tan sencillo! Lo hemos ganado ya. ¡Qué hermoso recuerdo!

En Viège nos decidimos. No dejamos el valle del Ródano y proseguimos hacia el este, a lo largo de las grandes avenidas de álamos. A mi lado siento a Bernard, lleno de fervor en la víspera de una gran batalla.

* * *

El refugio se ha quemado durante la guerra; dormiremos entre las recias sábanas de hilo de la pensión Sciora.

Esta pensión tiene un aspecto de vieja posada bien cuidada. Esta mañana, a las tres, la corpulenta y graciosa patrona nos trae los

emparedados de jamón que le encargamos y nos grita «Buona fortuna» antes de cerrar tras ella la pesada puerta.

Un obrero del futuro refugio nos acompaña durante la marcha de aproximación; con la linterna en la mano, nos enseña el camino que sigue cada día. Pienso en Cassin, que subía a «descubrir» esta pared, hace ya once años.

Cuando llegamos al pie de la pared son las ocho y media. A la derecha reconocemos el ataque de los Comasques; durante un momento sentimos la tentación de ir más hacia la izquierda, al pie del gran couloir central, pero el sol calienta la parte alta de la pared y provoca desprendimientos de piedras que ennegrecen el pequeño glaciar.

Nos encordamos y repartimos las cargas. Siempre que podamos, yo subiré con una mochila muy ligera y Bernard con una muy cargada.

El glaciar está muy bajo, y las losas de ataque, muy gastadas; buscamos el puente de nieve, lo encontramos, y en el momento de desempeñar su oficio se desmorona, con gran satisfacción del obrero-porteador, que se ha quedado allí para vernos atacar. La salida es muy delicada. Finalmente, me subo sobre los hombros de Bernard, que se reúne luego conmigo, y seguimos juntos la gran repisa hasta el primer diedro. Este nos sorprende; todo era muy fácil hasta entonces. Lo escalamos y seguimos otras repisas que nos llevan hacia la izquierda, al pie de un gran bloque desprendido de la pared.

Allí empieza el Piz Badile.

Al principio es repelente. Sin embargo, un poco más arriba, una clavija clavada en la roca me indica el camino.

Mientras Bernard me va dando el material, contemplo estos diedros estirados en diagonales ascendentes hacia la izquierda: uno plano en forma de techo, y otro abombado, casi vertical, dominando una profundidad de cincuenta metros. No puedo menos de pensar otra vez en Cassin al llegar aquí, recordando que emprendió esta atractiva escalada, repentinamente convertida en difícilísima, con la misma naturalidad que acababa de subir por las fáciles repisas.

Sin duda los escaladores de los Dolomitas tienen mucha suerte de «esperarlo todo» constantemente y de tener un estado de ánimo que lo acepta y lo permite todo: los diedros que echan para atrás y los techos que rechazan, las travesías seguidas de rappels, la falta de puntos de relevo o descanso y los relevos sobre una clavija, los pasajes por donde el avance es de diez metros por hora, los que no pueden solucionarse más que con un péndulo y que se atacan aunque no se vea más allá de cinco metros. Sin embargo, al llegar a los Dolomitas hay una cosa que sorprende y que decepciona un poco: estas losas, estos diedros de hermoso granito, son menos rectas y menos expuestas que las losas y los diedros calcáreos; a pesar de esto resulta imposible escalarlas sin clavijas; la roca es demasiado compacta y no hay presas, ni siquiera



Piz Badile: las losas del ataque.

pequeñas. ¿En dónde están los treinta metros del Sass Pordoi o del Spigolo Giallo, donde la cuerda colgaba por detrás de mí sin tocar la roca? Los estribos aquí no quedan colgados, sino que se apoyan contra la losa. Sin embargo, este diedro resulta difícil porque hay que poner las clavijas con la mano izquierda y los cortes de la roca están todos del revés. Hay que confiarse a una clavija colocada al revés, luego a otra que también se presenta cabeza abajo, y esto resulta desagradable; semejante trabajo es largo, fatigoso y no me gusta.

No es sólo la falta de repisas fáciles y el tener que contar con que el regreso sería casi imposible a lo largo de estos diedros oblicuos, sino que me parece descubrir cierta inutilidad a mi acción de colocar clavijas. Escalando el diedro, adelanto diez metros por hora en esta pared de novecientos metros: lo que me resulta ridículo. Puede comprenderse la fantasía de clavar algunas clavijas en la losa de la cara este del Crocodile, pero hoy, con un tiempo tan hermoso, es tonto pasar el rato con una hilera de clavitos.

Y sin embargo —tal vez por la fuerza de la técnica—, escojo entre mis «pertrechos» la clavija adecuada, la fijo en la roca, la escucho cantar y confío mi cuerpo, con todo lo que encierra de amor y de esperanza, a este pedacito de hierro... Acabo de ganar un metro, me agacho para franquear el ángulo del diedro —que de oblicuo se convierte en recto—, luego me estiro para ganar veinte centímetros y encuentro una hendidura para un «extraplano» formando ángulo. Lo clavo y gracias a los estribos gano dos metros más.

Ya no veo a Bernard, pero éste puede darse cuenta de mi avance con el ruido de las clavijas y el menor movimiento de las cuerdas.

Las losas huyen entre mis piernas, no completamente verticales, pero cien metros más abajo abombadas como un trampolín.

Mediante algunas presas prosigo más rápidamente en escalada libre y llego al relevo. Izo la mochila grande con la cuerda y Bernard trepa con la pequeña. Noto que sube por las sacudidas de la cuerda. Con mucha fatiga y acrobacia mi compañero recupera las clavijas y me las trae. Estos pedazos de hierro son la ocasión de una sonrisa cuando el segundo se los tiende al primero de la cuerda.

En posesión de mi «quincalla», y alentado con la sonrisa, puedo volver a marcharme y clavar las clavijas que sean necesarias.

Siguiendo otros diedros y otras losas, llegamos al vivac de los italianos, pero no nos detenemos. En una diagonal muy ascendente, hacia la izquierda, el itinerario atraviesa unas hermosas losas de sólidas y pequeñas presas: ésta es la hermosa escalada libre y exterior, en la que todo es placer. De relevo en relevo, de largo de cuerda en largo de cuerda, llegamos al nevero situado a media altura de la pared, en donde el Badile parece descansar para erguirse luego con nuevo impulso.

Son las seis y cuarto de la tarde.

Dejando la mochila, salgo de exploración. Estas inmensas losas llanas están casi desprovistas de relieve, y nos preguntamos debajo de qué techo debía guarecerse Cassin.

Lo mismo que al iniciar el ataque, me tienta el gran couloir central, que está a ochenta metros a la izquierda, pero las piedras, los pedazos de hielo y la cascada que se precipita desde arriba a una velocidad endiablada, me hacen huir. Siguiendo la pared encuentro el diedro de Cassin, terminado con un hermoso desplome: éste es el camino.

Pero esta noche no haremos más que un reconocimiento; ahora son las seis y media (estamos a 28 de agosto en una pared a la cual no llegan las últimas luces del día), así es que es demasiado tarde para iniciar la escalada de este resalte.

Escalo los treinta primeros metros, que son muy difíciles, equipo el paso y vuelvo a reunirme con Bernard. Son las nueve y media; la noche se acerca.

Volvemos a bajar todavía unos veinte metros más y preparamos el vivac. Hace buen tiempo y mucho frío. A pesar de la oscuridad que se acerca, no apresuramos demasiado nuestra instalación para pasar el mayor rato posible y no encontrar la noche excesivamente larga; colocamos la clavija que debe atarnos y nos ponemos las chaquetas de plumón. Luego desplegamos con cariño los amplios anoraks que habíamos sopesado largamente el día anterior, encendemos la vela y el fogón de meta; dos hombres habitan en las losas del Badile.

Después de todos estos preparativos, miramos nuestros relojes: no son más que las ocho. Es el principio de una noche de inacción y de insomnio. Encogidos por el frío, colgados del Badile por un clavo, como un cuadro en la pared, hemos de esperar la llegada del sol. El cielo es bonito como un traje de noche.

El alba en la montaña es siempre muy fría y lenta en llegar. El sol se pasea unos cien metros sobre nuestras cabezas, pero dada la orientación nordeste de la pared, ningún rayo llega hasta nosotros y no podemos emprender la marcha todavía. El nevero está duro y el agua del deshielo se ha convertido en escarcha. Son las ocho de la mañana y estamos al pie del diedro. Rígido de frío, subo por la cuerda instalada el día antes. Al cabo de diez metros toco la roca blanca y calentada por el sol; la vitalidad que parece encogida en mi interior renace nuevamente, y mis movimientos son más amplios. Procuro apresurarme, mientras Bernard, abajo, sigue tiritando. Llego rápidamente al punto de relevo y le hago subir, luego le paso las cuerdas y prosigo.

Ayer nos sorprendían los diedros, ahora quedo maravillado por la audacia de semejante itinerario. Este resalte es vertical como una pared calcárea. La escalada es todo lo aérea que se puede desear. Lo preciso para que un hombre pueda seguir avanzando. No escalamos varias losas sino «una losa» inmensa, en la que habría que quitar muy poca cosa para que fuera perfecta. Nos entregamos por completo al placer de escalar. Sin darme cuenta exacta, siento vagamente que al subir por

esta pared del Badile descubro que nuestra ascensión tiene un sentido. No es la proximidad de la cumbre ni la escalada en sí misma lo que nos llena de alegría y serenidad, sino la sensación de que nuestros músculos y cabezas realizan un deber para el cual han sido hechos y preparados. Nos hallamos en el lugar que nos corresponde.

¡Cuánto debió gozar Cassin al trazar la vía por esta muralla! La certeza de pasar por todas partes debió darle la fuerza de vencer la aprensión que provoca la barrera de techos cuando se levanta la cabeza.

Llegar a ella ya resulta difícil... Subimos por una hendidura apenas marcada. Alrededor, no hay más que un bloque monolítico, hasta el momento en que se choca con el desplome.

Entonces hay que colgarse de las clavijas colocadas del revés y de los estribos que penden en el vacío para atravesar horizontalmente hacia la izquierda, debajo del techo, y alcanzar el diedro siguiente. Esto casi resulta sencillo porque no hay otro camino que escoger.

El diedro es largo y difícil. Las cuerdas se deslizan con dificultad, frenadas por el techo. La salida es peligrosa, las presas son redondeadas y los treinta metros de cuerda sólo me permiten alcanzar un vago rellano que sirve de relevo. Ejecuto la consabida tarea de izar las mochilas, luego Bernard se pone en camino. ¡Cuánta acrobacia para recuperar las clavijas! Pronto surge junto a mí y me tiende como un trofeo el precioso material que seguiremos empleando.

Aquí la amplitud de la pared es formidable, acentuada todavía por la altura ganada. Después de una pared difícil y una hendidura horizontal, llego a un rellano minúsculo, en el cual vivaquearon los italianos por segunda vez. El gran resalte está ya vencido. Debajo nuestro reconocemos perfectamente la gran chapa clara, y a la derecha el principio de la hendidura.

Son las doce del mediodía y nos detenemos para comer un poco en esta plataforma entristecida por recuerdos. En otros sitios las clavijas son la huella del hombre, pero las de los emplazamientos de vivac están llenas de alegría o de gravedad. Aquí unos hombres cantaban porque tenían frío... Antes de dejar esta losa, que calentaron durante una noche, comieron algo, sin apetito, para recuperar fuerzas.

No nos entretengamos: el cielo se nubla y se oscurece.

Subimos por la hendidura que se ensancha más arriba hasta formar una brecha que desemboca en la arista norte. La escalada es delicada, sin ser difícil; tanto la hendidura como la brecha están impregnadas del agua que se escurre de los neveros superiores. Subimos con precaución, pero es preciso apresurarse. El mal tiempo que suele acompañar a las grandes empresas parece precisarse: las nubes están más bajas, la luz se apaga, las rocas no tienen relieve. Entonces me oprime la angustia de que nos sorprenda una tormenta en esta garganta en donde el agua que cae se transformaría en cascada.



Piz Badile: atravesamos por debajo del techo.

El miedo me da alas y subo aprisa, muy aprisa, un poco bárbaramente. Detrás de mí las cuerdas pesan por el agua que las impregna. En la parte alta la brecha está atravesada por difíciles paredes verticales; hay que emplearse a fondo. La roca está resbaladiza bajo la película de agua.

Llueve, pero, sobre todo, tenemos la impresión de avanzar dentro de un baño de vapor inmóvil, helado, tangible, difícil de atravesar. Estas regiones ya no tienen nada de etéreo, pero a pesar de esto me siento tan ligero como si me hubiera despojado de una pesada envoltura, y avanzo sobre la roca casi corriendo.

Un chorro de agua se desliza de las presas a las cuales me aferró, se insinúa a lo largo del brazo y me hiela hasta el hombro, que tengo ya completamente mojado por las cuerdas cuando aseguro a Bernard. Este sube muy aprisa, así es que ganamos altura rápidamente. Pero este couloir que desde el vivac de Cassin parece tan corto, tiene una longitud de doscientos metros: ¡siete u ocho largos de cuerda!, ¡cuánta cuerda hay que manejar!

Por suerte, ha aclarado un poco y hay que aprovecharlo. Pero la parte alta es más recta y pierdo tiempo colocando clavijas. Estoy completamente lúcido, a pesar de mi angustia y mi exaltación; tengo miedo de la tempestad, mis fuerzas se duplican y oigo cantar una clavija imprescindible. Bernard sube con su gran mochila; y la mía además. Cuando, para ir más aprisa, sube por la cuerda saturada de agua, una fuentecita se desliza por sus mangas.

—Si mi madre me viera... —me dice.

La escampada dura poco y la lluvia vuelve a caer con más intensidad. Felizmente termino ya la escalada del último resalte y pongo los pies en un rellano. Mientras aseguro a Bernard, voy estudiando el terreno, pero la visibilidad está limitada a algunos metros. Intuyo que nos hallamos al nivel de la repisa que ha de seguirse hacia la izquierda en el momento de salir del couloir. Sin embargo, resulta tentador proseguir en línea recta para salir a la arista norte. Pensamos en Cassin, retrasado por condiciones desfavorables, por su larga cordada, que no quiso renunciar a la cara nordeste del Badile. Tememos que con el mal tiempo este couloir se convierta en una trampa y vacilamos un instante antes de empezar a seguir la repisa apenas marcada, pero finalmente la proximidad de la tempestad nos hace temer el torrente. Pero no son más que las cinco de la tarde, y tendríamos el tiempo justo para llegar a la cumbre esta noche.

Adelanto veinticinco metros. La repisa se ensancha, pero está obstruida por la nieve. La tempestad estalla con violencia y los rayos caen muy cerca de nosotros. Coloco una clavija, nos ponemos los anoraks y ante la imposibilidad de proseguir esperamos los acontecimientos.

La situación se pone fea. Está muy oscuro y una apretada lluvia cae sobre nosotros. Con un estruendo que se repite constantemente los

rayos caen muy cerca deslumbrándonos con su insana y vivida claridad, que hiere los ojos. Estamos calados hasta los huesos y sentimos frío. Bernard mira el reloj: son las seis. Esta noche también dormiremos en la pared.

Entonces empieza la interminable espera.

Diez minutos de escampada nos bastarían para avanzar un poco hacia la cumbre. Pero no es esto lo que deseamos de momento, sino movernos un poco, hacer algo que no sea sólo esperar, colgados de nuestra clavija. Tenemos los músculos duros y fríos. Esta inactividad nos destruye lentamente, estamos hechos para escalar, y no para permanecer horas y horas postrados bajo la tempestad. Escalaríamos cualquier cosa, una chimenea, una hendidura, una losa. Escalar..., sencillamente escalar, movernos, enderezarnos. Bernard sentiría deslizarse entre sus dedos la cuerda de nilón mojada, mientras yo iría subiendo. Hacer solamente un largo de cuerda, como de costumbre. No es un capricho, esto nos sentaría muy bien, es casi una necesidad lo que sentimos. Al llegar arriba le diría a Bernard:

«Estoy en el relevo. Sube.»

Bernard cogería las dos mochilas, y, satisfecho de salir de esta repisa, ni siquiera diría que son muy pesadas...

Pero este sueño ya no es realizable. Son las siete y media y no ha parado de llover. Ya oscureció. Esta repisa nos pertenece.

A nuestro alrededor continúan las descargas eléctricas. De vez en cuando graniza. Bernard mira su reloj; los rayos caen cada tres minutos, asustándonos siempre.

El alpinista puede luchar contra el viento que abate y nos duerme lentamente, contra el frío que encoge y acobarda, contra la nieve que quema y siembra la muerte; puede luchar y no renunciar a la existencia. Pero el rayo mata de repente y mientras lo vemos blanquear un segundo la noche, nos apretujamos contra la roca, infelices sombras de vida.

Estoy deseando la nieve que cae después de las tempestades, cuando ya se han calmado, y que lo recubre todo apaciblemente. Lo recuerdo perfectamente: esto fue hace dos años, con René Mallieux. La tempestad nos sorprendió mientras tirábamos el rappel de la Aiguille du Roe —a las seis de la tarde, a fines de septiembre—, viéndonos obligados a vivaquear en la brecha. Había nevado toda la noche. Estábamos mojados, transidos de frío; la nieve polvo se filtraba por todas partes. En primer lugar era preciso no dormirse. Luego, de vez en cuando, tenía que sacar la mano para barrer la nieve que nos cubría como un manto. Al amanecer, cincuenta centímetros de nieve reciente lo recubría todo. Metía la mano medio helada en mi bolsillo mojado por la nieve derretida y vacilaba en volverla a sacar, pero me decía: «De nosotros dos el guía soy yo; y el guía debe ser invulnerable». Entonces sabía que no se me helarían los dedos, pero ante el rayo me siento desvalido e impotente.

El frío nos penetra cada vez más. Para no permanecer inactivos decidimos hacer té. Sacamos el hornillo, lo instalamos como podemos entre nosotros, colocamos «meta» en el interior y llenamos de nieve el recipiente. Todo esto no es más que un juego de niños. En seguida intentamos encender las cerillas, pero el viento las apaga inmediatamente, y si alguna de ellas prende el «meta», es éste el que se apaga. Una vez agotadas todas las cerillas quedamos como idiotizados ante nuestro inútil hornillo.

Bernard saca unos cigarrillos para matar el tiempo, pero como no tenemos ya fósforos, nos quedamos con las ganas de fumar.

Los relámpagos son más espaciados. Nos hace el efecto de que la tempestad se aleja y sube hacia el Bernina, iluminando de un modo extraño el lago de Silvaplana.

Desdoblamos nuestras piernas, las estiramos y las dejamos pender en el vacío. Hace muchísimo rato que estamos acurrucados contra esta roca, sobre esta estrecha repisa, sin hacer el menor movimiento. Debajo de nosotros, a plomo, las losas del Badile. Bernard deja caer un guante. Vuelve a caer un poco de granizo. Comemos algo. Ahora relampaguea hacia Saint-Moritz.

Al alejarse la tempestad hacemos proyectos. Mañana... Lluve todavía y estamos tiritando, pero ya pensamos en mañana. Si la roca no está demasiado mojada... Si un rayo de sol... Todavía nos falta la travesía, muy expuesta, que Cassin subraya en su ficha técnica. Debemos tomar algunas precauciones para no encontrarnos en un estado de inferioridad cuando llegue el momento de volver a emprender la escalada; movemos los pies dentro del calzado y nos friccionamos un poco. Pero toda nuestra ropa está empapada y el agua de la lluvia, templada al contacto de la piel, se convierte con el viento en una coraza de hielo. Los rayos y truenos se han alejado y oímos el ruido de las piedras que se precipitan frente a nosotros por la pared del Piz Cengalo, pero no son ya los fuegos artificiales de la noche pasada, la lluvia de centellas que hacía tan bonito en medio de la oscuridad.

Instintivamente hemos escondido la cabeza entre los hombros, doblado nuestras piernas junto al pecho y contenido la respiración. El relámpago blanquea la roca alrededor nuestro.

He visto la lluvia, blanca como si fuera leche, la espalda redonda de Bernard, su brillante anorak. Primero he oído un débil ruido, como si se arrugara papel de seda, y en seguida el estruendo ensordecedor del trueno. Todo el circo se conmueve; el eco rueda de muralla en muralla. La tempestad vuelve.

Sólo había sido una tregua.

Tengo miedo y me siento desvalido. Los rayos caen, restallan y nos rodean con su luz y su ruido. Bernard me dice la hora; aún no es medianoche. Hace ya seis horas que dura esto. En cuanto vuelve a reinar la noche que reposa los ojos, relajando la crispación de nuestros

acurrucados cuerpos, y perdemos un poco el miedo, una nueva bola de fuego rebota sobre la roca.

Muchas otras veces hemos soportado tempestades, liemos sido sacudidos, agitados, e incluso estado a punto de resbalar, pero teníamos una esperanza: la fuga. Saltar de roca en roca a través de las placas de nieve, instalar y bajar los rappels a toda velocidad, perder altura lo más aprisa posible, hacer los movimientos precisos en un determinado tiempo; esto resultaba casi embriagador. Pero esta noche no podemos movernos, sino que debemos conformarnos con hacer acto de presencia, clavados en el sitio. Parece que esta noche jamás ha de acabar.

* * *

En la madrugada, después de calmarse la tempestad, hacemos la travesía horizontal de la cual habla Cassin en su ficha. Dos rappels nos depositan luego en el couloir central. Desde allí una arista poco marcada nos conduce a la cumbre, a la que llegamos a mediodía. Allí encontramos a dos alpinistas italianos, que habían subido por la vía normal de la vertiente sur. Después de tanta lucha, esta presencia humana nos ha hecho felices. Todo parece tener un gusto nuevo, la roca, el sol, los hombres, los colores, el tabaco y una naranja que nos ofrecen.

Recorremos el macizo con la mirada. El tiempo es bueno otra vez y las montañas acogedoras. Luego bajamos alegremente, todos juntos, hacia el refugio Giannetti por la vía normal.

* * *

He obtenido la mejor recompensa. He vencido al Badile como guía, desde luego; pero, sobre todo, lo que tiene más valor para mí es haber podido comprobar que la confianza concedida a mi compañero era justificada y ésta es la mayor satisfacción de nuestro oficio. El guía no se sentiría tan fuerte si no diera alguna cosa; Bernard, principiante hace dos años, estaba hoy en su lugar en las losas del Badile.

PARED NORTE DE LOS DRUS

El tren del Montenvers se pone en marcha perezosamente, engrana su cremallera, empieza a subir, traqueteando su cargamento de turistas, que gritan o dormitan, penetra en un túnel, luego en otro, llega a Caillet y se detiene: la locomotora tiene sed...

El viento de las alturas empieza a soplar.

El tren se pone de nuevo en marcha; poco después, al dar una vuelta, aparece una flecha: Los Drus... Un surtidor de piedras.

Los turistas se precipitan a las ventanillas, luego vuelven a sentarse.

Los alpinistas los contemplan con cariño; los Drus son siempre la primera cumbre que les trae el tren del Montenvers. Lo saben, la esperan y la reciben como un rostro amigo. Junto a la extenuada locomotora, el cicerone declama en la terraza de la estación:

«Delante de ustedes, los Drus, en donde se sitúa el drama del libro El primero de cuerda; a la izquierda, de perfil, la pared norte con su cueva, ese enorme agujero a media altura. Enfrente, la pared oeste atravesada por numerosos desplomes; a la derecha, la arista de las Flammes de Pierre...»

* * *

El nombre de Franz Lochmatter está ligado a esta pared. Ya en el año 1904 se atrevió a atacarla, en compañía de su hermano Josef y del capitán V. J. E. Ryan; los tres escaladores lograron elevarse hasta setenta metros de la oquedad, lo cual constituía ya una hazaña notable.

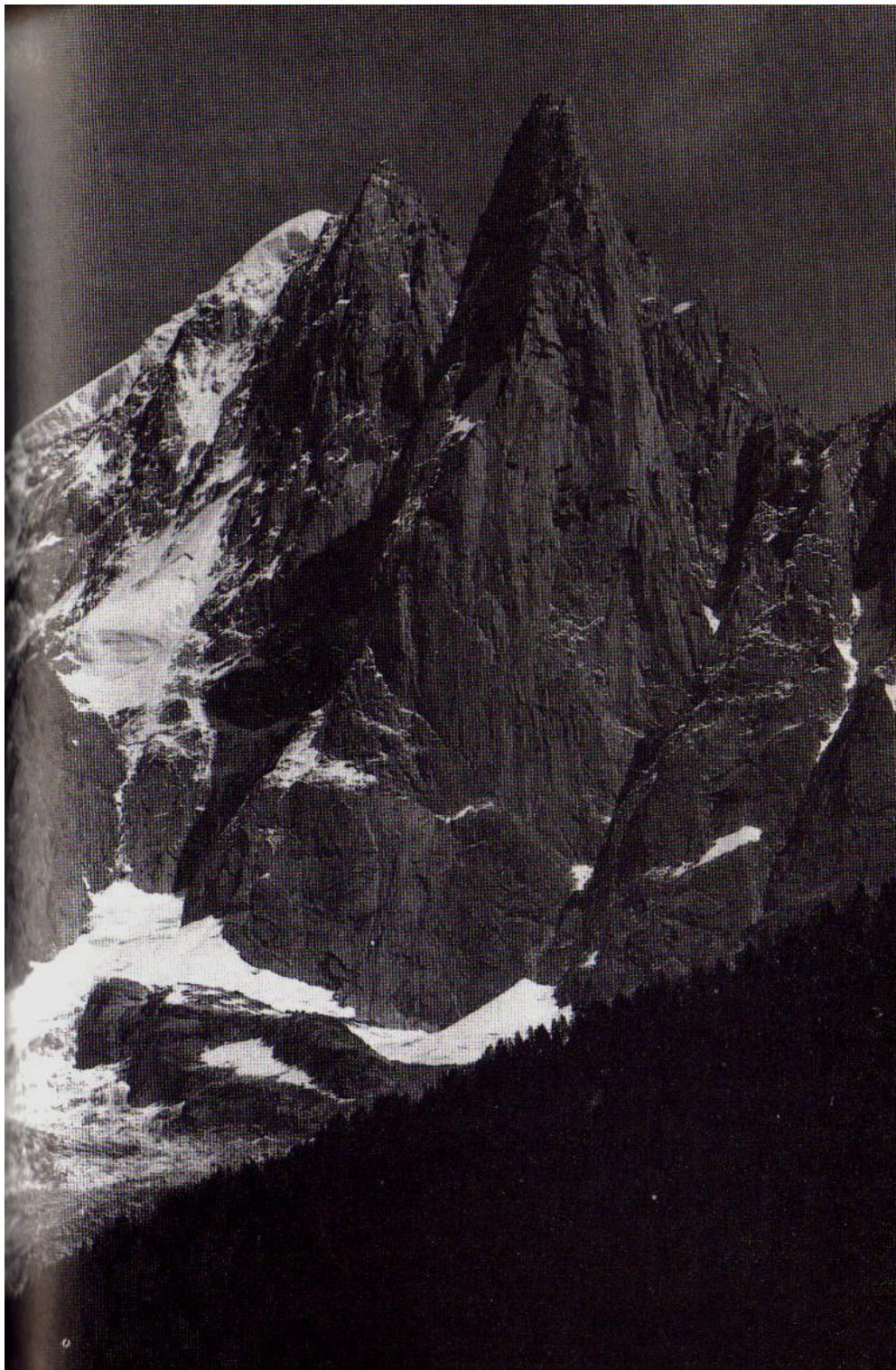
En 1930, Félix Batier y Arthur Ravanel escalaron la tercera parte de la pared. Dos años más tarde, en el curso de una tentativa alemana, Krinner y Kofler perdieron la vida al caer, un centenar de metros más arriba de la grieta terminal, ante los ojos de sus compañeros Bratschko y Schreiner, que se retiraron.

Poco después, los días 21 y 22 de julio de 1932, los suizos Robert Gréloz y André Roch, que habían subido por la vía normal, hicieron el primero y el único descenso de la pared; un descenso vertiginoso, a fuerza de interminables rappels.

En 1935, los ginebrinos Dupont, Gotch, Lambert y Mussard consiguieron subir hasta unos cincuenta metros más arriba de la oquedad, luego se retiraron. Tres días más tarde, el 31 de julio y el 1 de agosto, Pierre Allain y Raymond Leininger realizaron con éxito la ascensión. ¡Una magnífica «primera»!

* * *

El guía va diariamente a la montaña con distintos compañeros. Hace unos quince días que el tiempo es bueno y escalo sin cesar. Pero esta tarde, mientras bajamos de las Aiguilles du Diable, el sol se diluye lentamente y se oculta entre las turbias nubes que rayan el cielo hacia



Poco después, aparece una fleha:
Los Drus... Un surtidor de piedras.

el oeste. Mi compañero, Michel del Campo, casi parece alegrarse del mal tiempo que se anuncia: ha terminado las vacaciones y le pesará menos dejar Chamonix. Pero pienso en René Mallieux, con el cual tengo que vivaquear mañana al pie de los Drus, para escalarlos al día siguiente, el 14 de agosto. Es imposible retrasar la ascensión, porque el 15 de agosto es la fiesta de los guías, y no puedo salir.

Ese día, tanto si el tiempo es bueno como si es malo, el macizo del Mont Blanc está desierto; los guías de Chamonix y de Courmayeur se quedan en sus valles respectivos para celebrar su fiesta anual; la misma regla e igual tradición existen en ambos sitios.

* * *

Por la noche, encuentro a René en la plaza de la Poste. Erramos por Chamonix, mirando los barómetros para no perder la costumbre, pero en todas las estaciones de montaña estos instrumentos científicos son siempre acusados de prometer un cielo despejado, aun cuando el oeste remita su reserva de nubes.

Al día siguiente llueve, con gran disgusto de René; hace ya muchos años que desea escalar esa cara norte.

Por la tarde despeja un poco; el sol sale unos momentos y se divisan las cumbres. Por suerte no ha nevado en las alturas. Sentimos no habernos marchado, pero poco después vuelve a nublarse y esta vez los barómetros acusan un descenso de temperatura. Vamos de una pastelería a otra y de la oficina de los guías al café de enfrente. Una idea ronda por mi cabeza, pero no me atrevo a formularla. De todos modos, le pregunto a René:

—¿Estás bien «entrenado»? ¿Podrás subir aprisa?

—Aprisísima, si es preciso.

René vacila un momento, luego añade:

—¿Por qué?

—Hay una solución que podemos intentar. Si mañana hiciera muy buen tiempo cogemos el primer tren del Montenvers a las ocho y media y procuramos hacer la ascensión a los Drus por la tarde.

Hay instantes densos de alegría; veo que el rostro de René se ilumina con una sonrisa: ¡la excursión está decidida! Nuestra felicidad niega la evidencia de un crepúsculo de plomo.

—Hasta mañana por la mañana, a las ocho y cuarto, en la estación del Montenvers.

Con estas palabras nos despedimos.

Pero en seguida que me quedo solo, el nublado cielo no me deja lugar a ninguna esperanza; no se ve ni una estrella.

Como con Michon, y más tarde mis amigos me llevan al Outa, en donde celebran su despedida. A las dos de la mañana, cuando salimos, se ven brillar algunas estrellas. A las siete y media, cuando suena mi despertador, el tiempo es magnífico. ¡René ya debe esperarme en el tren!

Preparo mi mochila, monto en mi bicicleta, y llego como una tromba a la estación. Allí está René, impaciente y feliz.

Desayuno en el tren, y un turista me presta su diario. ¿Es verdad que vamos a la cara norte de los Drus?

Al primer viraje después de Caillet, se me aparecen los Drus, más hermosos que nunca: ya son un poco nuestros.

A las nueve y cuarto llegamos a Montenvers. El cicerone empieza su charla. Los «piratas» van a esperar a los turistas al pie del camino. Atravesamos a toda marcha la Mer de Glace y a las doce y media almorzamos sobre la hierba de las últimas terrazas. Tres cuartos de hora después nos encordamos y atravesamos la grieta terminal; allí empieza la deseadísimas escalada...

La naturaleza está formada de tradiciones: la rueda de las estaciones, de la noche y el día, del sol y de la tempestad. El alpinismo igualmente: el despertar difícil, la ojeada al cielo a través de la ventana del refugio, el desayuno engullido sin apetito, la marcha con la linterna, la salida del sol, los mil y un detalles de la escalada, el regreso hacia mediodía, el descanso en la terraza del refugio...

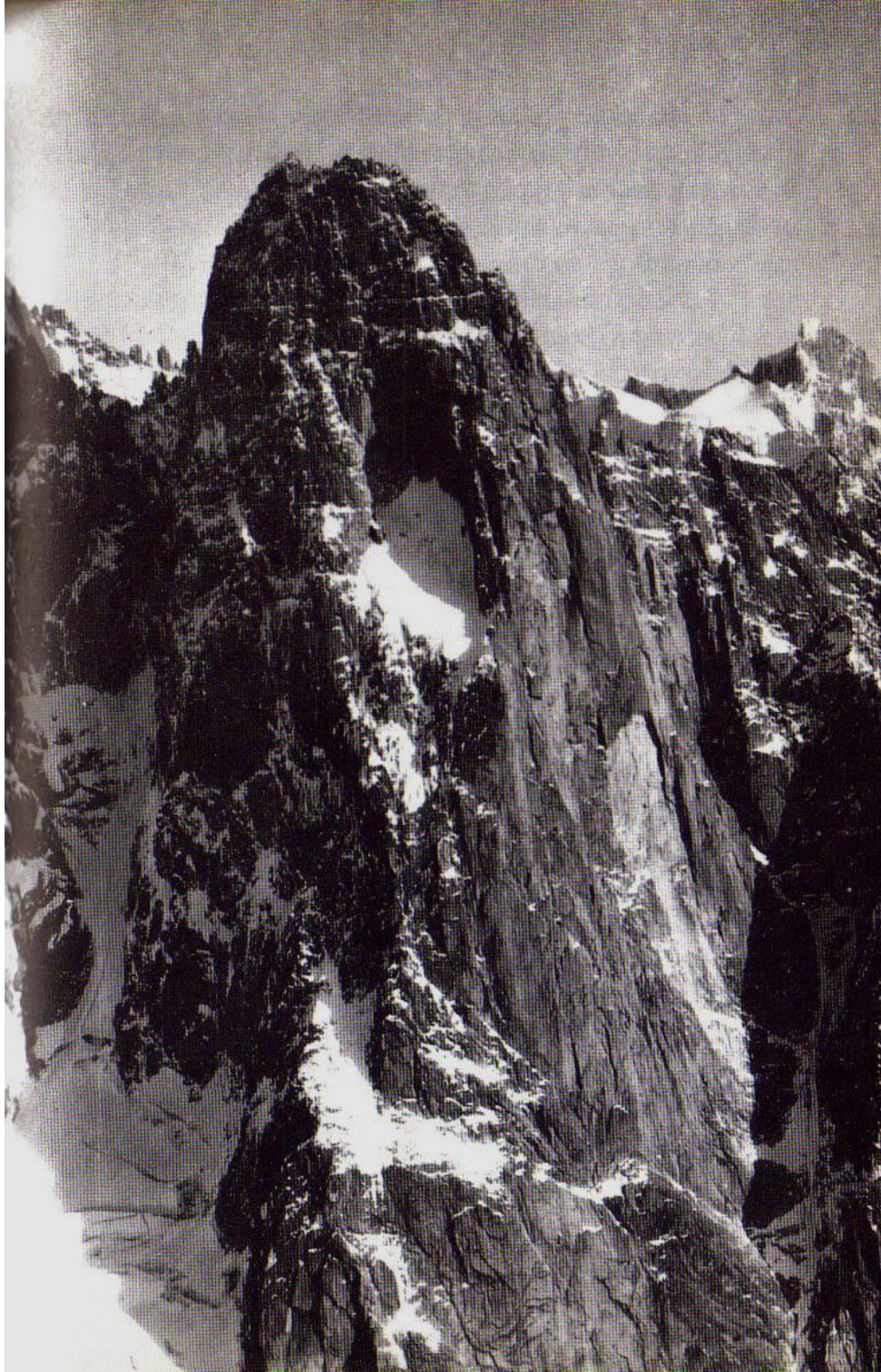
Por eso hoy, a la hora en que la gente sensata toma su café, a la hora en que los alpinistas suelen haber acabado su ascensión, siento cierto malestar al empezar el ataque; una especie de temor, como el que debía turbar a los hombres en la época en que la montaña estaba hecha solamente para los demonios y los dioses.

Pero el buen tiempo ha vuelto como un regalo, había que aprovecharlo y aquí estamos en mangas de camisa, a una hora insólita, en la cara norte de los Drus. Sin embargo, esta tarde de agosto es agradable. La pared se halla en la sombra, pero la suavidad del ambiente respira alegría en lugar de la severidad y del frío del amanecer. Un extraño hechizo se desprende de la montaña, que parece querer confiarnos sus secretos; esta tarde tiene la belleza del otoño.

Subimos aprisa, muy aprisa incluso; ¡es preciso! Mañana por la mañana debo estar en Chamonix para la fiesta de los guías. Esto da un nuevo aliciente a nuestra ascensión. Ir aprisa por el gusto de hacerlo nos ha parecido muchas veces una idiotez, pero hoy es diferente; no disponemos más que de estas horas para subir los ochocientos metros de la pared. René no ha exagerado al decir que se sentía capaz de ir aprisa, pues constantemente me pisa los talones. Hacia las tres de la tarde llegamos a la Oquedad, marcada por el pulgar de un gigante en la arcilla de nuestra montaña. Nos detenemos para mirarla, como asimismo la cara oeste que se levanta hasta el cielo como una tromba de piedras de la morrena.

—Dentro de diez años la habrán subido —le digo a René.

Comemos algunos dátiles, pasas de Corinto, una naranja —frutos de sol en el aire fresco de las paredes norte—, luego emprendemos de nuevo la escalada. Subimos fácilmente y con gusto, nuestros movimientos se suceden sin sacudidas, fluyen como el agua de un



La Oquedad, marcada por el pulgar de un gigante
en la arcilla de nuestra montaña

arroyo. El efecto que producen todas las técnicas sobre un cuerpo bien «entrenado» es el de abolir la dificultad y procurar solamente la alegría de un trabajo bien hecho y para el cual se está preparado. De niños, trepábamos a los árboles; ¿no habremos tal vez sabido conservar ese instinto? Y me hace el efecto de que si hoy se nos detuviera para formularnos la inevitable pregunta: ¿Por qué vais a la montaña?, responderíamos en seguida: Estamos hechos para esto.

Instinto, amor a la roca, técnica... Subimos sin dejarnos acaparar por unos problemas de escalada. Así todo es beneficio; sin dejar de vigilar la ascensión nuestro espíritu, alegre, puede vagabundear. ¡Qué tarde tan deliciosa! En esta ascensión, en la que todo es simpatía, no hay incidentes ni accidentes.

El aire es fresco, amable, fraternal. El sol, escondido tras la cara oeste, nos ahorra su calor sofocante, pero su proximidad esparce serenidad. Allá abajo, el tren del Montanvers sigue royendo su cremallera, el torrente continúa corriendo, el glaciar avanzando imperceptiblemente y la cascada desgarrando su cortina de agua en una franja desmelenada... Junto a nosotros, la roca tiene un agradable olor de roca, y sus innumerables granos de granito se incrustan amistosamente en nuestros dedos. Todo esto es grato y tranquilizador como la sombra de una encina. Este mundo está hecho para nosotros. Nos sentimos en paz en este rincón del planeta. Escalar una muralla de piedra nos gusta, desde luego, pero la inteligencia y las facultades físicas son amargas y no proporcionan ningún placer si existe sequedad de corazón.

Subo delante, porque éste es mi oficio, pero René va tan seguro como yo. Casi siempre escalamos juntos, para ir más aprisa y porque la confianza es recíproca.

Seis meses antes, cuando fui a Bruselas para dar a los miembros del Club Alpino Belga una conferencia, solicitada por su vicepresidente René Mallieux, ya adiviné en él este antiguo deseo: ¡escalar la cara norte de los Drus! René es mayor que yo y estaba en Chamonix en 1935, el año de la «primera».

La idea de escalar a su vez la pared nació luego en él, pero la guerra le obligó a renunciar a ella. Este deseo dormía en el fondo de su corazón y yo lo desperté el invierno anterior.

Los momentos en que la felicidad y la amistad nacen son sencillos y sin estridencia. Son tan naturales, que no parecen evidentes.

Ahora nos hallamos en la pared, y desde hace un momento, mientras subimos, algo me regocija. ¿Qué es? No sabría precisarlo. Al principio pensaba que tal regocijo provenía de la escalada, pero este canto íntimo nace también de otra cosa. Percibo todos estos pequeños estremecimientos de la atmósfera y del planeta, que recibimos como una confidencia; el gusto del aire, el oro del sol en torno a nuestra montaña. Pero todo esto es sólo un perfume. Dos hombres estamos sobre una patria de roca y caminamos hacia la misma estrella. La ale-



Drus: la fisura Lambert.

gría de René se cifra en realizar este proyecto, que data de nueve años; la mía consiste en ayudarle. Me alegro de hallarme en los Drus, pero tanto allí como en cualquier otra parte, mi felicidad está en llevar a un compañero. ¿Qué sería el guía sin aquel a quien conduce? Bueno o mal tiempo, fácil o difícil, necesito cantar el mismo himno que él. Este es el mejor regalo de nuestras montañas. Al subir a una cumbre, un hombre realiza su trabajo; el otro está de vacaciones, y el lujo de sus esfuerzos es su amistad.

* * *

Estamos sentados el uno al lado del otro sobre una terraza de granito. Es de noche y nieva ligeramente. La tempestad se ha desencadenado cuando terminábamos la ascensión y hemos pasado por debajo de la cumbre siguiendo la repisa de cuarzo para alcanzar la vía normal y empezar el descenso. Pero después de dos rappels hemos tenido que detenernos y ponernos los anoraks de vivac. Esta nieve contraría nuestros proyectos, mas no nos disgusta. La lluvia es desagradable, pero la nieve forma parte de la montaña, lo mismo que el sol y un cielo despejado. Las nubes no deben ser muy espesas, porque no es completamente oscuro; estamos bañados en una delicada luminosidad, y tenemos la seguridad de que detrás de las nubes resplandece la luna llena.

* * *

Hacia las diez, el frío empieza a apretar. La capa de nubes se estira, lo mismo que la niebla sobre los ríos cuando el sol de la mañana la disuelve; luego llena el valle de Chamonix y nos separa del mundo. La dorada luna aparece en medio del negro cielo, y su luz hace centellear la reciente nieve como si fuera polvo de estrellas. Ahora el frío es muy intenso. Acurrucados en nuestros anoraks de plumón, estamos sentados uno junto a otro, y los «huesos de la tierra» nos sirven de cuna. El cielo entero está en nuestro corazón; seguimos el camino de las innumerables estrellas. Sopla un cierzo ligero. Pensamos en los primeros hombres que escalaron montañas. Mil ochocientos metros más abajo, los pequeños lagos del Tacul, que bordean el glaciar, tienen reflejos de piedras preciosas. Hacia nuestra derecha, en el valle, el mar de nubes, estremecido por el viento, cubre a Chamonix dormido.

* * *

A la mañana siguiente, cuando llegamos al valle, la ceremonia en el cementerio y la bendición de los piolets ha concluido ya; tendré que pagar una multa por haber llegado con retraso.

Por la tarde escalo los Gaillands, para la demostración de escalada de la fiesta de los guías.

EL CERVINO

El Cervino es la montaña más despojada de su ganga, aquella cuya arquitectura y cuyo impulso son de un rigor geométrico.

Es la cumbre ideal, más que ninguna otra; la que imaginan los niños que nunca han visto ninguna. Así la creaba yo, que nací a orillas del mar, cuando oía pronunciar la palabra «montaña»: una pirámide rodeada de glaciares que apunta hacia el cielo.

Pero aquí la pirámide es mucho más hermosa porque está sola. A su alrededor no hay más que desierto de piedra, ceniza de montaña, cumbres dormidas, inclinadas y dobladas.

* * *

Después de la primera ascensión al Mont Blanc, en 1786, casi todas las cumbres habían sido escaladas, pero el Cervino permanecía inaccesible.

¡Qué gran época era aquélla!

Numerosos alpinistas miraban la cumbre con pasión y codicia. Algunos realizaban tentativas, pero todos tenían que renunciar.

Únicamente dos hombres no veían en sus fracasos más que un éxito retrasado: Edward Whymper, el inglés apasionado de salvaje tenacidad, y Jean-Antoine Carrel, el enamorado de la montaña que le había visto nacer. Tan pronto unían sus esfuerzos como probaban cada uno por su lado. A veces reanudaban su alianza, pero en el fondo cada cual deseaba demasiado la victoria para poder compartirla, y rondaban alrededor de la hermosa montaña.

El desenlace ocurrió el 14 de julio de 1865. El vencedor fue Whymper, que alcanzó la cumbre por la arista suiza. Pero esta gran victoria fue seguida, como se sabe, de una terrible catástrofe: en el transcurso del descenso, cuatro de los siete alpinistas de la cordada de Whymper se despeñaron por la cara norte y se mataron.

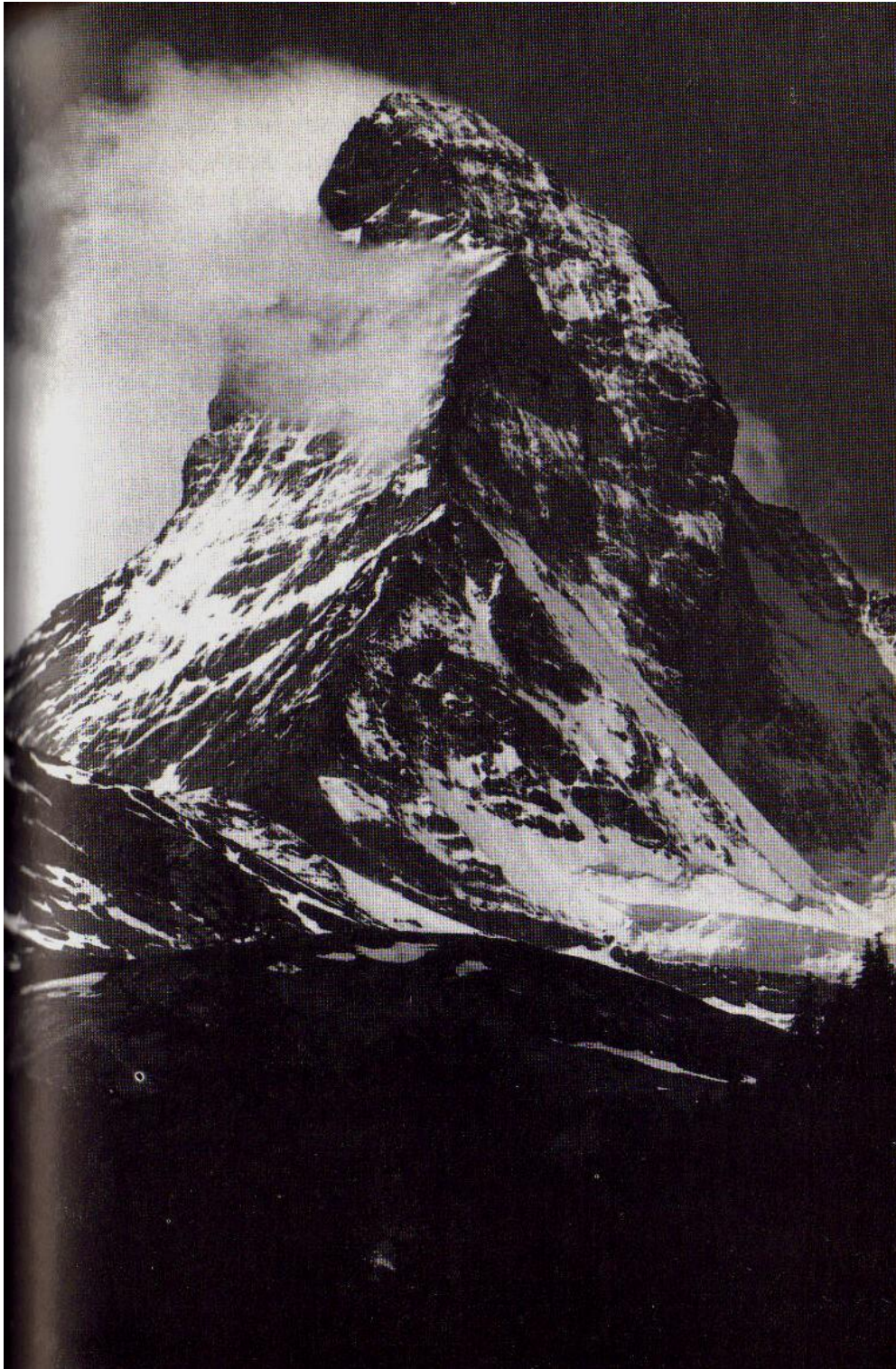
Dos días después, Carrel alcanzaba la cumbre por la arista italiana.

* * *

La conquista tan bien empezada se prosiguió luego por las otras dos aristas y por las cuatro caras.

La cara norte es la más hermosa.

Se halla entre la arista de Hornli y la de Zmutt. Vista desde el Zinalrothorn, tiene la sencillez de un triángulo perfecto; de perfil parece una gigantesca columna retorcida. Su altura es de 1.100 metros y parece difícil al mirarla, pero sobre todo es peligrosa. La roca es quebradiza; el hielo, vidrioso; no hay puntos de relevo o descanso, ni la menor protección en caso de tempestad, y las mejores técnicas resultan inútiles ante los continuos aludes de piedras. Únicamente se abstienen de surcar la pared algunos días del año, pero ¿cómo adivinarlos para estar allí? El Cervino es desconcertante.



El Cervino, una pirámide rodeada de glaciares que apunta hacia el cielo

Entre las grandes paredes norte de los Alpes, la del Cervino es la primera que se intenta seriamente y la primera que se vence. La base es muy recta; el tercio de en medio se acerca a la vertical, y aunque la parte alta es un poco más inclinada, no por eso deja de ser muy expuesta. La llave de la ascensión parece ser el couloir del tercio de en medio, pero precisamente este couloir canaliza los aludes.

En agosto de 1923, dos austriacos, Horeschowsky y Piekelko, escalan la empinada pendiente de hielo de la parte baja de la pared, suben por las rocas de la izquierda del couloir y desembocan a 4.000 metros, en la arista del Hornli, cerca del refugio Solvay.

En septiembre de 1928, dos guías de Taesch, Víctor Imboden y Kaspar Mooser, se elevan hasta quinientos metros más arriba de la grieta terminal, a la derecha del couloir; al llegar la noche, vivaquean y bajan luego con dificultad.

Se llevan a cabo otras varias tentativas hasta que, a primeros de agosto de 1931, la increíble noticia circula por el valle de Zermatt: la cara norte del Cervino acaba de ser escalada por dos muchachos de Munich: Franz y Toni Schmid.

El 31 de julio, muy de madrugada, han atravesado la grieta terminal y atacado la pendiente de hielo; luego, aprovechando un día privilegiado en que no se desprendían piedras, han subido por el couloir y vivaqueado a los 4.150 metros. Al día siguiente, primero de agosto, alcanzan la cumbre a las dos de la tarde, en plena tempestad, después de permanecer aferrados a la pared treinta y tres horas.

Luego de esta memorable aventura, la cara norte del Cervino no ha sido escalada más que tres o cuatro veces, y nunca por franceses. Pero estos argumentos son secundarios; el Cervino, sencillamente, ejerce su atracción.

* * *

Raymond Simond reside en uno de los más hermosos lugares del alto valle del Arve; arriba de la llanura de Tines, junto al bosque. No es un guía, sino un hotelero. Es aficionado al alpinismo, y a pesar de un trabajo absorbente de toda la temporada, no es extraño encontrarle en una cumbre. La razón principal de que me guste ir con él es porque siente un gran amor hacia todas las cosas de la montaña. Escala, desde luego, pero también va en busca de «cristales». Ha hecho la Verte por el Nant Blanc, pero ha subido también al Lac Blanc y a las Aiguilles Rouges. Le gusta el olor del bosque, durante la tala, en otoño, y conoce las setas y las flores.

El año pasado, en una de esas tardes otoñales que son como un último regalo del cielo, hicimos juntos la arista sur de la Aiguille Noire de Peuterey; ahora, en estos primeros días de verano, soñamos con la cara norte del Cervino. A Raymond le gustan, como a mí, las cumbres

lejanas; tal vez el no tenerlas constantemente ante los ojos les confiere un atractivo más. El 26 de junio de 1949 salimos de Chamonix hacia Zermatt.

Por el camino, recuerdo la postal que recibí, un día, de Max Chamson:

«Regreso de este maravilloso montón de piedras.»

En el reverso había una fotografía del Cervino.

Hoy me parece comprender mejor la contradicción aparente que encierran estas palabras: «maravilloso montón de piedras».

Sin duda, el alpinista va a la montaña para escalar, y muchas veces sus esfuerzos son recompensados por una escalada hermosísima. Pero a fuerza de escalar por escalar, ¿no se corre el peligro de olvidar cuál es la cumbre que se está subiendo?

Para Raymond y para mí, el Cervino ha renovado ese selecto placer que proviene de la atracción directa, irrazonada, de una montaña, y convierte toda la ascensión en un peregrinaje. Su escalada no siempre es interesante y la roca es mala. Unos cables prostituyen sus aristas; la ascensión es larga y en algunos sitios fastidiosa, pero felizmente todo eso es secundario.

Es la primera vez que voy a Zermatt y al Valais. Raymond ha estado ya, y ha subido al Furggen. Yo no he visto nunca el Cervino más que en fotografía; lo he vislumbrado apenas desde el Mont Blanc o desde el Oberland.

Y ahora, mientras el pequeño tren nos traquetea entre una muchedumbre anónima, llego a ese momento de la peregrinación en que «se va a ver». Se teme siempre una decepción: ¿Y si no fuera verdad? ¿Y si no fuera lo que uno se imaginaba? La exactitud no vale siempre tanto como la verdad.

¿La verdad? Es una cumbre ideal.

* * *

Después de 1865 tuvo lugar la embriagadora conquista de la montaña entera: Tyndall, Penhall, Mummery, Guido Rey, los dos hermanos Schmid, que habían salido en bicicleta...

Es imposible quedar defraudado.

A medida que uno se acerca, se penetra en el hechizo.

Los zigzags que llevan al Lac Noir son largos y fastidiosos. Pero, poco a poco, la gran historia pesa. ¿Acaso tomamos parte en una epopeya?

Whymper dando vueltas en torno al Cervino.

Whymper, Carrel y los otros...

Somos sus herederos.

El montón de piedras vive tanto por los hombres que lo han amado como por su fría belleza.

Ahora comprendo mejor la razón que nos empuja hacia las grandes vías y las últimas «primeras»: no queremos conformarnos con poner los pies en las huellas marcadas por nuestros predecesores, sino ser dignos de su herencia.

* * *

A la una de la madrugada pasamos en silencio junto a la base de los seracs que protegen la cara norte. Luego, cuando encontramos un paso, nos deslizamos entre los bloques de hielo. Hace mucho frío.

Al amanecer atravesamos la tradicional grieta terminal; luego, clavando los crampones, nos elevamos rápidamente por la gran pendiente. Abajo, la nieve es dura como la deseábamos, pero más arriba resulta desastrosa: pulverizada sobre la capa de hielo. Hemos venido a principio de temporada para tener pocos aludes de piedras y estar solos. Pero encontramos la montaña en muy malas condiciones: en esta cara norte, tan fría, la nieve no se ha transformado aún.

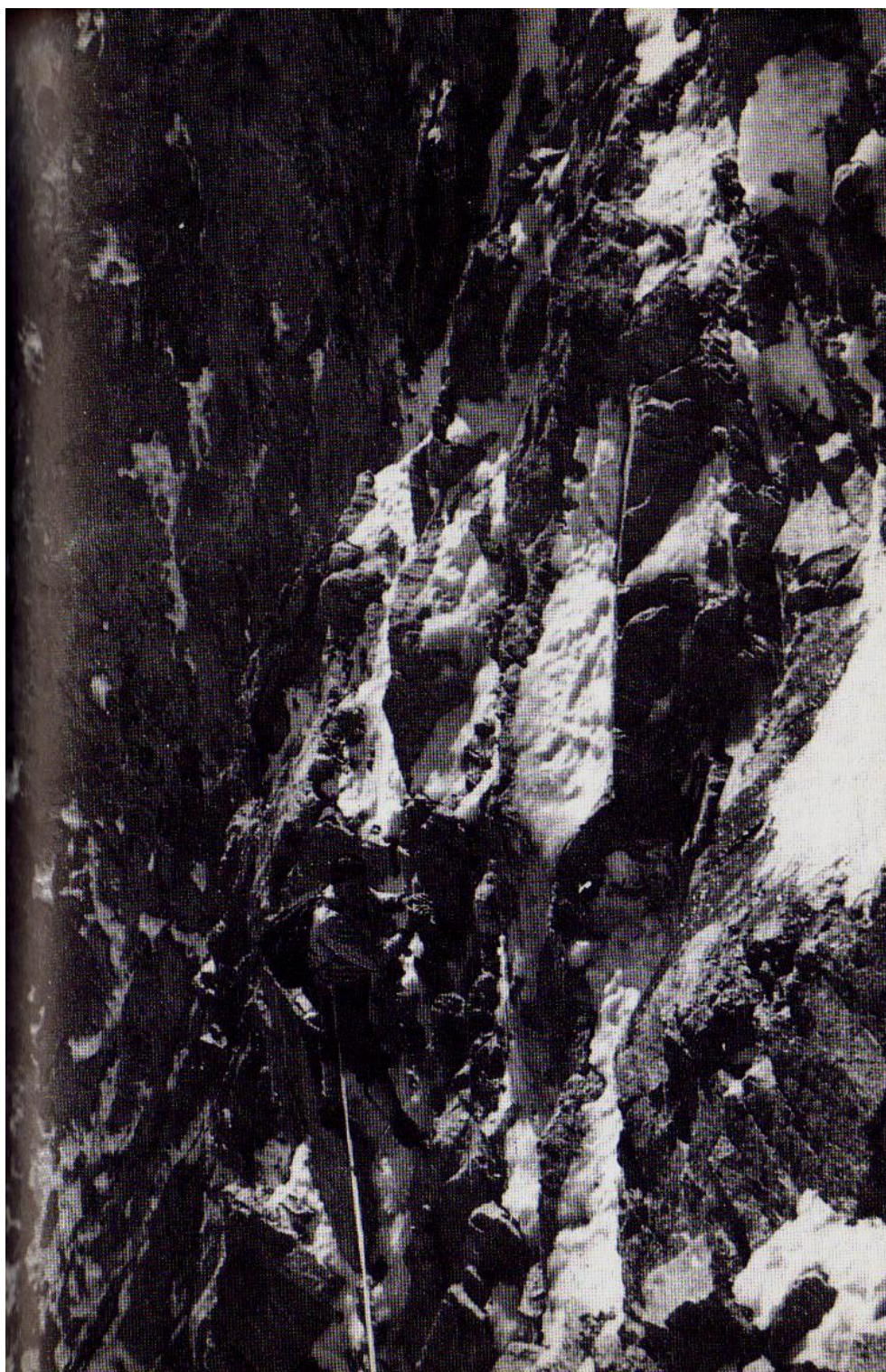
En la parte alta de la helada pendiente, atravesamos hacia la derecha, en dirección al couloir, que es la llave del tercio de en medio de la cara norte. Mas cuando lo alcanzamos nos parece demasiado peligroso; lo atravesamos a toda prisa e intentamos subir la pared que lo separa de la arista de Zmutt. Pared muy empinada, más difícil que el couloir, pero también menos peligrosa. Poco después, como por casualidad, un alud de piedras, que vemos mal, pero que oímos bien, rebota por el fondo del couloir, del que se desprende un polvo de piedra y nieve.

La muralla no es vertical como una pared calcárea, pero la escalada resulta igualmente expuesta: nunca se encuentra un rellano. ¡Oh, la eterna promesa de una pequeña plataforma que retrocede a medida que uno se aproxima! En esta vasta pared norte no existe ningún paso definido, todo parece igual. No se trata de una escalada geométrica, como en el macizo del Mont Blanc. Hay que emplear toda clase de recursos. Aparte algunas líneas destacadas (completamente a la derecha, la arista de Zmutt; a la izquierda, el couloir; encima, la Epaule), no hay nada claramente marcado.

No se puede decir:

«Acabamos de escalar la "hendidura de quinto grado" o el "diedro de 75 metros".»

No existe ninguna «hendidura de quinto grado» que buscar o que escalar; no hay ningún «diedro de 75 metros», ninguna losa característica ni chimenea de segundo o sexto grado. No, simplemente, erramos como podemos, según el terreno, por esta inmensa e inclinadísima pendiente. No conocemos la felicidad de vencer una gran dificultad que señala una etapa en una ascensión, como, por ejemplo, la Tour Grise, en las Grandes Jorasses, o la barrera de techos en el Piz Badile. Realizamos un trabajo oscuro y paciente, pero somos presa de



Siempre losas llenas de grietas, oscilantes,
rotas, quebradizas, unidas por el hielo.

un extraño hechizo, un poco loco: el vértigo de encontrarnos ahogados en una masa de piedras heladas. El juego consiste en entrar libremente en la cárcel que es la pared norte del Cervino, y luego en lograr escaparse de ella. Y el interés está en encontrar el camino más seguro.

No se puede asegurar uno sobre estas verticales losas a punto de derrumbarse, brillantes de escarcha y ligadas entre sí por chapas de hielo negruzco bajo una hermosa apariencia de nieve polvo. Es inútil pretender colocar clavijas, casi no penetran y se sostienen mal. En una travesía sólo he colocado dos, y Raymond las ha sacado con la mano.

El Cervino se desmigaja de vez en cuando y caen silbando los aludes de piedras. Visto desde lejos, parece irrompible en su sobriedad de pirámide. Hace el efecto de que los vientos en vez de gastarlo o hacerlo oscilar, lo agudizan. Pero, cuando se sube a él, no se comprende que este montón de piedras soldado por el hielo pueda erguirse así. No hay nada firme. Inmensas láminas de piedra están superpuestas como vertiginosas pilas de platos. Todo parece suspendido. Incluso la vida. ¡Y sin embargo, parecería un sacrilegio imaginarse un Cervino tronchado, gastado, redondeado, como las montañas que lo circundan! Al escalar esta cumbre encantada, este fragmento de tierra que se yergue hacia el cielo, es fácil creer que estas piedras poseen un mágico vigor: nunca envejecen, y siguen siendo siempre la tentación de nuestro planeta vivo hacia el imantado azul.

Subimos con crampones y los conservaremos puestos durante toda la escalada porque la pared está cubierta de nieve. La lucha nunca resulta extrema, pero sí constante. No podemos permitirnos ni un cuarto de hora de descanso, ni cinco minutos, ni un instante; siempre losas llenas de grietas, oscilantes, rotas, quebradizas, unidas por el hielo. Continuamente clapas vidriosas, canales de hielo negro oculto bajo la inmaculada nieve, montones de rocosas láminas en equilibrio una sobre otra. Nunca hay que tirar de una presa para que no siga como un cajón que se abre y comprometa el equilibrio de toda la casa. Raymond hace rato que ha roto una punta anterior de su crampón izquierdo, pero esto no le impide continuar como si nada hubiera sucedido. Es un compañero' ideal, siempre contento, siempre a gusto en este terreno de «alta montaña».

La aproximación a la cumbre es simpática; sentimos que las dos aristas, Zmutt y Hornli, se van estrechando a nuestro alrededor. A las nueve de la noche desembocamos en la arista cimera; el atardecer es hermoso, es un hermoso final del día.

Solos en la altura, aprovechamos la postrera claridad. Allá abajo los hombres están ya sumidos en la sombra, y una raya de luz anuncia la calle mayor de Zermatt. La gran pendiente huye bajo nuestros pies. ¿La pared norte? ¡Una escalada desagradable, una ascensión espléndida!

Ahora nos hallamos sobre la montaña más bella.

Miramos en torno nuestro.

Desde la cima de la pirámide que apunta al cielo, contemplamos como se duerme la tierra. Luego, como ella, nos hundimos en la noche.



El Cervino... ese maravilloso
montón de piedras.

CIMA GRANDE DI LAVAREDO

Los Dolomitas han sido esculpidos por la erosión, pero más bien parece que hayan surgido de la tierra. Mezcla fantástica y brutal; unos bosques deliciosos parecen nacer de estos tubos de órgano petrificados. No hay glaciares intermedios; no hay nieves eternas; el clima es demasiado suave y las paredes excesivamente rectas para que permitan aferrarse y sostenerse en ellas.

* * *

Muchas veces se han comparado los Dolomitas a los Alpes occidentales. Las montañas, como las flores, son tal como la tierra nos las da. Sería lo mismo que comparar la genciana a la «edelweiss». Cada macizo tiene su forma y su color, cada roca su grano y su olor de piedra. Los placeres que la montaña nos ofrece son variados y cambiantes cada día; a nosotros nos corresponde comprenderlos y no limitarlos. No hay que ir al Cervino con la esperanza de hacer una interesante escalada de roca; su encanto es otro: está en su historia y en su elegancia. En los Dolomitas es casi siempre inútil llevar un piolet en la mano; es mejor hacer un pacto con el espantoso vacío que será nuestro más próximo compañero en la ascensión de un «spigolo» o de una gran muralla. En otras partes las paredes son abruptas y a veces muy empinadas; aquí son geoméricamente verticales y algunas, no menos geoméricamente, formando desplome.

¿Qué puede hacer el alpinista ante paredes semejantes? El hombre es igual en todos los sitios; tan sensible al ensueño de los prados y al secreto de los bosques como al llamamiento de la muralla, tanto si es de hielo immaculado como de piedra rojiza. «En donde hay una voluntad hay un camino...», esta frase es tan verdadera en Cortina d'Ampezzo como en Chamonix, en Bolzano como en Courmayeur. Los escaladores de aquí llevan pantalones de pana, los de Zermatt calzones cortos de paño. Pero la pasta humana es la misma.

* * *

Los Dolomitas necesitan la bondad del sol. Sin él son sosos, apagados, apáticos, a veces de un gris sucio y otras de un amarillo desteñido. Pero basta un rayo de sol para darles vida; bajo el efecto bienhechor del calor se estremecen, se colorean, y a pesar de ser verticales se vuelven muy atractivos.

En ese derroche de luz, únicamente las paredes norte guardan su reserva. El reflejo de la claridad que las rodea las reviste de un ligero y suave tinte, pero permanecen incorruptibles y conservan, en su soledad, una verdadera grandeza.

La cara norte de la Cima Grande di Lavaredo es una de las más ilustres y de las más típicas de todas las grandes paredes norte de los Dolomitas. Algunas son más altas o más difíciles, pero a causa de su

nombre, de su situación, de su historia, o de la personalidad de sus primeros ascensionistas, es la pared más deseada y más escalada.

* * *

En la práctica del alpinismo, una importante parte del placer proviene del descubrimiento. Por eso, sin duda, todos los alpinistas sueñan con el Himalaya; también por eso he deseado siempre conocer nuevos macizos y realizar ascensiones lejos de Chamonix, en donde resido casi todo el año.

Hacia mucho tiempo que los Dolomitas ejercían su atracción sobre mí y tenía que ceder a ella. A principios de julio del año 1948, mi mujer, Jean Deudon y yo vinimos a este luminoso país, pero, desgraciadamente, no encontramos en él más que lluvia, lo mismo que en todas partes. Las rocas tienen un color de fiesta fracasada. Entre dos chaparrones escalamos las Torres de Sella, luego nos dirigimos hacia la Cima Grande, tal como habíamos proyectado; tenemos tantas ganas de verla como de escalarla.

Aprovechando una escampada, hacia el final de la tarde subimos al refugio Longèrès. Está desierto, oscuro y triste; sólo se encuentran allí el guarda y algunas sirvientas.

Mientras comemos la «minestra», una constante y fina lluvia empieza a caer de nuevo; ahora ya estamos acostumbrados a este ruido regular. Pero de pronto un formidable estruendo nos hace asomarnos al exterior. Unos bloques grandes como las torres de Notre Dame se desprenden de la pared de la Cima Grande, se despeñan, rebotan, estallan, surcan el roquedal, arrastran tras ellos un oleaje de piedras y ruedan largo rato todavía por la pendiente hasta el fondo del *thalweg* (*vaguada*). Está oscurísimo; no se ve ni el cielo, ni las estrellas, ni siquiera la cumbre de la Cima Grande; las nubes hinchadas, pesadas, cansadas; pesan sobre la llanura. El estrépito es enorme, a pesar de esta húmeda atmósfera que ahoga los ruidos. Las Tre Cime di Lavaredo no se nos presentan bajo su mejor aspecto. Pero nunca más he visto un alud de piedras tan importante, y sobre todo me he dado cuenta de que éste no es el rostro verdadero de estas luminosas montañas.

Al día siguiente el tiempo mejora algo; ya no llueve. Jean me propone que salgamos un poco.

En la Forcella, nos detenemos estupefactos; las paredes norte de las Tre Cime, alineadas y de perfil, nos aniquilan con sus desplomes y sus losas vertiginosas. Avanzamos por este santuario de esbeltas cimas y pedregal yacente. Después de la lluvia de la noche, el agua que se ha filtrado a través de las murallas calcáreas resurge a lo largo de las grandes losas que parecen sangrar con una sangre gris y negra.

Ni siquiera con buen tiempo sería posible escalar, pero para quitarnos todo remordimiento se pone a llover de nuevo. El verano de 1948 ha sido un triste verano.

La Cima Grande, y en particular su cara norte, no sería tan hermosa ni tan fascinadora si no formara parte de la trinidad de las Tre Cime. Si estuviera sola perdería mucho. Cualquiera de ellas —incluso la Grande— sin las otras, no sería más que un enorme y triste bloque.

El triunfo de la vertiente norte de las Tre Cime es el de las líneas sencillas. Las verticales paredes norte emergen del pedregal horizontal, en un contraste sin rodeos, como si el gigante que las ha creado hubiera tenido a su disposición un informe bloque de piedra colocado sobre la cresta alineando rigurosamente la pared norte, después de haberla cortado de un certero hachazo; luego, encontrando su obra demasiado pesada todavía, ha tallado con dos nuevos y discretos golpes las brechas profundas de ambos lados de la Grande, dándonos así tres cumbres que rivalizan en elegancia y pureza. La piedra desprendida ha colmado la parte alta del Val de Rimbon y ha formado el Pian da Rin, introduciendo esta línea llana como para agravar la verticalidad de las paredes. En el suelo los pedazos, la montaña vivaz en pie. A decir verdad, es la obra del Mar y del Tiempo, para la mayor felicidad de los alpinistas.

* * *

La cara norte de la Cima Grande ha sido durante mucho tiempo el «problema de los Dolomitas», y la fecha de su conquista coincide con la época «cara norte» de todos los Alpes, comprendida entre 1931 (cara norte del Cervino) y 1938 (Walker y Eiger).

Un nombre queda especialmente ligado a esta pared: el de Emilio Comici. Nacido en Trieste y montañero por adopción, ha sido el primero en «creer» en la cara norte de la Cima Grande. Bajito, ágil, musculoso, soñador y romántico, ha sido uno de los mejores escaladores de los Dolomitas. A su nombre hay que asociar el de los hermanos Dimai de Cortina.

* * *

La Cima Grande di Lavaredo no tiene más que 2.998 metros de altura, y su pared norte solamente 550 metros, pero los primeros 220 son en riguroso desplome, y el resto vertical.

¿Es posible escalar una losa de 220 metros formando desplome? El hombre disponía de su voluntad, pero tuvo que crear una técnica para esta clase de ejercicio: la técnica de la escalada artificial. Gracias a una sucesión casi continua de clavijas penosamente colocadas, a las cuales se confiaba por completo, el escalador consiguió subir.

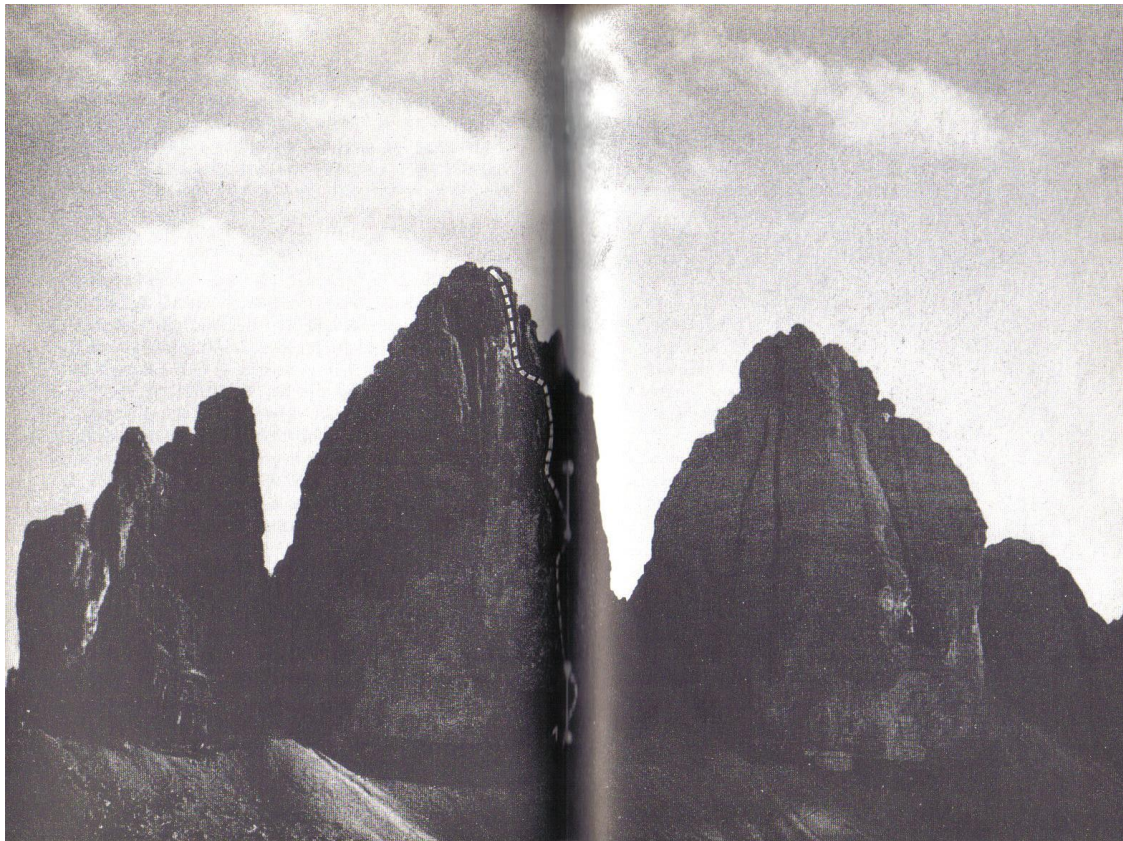
Después de muchas tentativas, Emilio Comici y los hermanos Dimai lograron escalar la formidable pared en los días 13 y 14 de agosto de 1933. Este problema, una vez resuelto, sería la clave para conquistar las otras murallas. Al mismo tiempo la Cima Grande, a pesar de haber

perdido su misterio, seguía ejerciendo su fascinación, que la primera ascensión había aumentado. Incluso ahora es la más buscada entre las grandes paredes y la más escalada, tanto por la juventud romántica y entusiasta como por los alpinistas consumados, que vienen a buscar en ella un ambiente maravilloso y patético a la vez que una especie de consagración.

También yo, como los otros, sentía ese hechizo, y mi viaje con Jean Deudon no había hecho más que acrecentarlo.

* * *

Al final de la temporada de 1949, me dirijo hacia el refugio Longères para reunirme con Gino Soldá. Es uno de los mejores escaladores de los Dolomitas, pero ante todo es un hombre muy simpático. Me recuerda a Henri Moulin, el compañero de mi primera ascensión a la Barre des Ecrins; es fuerte y bondadoso como él. Tiene cuarenta años y una sólida experiencia de guía, pero conserva aún el entusiasmo de un muchacho. Ha realizado con éxito las escaladas más importantes de los Dolomitas, pero lo que para otro resultaría una hazaña, es una cosa sencilla para él; sus excepcionales facultades físicas y su decisión le permiten lograrlo sin esfuerzo. Pero a mi entender sus mejores cualidades son su alegría y su buen corazón. En el refugio me presenta a dos compañeros, que subirán mañana con nosotros a la cara norte de la Grande: Mazzetta, un joven guía de Auronzo, y Roland Stern, un estudiante austríaco.



Nunca olvidaré esta velada. Primero fuimos a dar una vuelta hasta el refugio de las Tre Cime, para ver una vez más la gran pared y pasearnos por el solo gusto de pasear por la montaña. Nos sentimos en vacaciones. Soldá es guía como yo, y nuestro oficio es para nosotros el más hermoso del mundo, pero hoy corremos y saltamos sin preocupaciones ni responsabilidades y mañana escalaremos como colegiales. Nos parece tener veinte años. Luego regresamos al refugio Longérès y contemplamos la noche que desciende lentamente.

Las últimas horas del día son patéticas en los Dolomitas. El sol juega un juego terrible con las grandes fachadas de piedra; la roca, que vive solamente por él, toma fugitivos colores que uno querría retener, mientras el sol huye, y cae en la trampa del horizonte. En las paredes se establece entonces un silencio de abandono, luego de misterio, mientras empiezan a dejarse oír los ruidos familiares de la tierra: zumbido de insectos, tintineo de esquilas, murmullo del viento. Las luces de Auronzo y de Misurina responden, en confidencia, a las estrellas que se encienden en el cielo. Empieza a hacer frío. Los hombres ya no hablan, pero sienten entre ellos una fraternidad nacida de su común amor hacia las cosas de la montaña. Y más tarde, ante la sopa, Soldá nos comunica su alegría.

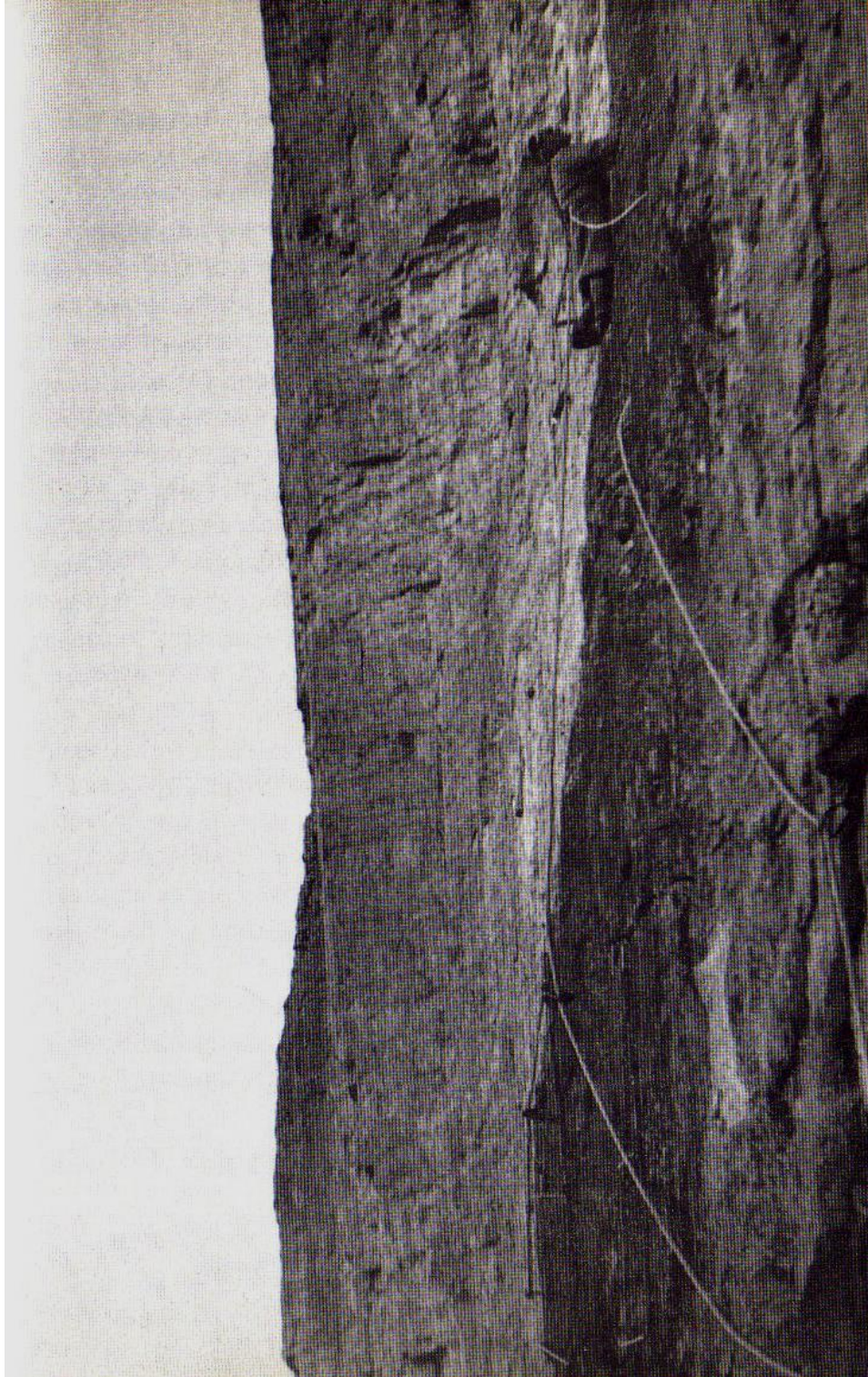
* * *

A las siete y media de la mañana, nos hallamos al pie de la pared. Aunque hemos salido tarde ex profeso, es demasiado temprano todavía; estamos a 14 de septiembre y el calcáreo de la Cima Grande está frío como el mármol de una mesa de café. El sol sale demasiado hacia el sur para que sus rayos puedan calentar un poco la pared. La noche ha sido fresca; arriba, en la chimenea, encontraremos escarcha.

Me produce cierta emoción encordarme con Soldá y verle empezar a escalar. Ha subido ya una vez a la pared norte con Gervasutti y es una suerte para mí estar hoy en su compañía. Siempre doy tanta importancia a mi compañero de cuerda como a la ascensión que realizamos.

En seguida nos sentimos ambientados; una travesía hacia la izquierda nos proyecta en pleno vacío y vemos la pared que se hunde bajo nuestros pies. Ya no es necesario volver la cabeza para divisar el pedregal, pues está allí, entre nuestras piernas.

Ver escalar a Soldá es un recreo para los ojos. No se aferra a la roca, sino que la roza, la toca apenas con la punta de los dedos y la punta de los pies. Sin vacilaciones, sin sacudidas, parece que no avance, pues sus gestos no expresan ningún esfuerzo. ¡Presencia de un estilo! Me hace pensar en James Couette, durante el descenso de una gran competición; se le ve pasar seguro sobre sus esquís, tranquilo, sobrio de movimientos, nunca desequilibrado. Uno piensa «¡no adelan-



La pared es uniformemente lisa, sin huecos ni protuberancias.

ta!». Pero al mirar el cronómetro se ve que lleva un segundo de ventaja.

Cuando Soldá llega al punto de relevo me llama.

—Sube.

La escalada me ha parecido sencilla al verle subir, y procuro hacerlo como él, pero no estoy acostumbrado a esta roca ni a este vacío. ¡Es terriblemente impresionante! Tampoco estoy acostumbrado a escalar en segundo lugar y la cuerda que tengo ante mí me estorba en vez de ayudarme.

Pero, poco a poco, a medida que me elevo, el malestar desaparece. Al contrario, del gran vacío sube una alegría desconocida para mí, una alegría que no pueden proporcionar las paredes graníticas, rectas, pero no verticales en centenares de metros. Y esta alegría proviene de un modo especial de la forma de la pared que estamos escalando. Además de su belleza y de su historia, éste es el mayor encanto de la pared norte de la Cima Grande; es uniformemente lisa, sin huecos ni protuberancias, formando un desplome regular e ininterrumpido. Civetta, Marmolada, Sassolungo, Brenta Alta, todas las otras grandes paredes están surcadas por chimeneas y canales, adornadas de espolones y de aristas, mientras que la cara norte de la Cima Grande carece de relieve como un mar en calma. Mirando hacia arriba, hacia abajo, a la derecha y a la izquierda, la mirada se pierde. Y si se hace caer una piedra, se hunde hacia el pedregal, sin detenerse, sin rebotar, a lo largo de la pared, un poco cóncava como una bóveda de catedral.

Cuando Gino llega al extremo de la cuerda me toca subir a mí, y al llegar junto a él vuelve a emprender la ascensión. Debajo nuestro, Mazzetta y Stern realizan la misma maniobra. Somos cuatro hombres, de tres nacionalidades distintas, reunidos en un país de piedra por la misma pasión. Nuestro idioma es curioso, casi el de los sordomudos.

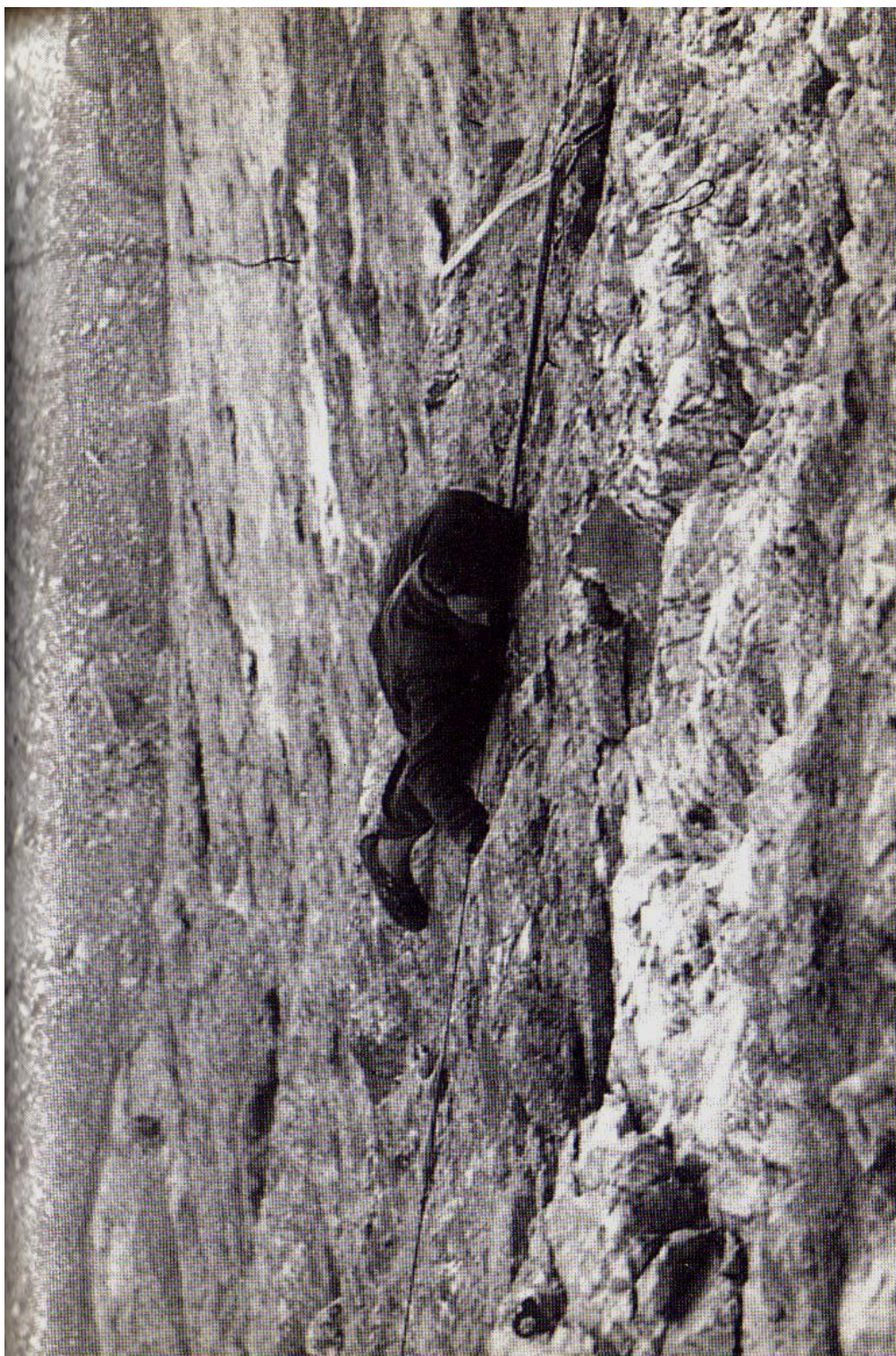
La roca no siempre es excelente: un calcáreo poco compacto, muy estratificado, bastante quebradizo, que se deshace como granos de azúcar.

Los relevos no son más que unos minúsculos rellanos, en los cuales uno puede sostenerse pegado a la pared y apoyado en la mitad delantera del pie. Uno solo es lujoso; una escama ligeramente despegada en la cual es posible sentarse con las piernas colgando.

La vía está jalonada de clavijas. Sobran muchas, y Soldá no utiliza más que las imprescindibles. Esto ocurre en todas las escaladas artificiales, tanto en los Dolomitas, en la Cima Grande, en los Alpes occidentales, o en el Piz Badile. Esta es también la razón por la que, aunque sean extremadamente difíciles al ser conquistadas, se convierten luego, paulatinamente, en una especie de escalera, «desvalorizándose» mucho más aprisa que las ascensiones de «alta montaña», como la cara norte del Cervino.

* * *

De
l
gra
n
va
cío
su
be
un
a
ale
gría
de
sco
no
cida
a
par
a
mí.



Los guías de Chamonix están hechos a poner el pie sobre hielo; viendo subir a Soldá y Mazzetta puede decirse que los de los Dolomitas están acostumbrados a poner el pie en el vacío. Durante toda la ascensión no sucede nada: ni tempestades ni resbalones; no ocurre más que este descubrimiento: unos hombres interpretando un «ballet» fantástico sobre una superficie de piedra vertical; están en su casa, ésta es su vocación.

El espantoso vacío ya no es un estorbo bajo mis pies, sino un agradable compañero. El pedregal lejano que se enmarca entre mis piernas forma parte de mi universo familiar. La aprensión del principio ha desaparecido completamente. Tengo la impresión de haberme quitado una penosa coraza. Gino está contento, y de vez en cuando canta mientras escala. ¡Si supiera lo feliz que me siento por estar aquí!

Hace unos meses, en Vicenza, le pregunté un día: «¿Cómo es posible escalar una pared formando un desplome riguroso de doscientos veinte metros?». Gino me respondió riendo: «Ya lo verás». Ahora, al llegar sobre las placas amarillas, me dice, divertido:

—Si dejas caer una piedra, no sólo no toca a la pared, sino que va a estrellarse en el pedregal, veinte metros más abajo del principio de la muralla.

Es verdad: hace un momento que lo he comprobado. Y me maravillo de que ni por un instante se le ocurra pensar: «Si nos caemos nos sucederá lo mismo que a la piedra». Lo sabe, pero esa idea morbosa no le pasa por la cabeza. Por eso me gusta tanto estar con él. No somos aventureros ni jugamos con la muerte. No nos gusta tener miedo. Nos gusta la vida y nuestro oficio.

Más arriba, la pared cambia de inclinación y se hace vertical. Paso delante hasta el nivel de la gran travesía en donde Gino me releva para permitirme tomar fotos, y sigue en cabeza hasta la cumbre, en donde volvemos a encontrar el sol. Esta ascensión tiene un perfume de fin de temporada, el otoño se acerca. Felizmente, Gino nos comunica su alegría una vez más.

Luego nos desencordamos y bajamos corriendo por la vía normal; no tenemos necesidad de vivaquear. En nuestro interior es donde brillan hoy las estrellas.

LA PARED NORTE DEL EIGER

La pared norte del Eiger surge como un aguafiestas de las amables praderas que rodean la Pequeña Scheidegg; es oscura, fría y no produce ninguna alegría.

No está separada del planeta por ningún glaciar ni nieve eterna; es un pedrusco en medio de un campo de flores. Está siempre a la sombra y no participa en el gran viaje cotidiano de la tierra en torno al sol; solamente algunos rayos lamen su cresta y la calientan un poco. El Eiger obstruye el horizonte de este paisaje tan bucólico. Tiene una altura de 1.600 metros. Cóncavo como un pecho de enfermo, frecuentemente velado por nieblas o rodeado de nubes, su vida es totalmente diferente de la de las flores o los animales.

Es una montaña altiva, no por suprema elegancia, sino porque respira terror, y su estructura, formada por losas compactas y tortuosos caminos marcados por el hielo, no resulta sencilla. A sus pies se arrastran inmensos pedregales. Una pequeña barrera, que soporta ruinosos amontonamientos hasta la altura de 2.800 metros, la circunda; es el tercio inferior de la pared. El tercio medio está constituido por la zona de las tres pendientes de hielo; el tercio superior se yergue verticalmente, como una pared dolomítica, hasta la cresta de nieve de la cumbre.

De vez en cuando, la gigantesca pared torturada por el hielo se resquebraja y enormes aludes bajan ruidosamente por el couloir; la pared norte del Eiger llama la atención de esta manera, mientras en los alrededores los pastores de Alpiglen hacen sonar melopeas en sus cuernos y en sus trompas.

De piedra negra y de hielo vidrioso, la solitaria pared norte del Eiger no inspira amor. A pesar de esto, ha habido hombres que han muerto por querer conquistarla.

* * *

Las primeras tentativas datan de 1935. Peters y Meier acaban de escalar el espolón central de la cara norte de las Grandes Jorasses y los austro-alemanes dirigen su atención hacia la pared norte del Eiger. Dos escaladores de Munich, Mehringer y Sedlmeier, atacan el 22 de agosto. Cuatro días después son vistos por última vez escalando el tercer nevero. El mal tiempo se precisa luego, se desencadena, se transforma en tempestad. Las caravanas de socorro no pueden salir. Cuando vuelve el buen tiempo, la pared está recubierta de nieve reciente y las huellas de los alpinistas han desaparecido. Algunos días más tarde, un aviador se acerca a la pared y acaba por descubrir un hombre rígido, congelado, adosado a una roca. Su compañero se ha despeñado y él permanece allí hasta que al siguiente invierno lo arrastre un alud.

En 1936, numerosas cordadas alemanas se encuentran al pie de la pared, pero el tiempo es muy malo y la mayor parte se retiran. Únicamente algunos jóvenes escaladores persisten: dos alemanes,

Hinterstoisser y Kurz, y dos austríacos, Angerer y Rainer, reúnen sus fuerzas y atacan la pared el 18 de julio. Hinterstoisser descubre inteligentemente el paso-clave de la parte baja de la pared: una travesía oblicua que causará su muerte (*Paso conocido luego con el nombre de «Travesía Hinterstoissers»*).

El segundo día la niebla oculta la pared. Al amanecer del tercero una escampada permite verlos: vacilan en continuar, pues uno de ellos está herido en la cabeza, el tiempo es inseguro y la víspera no han podido avanzar más que doscientos metros. Al llegar al lugar en donde Sedlmeier y Mehringer hallaron la muerte, se deciden por fin a retirarse, pero es demasiado tarde. Bajan tan lentamente que la noche les sorprende y se ven obligados a vivaquear por tercera vez, y en deplorables condiciones. En la mañana del cuarto día llegan al paso-clave, pero no consiguen franquear a la inversa la famosa travesía, que se convierte en una trampa.

Los guías salen en su ayuda. Adolf y Christian Rubi, Schlunegger y Glatthard atraviesan horizontalmente en dirección a los escaladores, saliendo de la galería de la cremallera que desemboca en el Jungfraujoch después de atravesar la montaña. A pesar de las malas condiciones, consiguen llegar hasta un centenar de metros de Kurz, quien les notifica la muerte de sus compañeros: Hinterstoisser se ha despeñado, Angerer ha muerto de frío y Rainer pende debajo de él, ahorcado por la cuerda.

La noche llega sin que los guías hayan conseguido llegar hasta Kurz, que ha de soportar un cuarto y espantoso vivac. Al amanecer del quinto día los guías renuevan sus tentativas de salvamento. Se acercan hasta unos cuarenta metros de Kurz y le gritan sus instrucciones:

—Corta la cuerda en cuyo extremo está colgado Rainer.

Kurz obedece trabajosamente y el cuerpo de su compañero cae.

—Coge la cuerda y desátala.

Kurz recoge la cuerda, deshace los helados nudos y separa los tres cabos de la rígida cuerda.

—Ata uno a otro los tres cabos.

De este modo la cuerda, tres veces más larga, puede llegar hasta los guías, que atan a ella el material y los alimentos. Emplean para ello un tiempo considerable a causa de las horribles condiciones de la montaña, recubierta de nieve, y del estado de agotamiento de Kurz.

Este tiene todavía fuerza suficiente para remontar la cuerda e instalar su rappel. Después de largas horas de esfuerzos, empieza por fin el descenso, pero de repente la cuerda queda encallada por un nudo en el mosquetón. Los guías procuran infundir alientos a Kurz. De pronto un alud se precipita sobre él y sus salvadores; el viento separa al desgraciado alpinista de la pared, cuando Glatthard, subido sobre los hombros de Rubi, llegaba casi a tocarlo. Kurz exhala unos quejidos y muere.

* * *

En 1937, los austro-alemanes renuevan sus tentativas. La más importante de ellas es la de Rebitsch y Vorg. En dos días de escalada llegan hasta el lugar donde murieron Sedlmeier y Mehringer, pero el amanecer del siguiente día confirma las previsiones de la víspera: ha llegado el mal tiempo, y deciden retirarse. Después de pasar en la pared ciento doce horas, son los primeros que regresan vivos de las altas pendientes de hielo.

El año 1938 es el de la victoria. Pero antes tiene lugar todavía otra catástrofe: dos italianos, Sandri y Menti, atacan la pared al principio de la temporada y perecen víctimas de una tempestad.

En julio, varias cordadas distintas de austriacos y alemanes se observan unas a otras al pie de la pared. El 20, dos alpinistas de Munich, Heckmair y Vorg, empiezan el asalto y vivaquean encima del segundo pilar. Al día siguiente, en el preciso momento que deciden dar media vuelta, aparecen dos austriacos, Kasperek y Harrer, luego dos más, Fraisl y Brandovsky. El tiempo es inseguro, a pesar de lo cual los cuatro austriacos siguen adelante, mientras los dos alemanes se retiran. Al terminar el día, Fraisl y Brandovsky bajan a su vez, y esto incita a Heckmair y Vorg a ponerse de nuevo en marcha. El 21 al amanecer empiezan la escalada; aprovechando las huellas de los austriacos consiguen alcanzarlos, y después de vacilar unos momentos deciden proseguir juntos, turnándose en llevar la delantera. A las dos de la tarde llegan a la parte alta de las pendientes de hielo, en donde murieron Sedlmeier y Mehringer. Por la noche instalan su vivac en un hueco de la gran chimenea llamada la «Rampa». Al día siguiente la escalada se hace muy difícil; por la tarde empeora el tiempo mientras los alpinistas suben por el último nevero incrustado en la última parte rocosa, denominado la «Araña» a causa de su forma. Los aludes están a punto de arrastrarlos. Poco después anochece; es el segundo vivac de los alemanes y el tercero para los austriacos, a una altura de 3.750 metros.

Al día siguiente, la pared está enyesada de nieve. Gracias a una indomable voluntad, los escaladores vencen las últimas dificultades y, a las tres treinta, alcanzan la cumbre de la pared norte del Eiger.

* * *

A las ocho de la noche, el pequeño tren cremallera de Lauterbrunnen nos deja en la estación de Eigergletscher a Jean Eruneau, Paul Habran, Pierre Leroux, Guido Magnone y yo. En un momento nuestras mochilas rebosantes de material obstruyen el vacío restaurante de la estación.

Después de cenar, el guarda nos acompaña al dormitorio; antes de marcharse nos pregunta, desde el umbral de la puerta:

— ¿A qué hora quieren que los llame?

—A las dos.

Inmediatamente adivina adonde vamos.

—¿Van ustedes a la pared norte del Eiger? —Y sin esperar respuesta, risueño y compungido a la vez, añade sin consultar siquiera el cielo ni la temperatura—: Si van a la pared norte del Eiger hará mal tiempo. Es una tradición.

Pero no le creemos y seguimos siendo el alegre equipo que ha salido de Chamonix esta mañana. Escogemos el material y las provisiones para la escalada, cada cual prepara su mochila y luego nos acostamos.

Las noches que preceden a nuestras grandes batallas son siempre algo extrañas. Somos cinco y todos estábamos alegres, pero ahora, antes de conciliar el sueño, cada uno piensa en silencio en la inmensa pared que, indiferente, está tan próxima a nosotros.

¿Tendremos más suerte mañana que en nuestra primera tentativa? Leroux y yo vinimos ya hace quince días. Estábamos bien «entrenados», pues sabíamos que para esta ascensión hay que ir mucho más aprisa que para cualquier otra, porque la tempestad tradicional puede desencadenarse de improviso sobre la pared, con inaudita violencia, y es imposible preservarse de ella. En tres horas habíamos escalado la tercera parte de la muralla, incluso la famosa «travesía Hinterstoisser», cuando, de repente, unos brutales aludes de piedras detuvieron nuestro impulso. Estudiamos de dónde procedían y vimos que se desprendían de mil metros más arriba, de la arista cimera recalentada por los rayos del sol.

Esperamos un rato, con la esperanza de que cesaran de caer; no lo hacían sin interrupción, pero sí con mucha frecuencia. Por un momento nos dijimos:

«Probemos. Otros han pasado en condiciones semejantes. Tal vez no podamos volver... Ambos somos guías y tenemos que cumplir nuestros compromisos.»

La tentación de pasar era, de todos modos, muy grande... Durante unos instantes vacilamos. Luego decidimos renunciar.

Primero experimentamos la sensación de desencanto del niño al que se le arrebató su juguete preferido; después sentimos una gran paz interior, conociendo una virtud diferente que la de la sola conquista de una gran montaña.

Es de esperar que mañana hará frío y no ocurrirán desprendimientos de piedras. El alpinista puede intentar vencer una dificultad, aunque sea de sexto grado, pero no puede hacer nada contra una dificultad que no depende de él. Todas estas ideas me preocupan esta noche y no me dejan dormir. Sin embargo, después de esta tentativa fracasada, hemos vuelto a hacer las paces con la suerte. Pierrot ha hecho la Walker, Guido la cara oeste de los Drus, Jean está muy «entrenado», Paul y yo acabamos de llegar de las Grandes Jorasses. Estas escaladas realizadas con éxito son la razón de que esta

vez seamos cinco, en lugar de dos, los que venimos a escalar la pared norte del Eiger. Cinco es un número demasiado grande para una escalada así, pero la práctica del alpinismo ha de ser ante todo un pretexto para la amistad.

Y cuando me duermo, feliz, sueño con las Grandes Jorasses, adonde he llevado a Paul hace pocos días.

Al pie de la Walker, durante los primeros largos de cuerda, se impresionó, me lo confesó más tarde; esto es normal y para su propia satisfacción es mejor así... Luego la vacilación fue desapareciendo poco a poco, dando paso a una felicidad grave y ligera a la vez. Yo recordaba que la travesía de las franjas de hielo era delicadamente aérea, que poco después se gozaba de una fantástica vista sobre el diedro de setenta y cinco metros, cuya escalada correspondería perfectamente a las aptitudes de escalador de Paul. No le decía nada, pero esperaba su sonrisa. Sabía que acostumbrado al calcáreo de las Ardennes, en donde va a entrenarse cada domingo, le gusta la buena escalada, y pensaba: «¡Cuánto le entusiasmarán las losas tan lisas de la Tour Grise!». Más arriba me decía también: «Paul no ha pasado todavía ninguna noche en una gran pared, pero es demasiado aficionado a la naturaleza para no saber apreciarla».

Al caer la tarde, instalamos nuestro vivac a 4.000 metros. El aire vivo y el frío prometían buen tiempo. Una gran paz reinaba en la tierra y en el cielo.

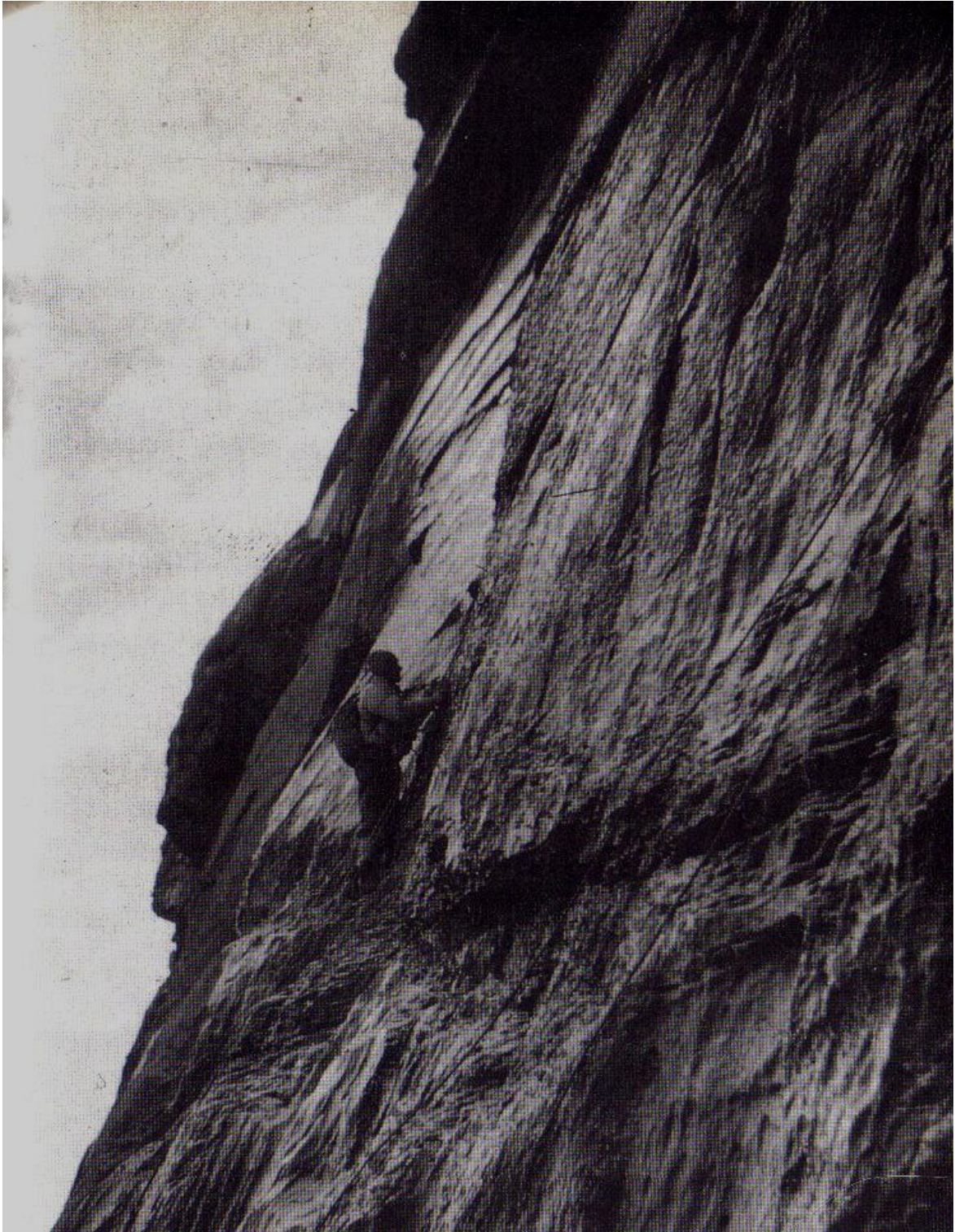
El sol volvía ya a dorar el planeta cuando nos despertamos y la escalada recommenzó, como un himno a la vida. Paul era feliz y yo me sentía satisfecho. Las Jorasses también eran nuevas para mí. No había venido para revivir un recuerdo. Mi placer no se cifraba ya en descubrir y escalar; estaba en la alegría de mi compañero y en la felicidad de poder ejercer una de las profesiones más hermosas del mundo.

¿Por qué no podríamos tener la misma suerte mañana?

A las tres de la madrugada salimos de la estación de Eigergletscher deseando solamente una cosa: que persista el frío que promete un hermoso día y retiene a las oscilantes piedras en su trampa de hielo. Una hora después, al pie de la pared, realizamos las viejas maniobras, repetidas mil veces: sacar la cuerda, desdoblarla, encordarse, empezar a escalar. Nuestras dos cordadas, en excelente forma, avanzan a buena marcha; sabemos perfectamente que en esta pared la rapidez supone seguridad.

A las seis llegamos a la «travesía Hinterstoisser». A pesar de una ligera escarcha, la franqueamos rápidamente: Leroux y yo nos la sabemos de memoria, ya que en nuestra precedente tentativa, hace quince días, la escalamos en ambos sentidos.

Pero de pronto oigo unas voces en lo alto. Esto no es posible... Subo rápidamente, y una cuarentena de metros más arriba veo primero a dos alpinistas y luego a otros dos.



A pesar de una ligera escarcha, franqueamos rápidamente la travesía
Hinterstoisser.

¡Nos encontramos, pues, nueve escaladores en esta pared que se escala tan raras veces! Ni siquiera en el tiempo de las tentativas se ha reunido tanta gente en ella.

Paul se une a mí, y, completamente agotados, nos detenemos para reflexionar y mirar cómo suben las dos cordadas que nos preceden: avanzan muy lentamente, pues ya han vivaqueado una vez en la pared y los hemos alcanzado a primeras horas de la mañana.

Nuestra felicidad se ha enturbiado. Ya no existen ni el placer de estar solos ni el de buscar el camino. Ir detrás de las dos cordadas no resultará muy agradable. ¡Se acabó la rapidez! A menos que nos dejen pasar. Más de una vez he cedido el paso a cordadas más rápidas o con más prisa que la mía.

Hay que probar. Volvemos a reanudar la escalada y, a unos dos largos de cuerda más arriba de la «travesía Hinterstoisser», nos reunimos con los cuatro alpinistas y trabamos conocimiento. Ante nosotros están dos alemanes muy jóvenes, los hermanos Otto y Sepp Maag, y éstos nos designan con la mano a los otros dos escaladores: Buhl y Jochler, austriacos. Como a Buhl le conozco de nombre, saludo alegremente al primero de cuerda, pero con gran sorpresa por mi parte es el segundo quien me responde.

Poco después, Paul Habran y yo manifestamos a los alemanes nuestro deseo de pasar, pero en vano.

No insistimos porque de todos modos Jean Bruneau, Pierre Leroux y Guido Magnone no podrán avanzar rápidamente por formar una cordada de tres.

Continuamos, y al llegar a la segunda pendiente de hielo seguimos a distancia, porque no cabe duda de que los dos jóvenes alemanes son aficionados a la montaña y a la pared norte del Eiger, pero su técnica con los crampones deja mucho que desear. No han salido con Buhl y Jochler, pero están muy satisfechos de haberlos encontrado en la impresionante pared, y siguen sus pasos como perritos fieles. Su equipo es rudimentario. Ni ellos ni los austriacos llevan ropa de suficiente abrigo: visten unos pantalones de tela o paño delgado, y unos anoraks muy ligeros. Mientras esperamos, nos produce cierto embarazo ponernos nuestras chaquetas de plumón. Sepp, uno de los hermanos, lleva botas de esquí, y sus calcetines, demasiado cortos, le llegan al pantalón; desde luego, resulta simpático que estos dos muchachos, de dieciocho y veintitrés años, hayan deseado escalar la pared norte del Eiger, pero su material parece de escuela de escalada. Jochler, con un curioso pasamontañas y armado de su piolet, tiene más buen aspecto; parece un lansquenete (*Antiguo soldado de la infantería alemana*).

Hacia el mediodía llegamos al pequeño balcón en donde murieron Sedlmeier y Mehringer en 1935. ¡Mediodía ya! Cansados de seguir, nos detenemos y almorzamos lentamente. Al atacar la pared esta madrugada, pensábamos poder vivaquear cerca de la cumbre. Cuando

hemos alcanzado a los austroalemanes, ya nos ha parecido que no sería posible; ahora estamos seguros de ello. Es comprensible que los dos alemanes progresen muy de prisa, pero no nos explicamos la lentitud de los austriacos: Hermann Buhl posee una gran experiencia, ha escalado la Walker en condiciones difíciles y tiene fama de ser rápido, pero hasta ahora es a Jochler a quien hemos visto casi siempre ir a la cabeza de la cordada.

Mientras esperamos transcurre un tiempo precioso, desperdiciado. Estas clavijas oxidadas, estas cuerdas podridas que datan de anteriores tentativas, este muro de piedras que nos rodea mientras almorzamos y que protegió un poco la última noche de Sedlmeier y Mehringer antes de que murieran en esta plataforma, de la que después los arrancaron los aludes, todo, en esta pared siniestra, parece recordarnos que el éxito y la seguridad están comprometidos desde el momento en que no se avanza hacia la cumbre. Y esto no es sólo una impresión penosa y deprimente, sino también una realidad. Uno se siente perdido en la oquedad de esta pared cóncava y demasiado vasta en donde el itinerario es tortuoso: se pierde ya la mitad del tiempo en travesías horizontales, en las cuales no se gana ni un metro de altura.

Por fin nos ponemos otra vez en marcha. Atravesamos el tercer nevero y llegamos a la «Rampa», franja rocosa que sube oblicuamente hacia la izquierda. Los austriacos y los alemanes están allí, y tenemos que volver a esperar.

Seguimos sin apresurarnos, pues sabemos que aunque los primeros largos de cuerda son fáciles, más arriba hay una estrecha canal muy delicada en donde deberemos esperar de nuevo. Nos paramos en un angosto rellano; luego, viendo que la detención se prolonga, nos decidimos a mirar lo que sucede. A la derecha de la canal, Buhl está batallando, clavando clavijas, yendo y viniendo.

El paso está a la izquierda, pero se encuentra recubierto de hielo y sin duda Buhl lo ha querido evitar. Un poco hacia la derecha es posible pasar como lo hicieron Lachenal y Terray en 1947, pero Buhl se ha desviado demasiado.

Nos reunimos con los alemanes al pie de la canal. En ese preciso momento, algunos rayos de sol atraviesan la cresta de la pared norte del Eiger y calientan la pared, haciendo fundir la escarcha. Pero esto no representa para nosotros ninguna ventaja, ya que por la canal se desliza una pequeña cascada que proviene del agua del deshielo de un nevero situado treinta metros más arriba.

Nuestros compañeros Bruneau, Leroux y Magnone se reúnen con nosotros, y, pese a todas las contrariedades, formamos un alegre equipo. Una cordada de dos puede tomarse a sí misma en serio, pero cinco franceses no pueden adoptar una actitud dramática a pesar de la siniestra pared, la interminable espera y la tradicional promesa de mal tiempo. En donde se halla Bruneau es imposible no estar alegre.

Jochler se ha reunido con Buhl, y éste se lanza, en una travesía acrobática, todavía más hacia la derecha. Estoy convencido de que se ha metido en un callejón sin salida y que el único camino posible es la cascada. Los alemanes vacilan, pero cuando yo me adelanto para intentar esa escalada, se deciden también.

Sepp ataca y franquea el obstáculo con esfuerzo.

En el momento de escalar a su vez, su hermano Otto se vuelve hacia mí y sin pronunciar ni una palabra —no habla el francés y yo no sé el alemán— me tiende la punta de la cuerda con una sonrisa. No comprendo, y me indica por señas que me ate a la cuerda. Vacilo un momento, sorprendido; luego cojo la cuerda y la anudo a mi cintura. Otto empieza la escalada, visiblemente feliz de que yo no haya rehusado su gesto de fraternidad.

Ataco a mi vez. El paso no es extremadamente difícil, pero salgo de allí mojado por completo.

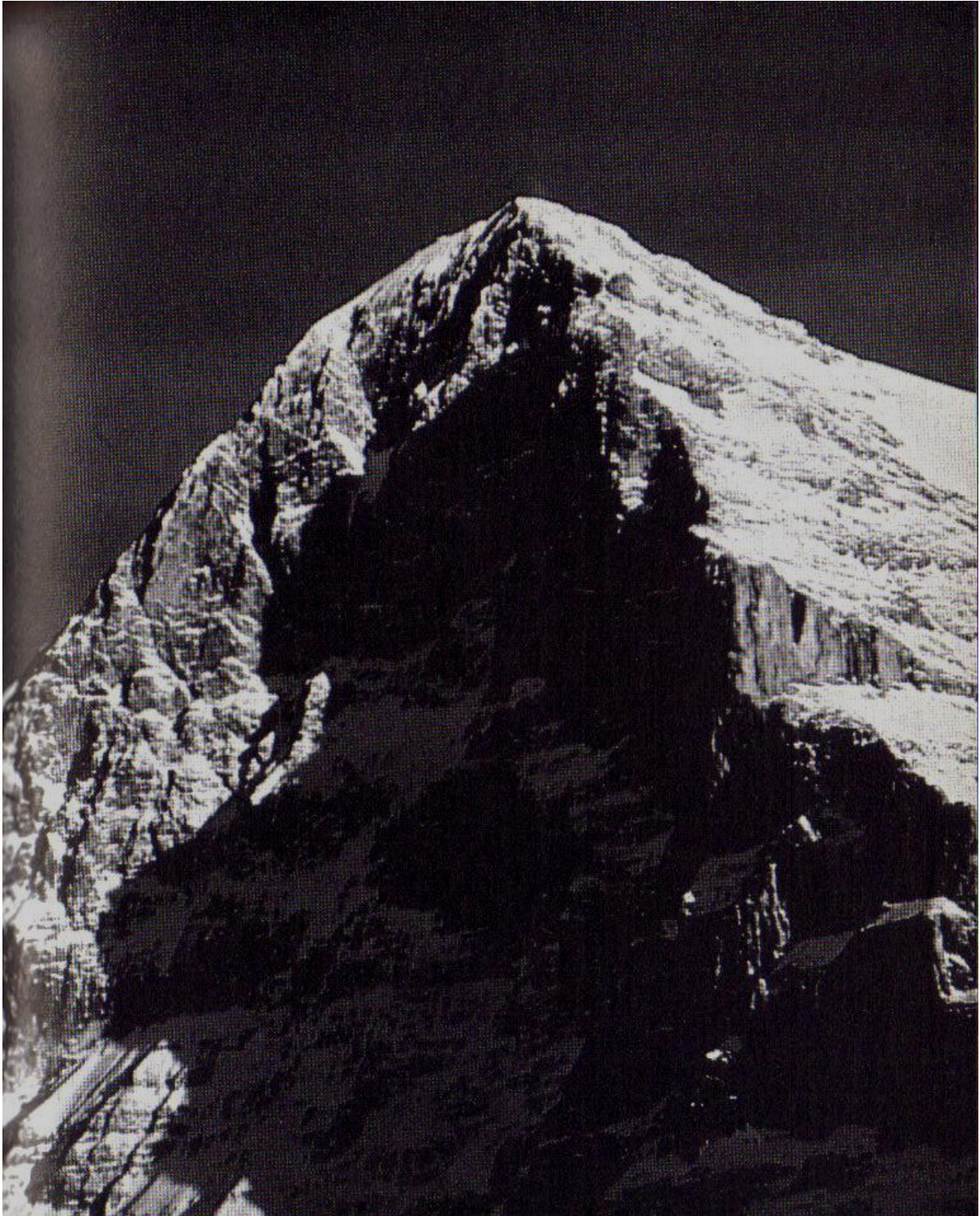
Paul me sigue rápidamente, luego Buhl y Jochler, que han abandonado su tentativa hacia la derecha. No han utilizado la cuerda de los jóvenes alemanes, y esta pequeña demostración de orgullo parece decepcionar a los dos hermanos. Mientras me detengo para ofrecer un jersey al mayor de ellos, que, con gran estupefacción mía, no lleva más que una ligera camisa y un anorak de esquí, Buhl y Jochler, de pronto rápidos como el aire, pasan sin decir nada y se precipitan sobre el paso siguiente para volver a tomar la delantera.

Treinta metros más arriba llegamos por fin a la «Rampa». Desembocamos en un empinado nevero situado en el centro de un anfiteatro. Es tarde ya, y cada equipo busca un emplazamiento de vivac. Los austriacos y los alemanes, que habían subido demasiado, vuelven a bajar. Por nuestra parte, arreglamos como podemos una plataforma muy vaga. Magnone maneja el piolet con energía, para allanar aquello un poco; Leroux, siempre ingenioso, construye un murete con piedras oscilantes, y yo coloco las clavijas que han de asegurar al equipo. Entre tanto, Habran no deja de charlar, y Bruneau suelta alguna de sus ocurrencias siempre que puede, haciéndonos reír a todos.

Veinte metros más arriba, los austriacos y los alemanes, cada cual en su rincón, permanecen silenciosos y un poco tristes.

La noche desciende sobre la montaña. El cuerno de los Alpes ha callado su melancólico refrán. El encendedor de faroles ha empezado su ronda en el cielo. Leroux prepara una «bebida caliente» mientras el salchichón, el tocino, la confitura y las pastas secas pasan de mano en mano. «Dis-frutamos de una inseguridad succulentísima», dice Habran, citando a su autor favorito. Es verdad. La amistad nos conforta, y estos cigarrillos fumados bajo el estrellado cielo, vagamente sentados en nuestros sillones de piedra, tienen un incomparable sabor.

Durante la noche me despierto varias veces. Me sorprende e inquieta que no haga más frío. Las estrellas parecen estar al alcance de la mano y la Vía Láctea brilla con demasiada crudeza.



La pared norte del Eiger, de piedra negra y de hielo vidrioso.

Antes de amanecer me vuelvo a despertar: el aire es húmedo en lugar de ser seco y glacial.

Más tarde, un ligero velo se dibuja al oeste; las estrellas se esfuman y nos dejan.

Y al llegar la mañana, el día sucede a la noche por rutina, sin alegría. Cargamentos de pesadas y negras nubes acuden desde el horizonte, vienen hacia nosotros y nos desbordan.

* * *

Siempre recordaré este día muerto en seguida de nacer.

Ayer atacamos la pared norte del Eiger con un tiempo espléndido; pero esta mañana no es más que un trampolín hacia el vacío... ¡La tradición!

Sin duda no se puede estar seguro de haber vencido la pared norte del Eiger si no se ha sufrido, al subirla, una tempestad seria.

Nos hallamos a trescientos metros de la cumbre, pero con numerosas travesías intermediarias. Sabemos que esta pared es una tramp?, que todos los que al ser sorprendidos por una tormenta han intentado bajar, han hallado la muerte: la salvación está hacia la cumbre. Pero, ¿por qué hablar de esto? Ninguno de nosotros piensa en bajar; todos nos preparamos para la escalada.

Los austríacos acaban de ponerse en marcha y los alemanes les siguen, encordados con ellos. No nos apresuramos porque pronto tendremos que esperar. En lugar de pasar por la roca como ellos, tallo peldaños en la pendiente de hielo y experimento un maravilloso sentimiento de libertad al señalar el camino.

Poco después alcanzamos a los alemanes. La pared tiene el color de la cera. Y en el momento en que Jean Bruneau declara que va a despejarse, empieza a nevar.

—Voy yo —le digo a Paul, que me asegura.

—Ve, hijo mío, y que tus cerillas se enciendan siempre.

La escalada a lo largo de un pilar vertical resulta difícil; la roca helada se cubre de nieve, que el viento del oeste trae a grandes copos; pero estoy satisfecho de pasar a la acción. La espera y la amenaza eran penosas; ahora sabemos a qué atenernos, y de todos modos esta tempestad no nos desagrada. Forma parte de la pared norte del Eiger. Entra en las reglas del juego, que va a jugarse como otras veces. Estamos en plena forma. Dirijo una mirada amistosa a Jean Bruneau, el último de la cordada, separado de mí por cuatro largos de cuerda; ya no nos veremos más hasta la noche.

La roca calcárea hiela los dedos bajo su capa de nieve. El pilar se abomba como un vientre. Calculo mi avance por el de Otto, que sube con rabia cinco metros más arriba que yo, intentando apresurarse. Encuentro una clavija dejada por los primeros escaladores y deslizo un dedo en ella para sostenerme. De pronto oigo un crujido y levanto la

cabeza: un bloque grande como un mojón acaba de ceder bajo los pies de Otto. Mi dedo se aferra a la clavija y, suspendido de él, me aparto hacia la derecha para esquivar el bloque, pero éste rebota más arriba y se fracciona, alcanzándome alguno de los pedazos.

La cabeza me da vueltas y todo oscila en torno mío...

Mi dedo aferrado a la clavija no se ha desprendido de ella, pero me duele mucho, como si me lo hubieran serrado.

Poco a poco el orden se restablece a mi alrededor. Siento un gran peso sobre los hombros y resbalar algo viscoso por mi rostro. Dirijo una mirada al dedo, que sigue cogido a la clavija, y experimento una especie de felicidad y cierto agradecimiento por este dedo mío por no haberse soltado.

Los alemanes me envían una cuerda desde arriba. Instintivamente me ato a ella y vuelvo a emprender la escalada. Un poco de sangre enrojece la roca cubierta de nieve. Mi codo derecho me duele bastante. Llego con esfuerzo al punto de relevo en donde se hallan Otto y Sepp, muy apenados por el accidente. Aseguro a Paul, que sube a reunirse conmigo. Su presencia me reconforta. Sigue nevando sin parar.

Los alemanes, que están encordados a los austríacos desde la mañana, vuelven a emprender la escalada. Desde allí hay que efectuar una travesía horizontal, de cuatro largos de cuerda, para llegar a la última pendiente de nieve incrustada en la pared: la «Araña».

Descanso un momento para cobrar ánimos y salgo a mi vez. Ya no veo a los alemanes: la visibilidad está limitada a algunos metros y el techo de nubes se apoya sobre la tierra, como si pesara demasiado. Todo está blanco: la roca, Otto, que se encuentra delante de mí, y Paul, que me sigue. Los otros han desaparecido, ocultos por esta pared, blanqueada también por la nieve, que cae espesa, inagotable.

Esta mañana casi me alegraba que la tempestad tradicional acabara por estallar. Ahora avanzo sin entusiasmo, con la cabeza pesada y el codo anquilosado. El infierno aquí es blanco, silencioso y frío. La bestia no está contenta; la nieve penetra por las muñecas y por el cuello; los dedos están torpes; los pies se hielan; las ropas, mojadas, se han convertido en una coraza crujiente. En mis compañeros adivino los mismos pensamientos, las mismas inquietudes, y en los alemanes y austríacos también. La pasta humana en esto es la misma.

Pero luego el hombre se adapta. Ha empezado por ser un espectador de un mundo desacostumbrado, y este mundo se convierte poco a poco en suyo. Y llega el momento en que ante el despliegue de obstáculos nacidos de la unión entre la montaña y los elementos, siente de pronto una fuerza, un equilibrio y una fraternidad que tenía en reserva en el fondo de sí mismo, un poco escondidos, un poco adormecidos. Entonces afronta serenamente aquellos obstáculos. Un momento antes, sus movimientos carecían de espontaneidad y la bestia sufría bajo el esfuerzo. Ahora sigue haciendo frío; la nieve se arremolina, el viento es cortante, pero al llegar ante un paso más difícil, el de la cornisa a la

«Araña», la vida vuelve lentamente. El calor renace en nosotros y en nuestro ser fluye una fuerza nueva que hay que distribuir convenientemente contra el viento, la nieve y el frío. No es una exaltación momentánea. El hombre descubre que este viento, esta nieve y este frío no son enemigos, sino obstáculos. Gracias a esa fuerza, realiza prudentemente las decisiones más audaces. Aunque los aludes sigan precipitándose sin descanso, fijándose bien, descubre que el surco que los canaliza está interrumpido como un trampolín y aprovecha esta brecha para introducirse por ella. Durante un momento desaparece por completo bajo el arroyo de nieve que se desliza sobre él; la cuerda que le liga a sus compañeros se pone tensa, mientras forcejea, perdiendo el aliento, y sus dedos se aferran a la roca: esta presión de los dedos contiene la vida. Y al llegar al otro lado, emerge de la masa de nieve en polvo que no deja de fluir.

Para limitar el peligro, Otto me da su cuerda y me pide que le asegure. En esos momentos, los elementos están particularmente desencadenados: los aludes se suceden a un ritmo increíble. Al llegar a un lugar un poco menos expuesto, el alemán me asegura a su vez. De este modo, atravesamos más o menos por su mitad la pendiente de hielo de la «Araña», de forma ligeramente abombada y menos barrida por los aludes que sus orillas. Pero el agujero que se abre cincuenta metros debajo de nosotros es escalofriante. Los islotes humanos derivan lentamente hacia arriba. De vez en cuando, un alud desborda de la canal. La larga cordada que se escalona a lo largo de la pendiente se crispa entonces sobre el vidrio de hielo, y cada hombre lucha en silencio para no ser arrastrado.

Necesitamos muchas horas para subir seis largos de cuerda. Buhl está cien metros más arriba que yo; Bruneau, cien metros más abajo. Gran batalla individual y colectiva a la vez. Cada uno de nosotros avanza imperceptiblemente al mismo tiempo que la cordada.

En la parte alta de la «Araña», los austriacos han tenido que pasar unos cuarenta metros a la derecha del itinerario normal, que está barrido por los aludes. Pero cuando una hora más tarde llego a mi vez a la parte superior de la pendiente de hielo en donde estaba Buhl una hora antes, los aludes se han ido debilitando hasta cesar por completo, y la calma reina de nuevo. Entonces, cansado de esperar y de seguir, me desato de la cuerda que me liga a los alemanes, los cuales están encordados con los austriacos, y me dirijo hacia la izquierda, según la vía de los primeros escaladores. Tallo vigorosamente algunos peldaños, y esto me produce gran alegría. Al llegar al extremo de la cuerda coloco una clavija: a medida que la clavo, la oigo cantar, cosa rara en este calcáreo helado, y esto me maravilla: ¡se sostiene sólidamente! Habrán sube a reunirse conmigo. La canal sigue pacífica; la alcanzo y la atravieso. Es casi vertical y brilla como una pista de *bobsleigh*. Subo todavía unos metros más. El resalte rocoso que tengo sobre mí es empinado y está cubierto de hielo, pero no es imposible, y sé que dos

clavijas dejadas por los alpinistas de las precedentes ascensiones facilitarán su salida. Más arriba, la pendiente se suaviza...

Pero cuando comienzo el ataque oigo un silbido, me aparto dos metros a la izquierda del eje de la canal y un alud cae sobre mí, ahogándome en su fino polvillo.

La calma renace un momento; luego otro alud me envuelve nuevamente en su nube. Finalmente se precipita sobre mí una cascada más pesada: una enorme masa de nieve que me hace tambalear se amontona sobre mi cabeza y me hiela los pulmones. Para no ser arrastrado, debo apretarme contra la roca vertical, a la cual me aferró con todas mis fuerzas.

Entre dos aludes, Magnone se reúne conmigo, mientras Paul permanece junto a la sólida clavija para asegurarnos. Pero los aludes se suceden a un ritmo acelerado. Nunca, ni siquiera en el Annapurna, me he encontrado con un espectáculo semejante. En primer lugar, llega hasta nosotros un soplo potente que nos sacude; luego nos sentimos sumergidos en unas olas de nieve polvo y toneladas de una masa blanca nos rozan al pasar. Somos como unas pajas, retenidas por nuestros dedos crispados sobre redondas y heladas presas.

Entre dos aludes, Guido y yo podríamos volver a bajar junto a Habran, Leroux y Bruneau para pasar por la derecha, pero esto exigiría mucho tiempo y se nos hace tarde; dentro de una hora será de noche. Entonces llamamos a los alemanes y los austríacos. No los vemos, pues un abombamiento de la roca los oculta, pero sabemos que están veinte metros más arriba que nosotros, hacia la derecha. Por mucho que gritemos, se oye muy mal, a causa del estruendo de los aludes y del viento. Finalmente nos entienden y vemos bajar una cuerda, pero hay que ir a buscarla al otro lado de la canal y luego izarse por ella. Pensaba que los alemanes y austríacos podrían ayudarme un poco, pero con este ruido, y sin vernos, resulta imposible. La cuerda no es más que un cable rígido y helado, recubierta de hielo como los hilos eléctricos están recubiertos de tela aislante. Es imposible arrollarla a mi mano. ¿Conseguiré subir veinte metros a fuerza de muñecas a lo largo de la pared lisa, sin ningún descanso, para evitar el fondo de la canal por donde fluyen los aludes?

Vacilo un momento, mientras los aludes continúan deslizándose; luego me decido. Tengo miedo, pero debo hacerlo.

Inmediatamente que acaba de pasar un alud, cojo la cuerda, de hielo y no de cáñamo, atravieso la canal y subo rápidamente. Sé que no me soltaré; pero tengo que subir muy aprisa porque es imposible resistir mucho tiempo en esta posición. Todo mi ser está en una tensión desesperada, y, sin embargo, lúcida, para atenazar mis dedos a lo largo de esta helada cuerda, terriblemente resbaladiza. Mi cuerpo entero está suspendido de estos dedos que se cansan, y sé que la voluntad se debilita cuando los músculos se niegan a obedecer. Subir veinte metros a lo largo de una cuerda seca de dos centímetros de diámetro ya no

resulta fácil, ni siquiera con buen tiempo. Y esto no es una cuerda, sino un hilo de hielo, y hace dos días que escalamos sin descanso. Debajo de mí, los aludes siguen precipitándose sin cesar por la canal.

* * *

Cuando llego al punto de relevo, en donde Jochler y Sepp Maag sostienen la cuerda, les doy las gracias y ellos sonríen, dándome amistosas palmadas en la espalda. Otto, que estaba unos metros más abajo, viene a reunirse con nosotros, mientras Jochler sube hacia donde está Buhl.

Ahora hacemos subir lo más aprisa que podemos a Magnone, Habran, Leroux y Bruneau. Los aseguramos brusca-mente, casi tirando de ellos. Nuestra cuerda de nilón no ha perdido su flexibilidad, y esto facilita las maniobras de una y otra parte. Satisfechos por ser extraídos de aquel miserable pozo, van llegando, uno a uno, junto a nosotros, y cuando todo el equipo se halla reunido otra vez, la felicidad es completa. Ahora hay que preparar el vivac. Sigue nevando.

Los austriacos se instalan unos metros más arriba. Los dos jóvenes alemanes, calados hasta los huesos, permanecen junto a nosotros y nuestra relativa comodidad de chaquetas de plumón mojadas... No tienen material de vivac ni otras prendas de vestir que sus ligeras camisas, su anorak de tela, un chaleco corto y el jersey que le di a Sepp el día anterior, y no han tomado nada desde ayer por la noche. Nosotros también estamos completamente empapados; hace mucho rato que la nieve se ha fundido al contacto de la piel y se desliza a lo largo de la espalda y los brazos.

No pensábamos vivaquear más que una vez y nuestras provisiones empiezan a escasear, aunque por suerte las habíamos calculado muy abundantes. Estamos sentados los siete con las piernas colgando o puestas en los estribos de cuerda helada, sobre dos míseros rellanos, dos escalones gastados, redondeados, inclinados hacia el vacío, suspendidos por azar de la colosal pared. Uno de ellos, el superior, es relativamente grande: tiene una anchura de treinta a cuarenta centímetros por una longitud de un metro cincuenta, y conseguimos sostenernos cinco en él. Jean Bruneau en el extremo de la derecha, los dos alemanes entre él y yo, y Pierre Leroux logra sentarse a mi izquierda. En el pequeño escalón de debajo, Paul Habran y Guido Magnone se apretujan uno contra otro y apoyan su espalda contra nuestras piernas. Para no caer, en el caso de que uno de nosotros resbale o se duerma, cada uno está atado a una clavija como una cabra a una estaca. Guido ha tenido la buena ocurrencia de traer una tela impermeable que atamos a las clavijas, colocándola sobre nuestras cabezas a modo de techo. Los aludes siguen precipitándose por la canal, pero aquí son más escasos y más ligeros; crepitan y resbalan

sobre la tela impermeable, pero parte de la nieve consigue amontonarse entre nuestra espalda y la pared.

De vez en cuando, el viento del oeste trae una capa de nieve polvo que se filtra por todas partes: en el cuello, a pesar de la capucha; en los bolsillos, en las mangas, entre los vestidos, en los guantes, en el calzado... Nuestro vivac parece un pueblo destruido por la tempestad.

Sin embargo, algo de alegría reina entre nosotros, a pesar de nuestra inquietud y de esta promiscuidad: somos muchos y nos sentimos fuertes todavía. Paul y Guido hacen el inventario de nuestras provisiones. Pierrot, con movimientos de equilibrista, coloca un cazo de nieve sobre el hornillo que sostengo trabajosamente sobre mis rodillas. Las cajas de fósforos están mojadas, pero después de muchos fracasos, una pequeña llamita vacila, tiembla, atraviesa la humedad y como una pequeña reina siembra un poco de alegría entre los hombres. Otto y Sepp se sienten felices con nosotros. Jean nos anuncia, con voz tranquila y risueña:

—La tradición ha sido superada.

Nos repartimos como hermanos algunos bombones, algunos terrones de azúcar, trozos de galletas y un poco de agua tibia que hemos conseguido fundiendo la nieve.

Hacia las dos de la madrugada se opera en la atmósfera un cambio enorme: la nieve deja de caer, pero el aire que se ha levantado es glacial. La gran batalla que tenía lugar sobre nuestras cabezas ha terminado: el viento del oeste ha cedido y el del norte ha ganado, rechazando las nubes, amontonándolas en el valle y volviendo a instalar las estrellas en el cielo, pero también un frío mordiente sobre la tierra. Mañana hará buen día, pero, de momento, cada sople de viento es como un hachazo que restalla al chocar contra la pared y sacude nuestro frágil campamento. Tiritamos violentamente, las mojadas ropas se ponen rígidas, los pies se hielan, todo se vuelve duro y quebradizo, el frío cincela nuestros cuerpos acurrucados, encogidos, soñolientos. Los aludes espaciados que se deslizan todavía son inmediatamente dispersados y convertidos en polvo por el cierzo glacial que trae la esperanza pero nos gasta lentamente. La pared, completamente blanca, resulta casi luminosa en la noche. ¡Sobre todo es preciso no dormirse! Porque si uno se duerme, deja de luchar, y si se deja de luchar hay peligro de dormirse definitivamente. ¡Cuánto tarda en atravesar el horizonte este día tan esperado! Estas horas son las peores. Aunque estemos muertos de cansancio, es preciso velar, como en la grieta debajo de la cumbre del Annapurna. Y la noche es eterna.

Sin embargo, como nos hemos negado a dormir y a morir, llega un momento en que vemos nacer un paisaje blanco de silencio y de luz. Es el tercer día. La pared norte del Eiger, montaña de piedra negra, se ha vestido de nieve inmaculada. El sol permanece todavía escondido tras la arista de Mitteleggi, pero su presencia nos tranquiliza. El frío es muy intenso. Debemos estar a -10° . La pared es lívida, pero no carece de

belleza. Ha terminado la mala noche de inactividad y la escalada volverá a reanudarse. Mañana podremos desayunar con croissants y café con leche.

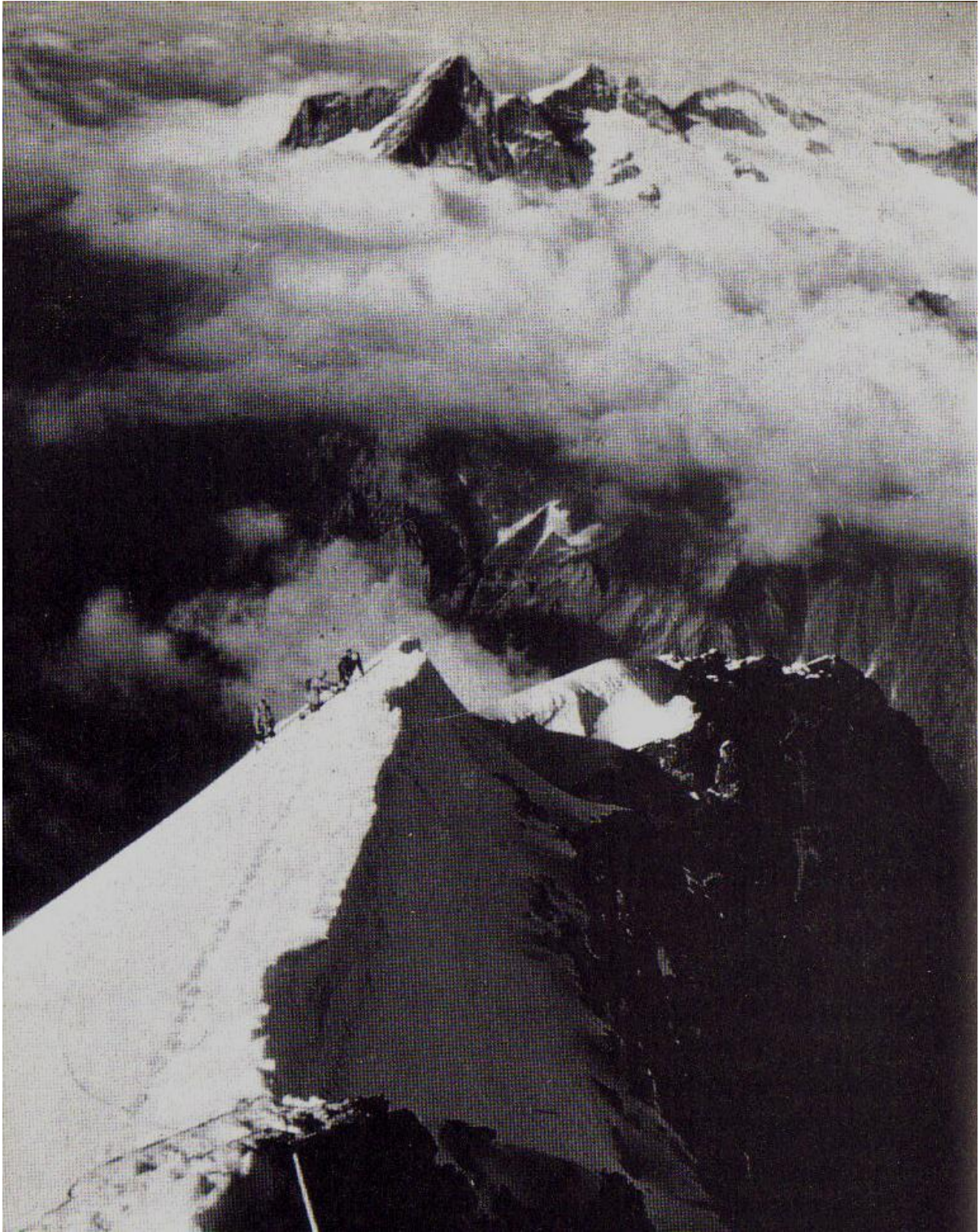
Hoy, más aún que los otros días, me gustaría abrir mi camino en este difícil y extraño mundo por el cual siento simpatía: el mundo de las cumbres y los elementos. Pero veinte metros sobre nosotros los austríacos se preparan a escalar el resalte que nos domina. Adivinando que la lucha será dura, nos piden clavijas y aseguran a Sepp, que les sube todo el material de que disponemos. Luego, Buhl ataca, y se halla en seguida en un terreno muy difícil: bajo la nieve, la roca está recubierta por una brillante ganga: una dura y espesa escarcha que la tapiza de un modo uniforme. Los pies patinan, las manos resbalan, las grietas están tapadas, las presas niveladas, las clavijas no se clavan, el martillo golpea, hunde, se cansa, golpea al lado, escama apenas la espesa escarcha; el cuerpo resbala, queda colgado de una clavija, recupera el equilibrio; se suspende un instante la anhelante respiración; el martillo descubre una presa, hace caer la nieve que recubría una losa, limpia otra presa; el pie introduce en la escarcha una punta del crampón; los entumecidos dedos liberan una hendidura del hielo que la recubre y clavan en ella una clavija... Buhl gana cincuenta centímetros, un metro; sus pies resbalan una vez más, pero todo va bien; las clavijas resisten. El frío es terriblemente intenso; el cielo está despejado; los dedos, insensibles; los pies, helados; los músculos, rígidos; la máquina está anquilosada; los vestidos parecen una coraza; la cuerda, un hilo de hierro. Pero el corazón y la voluntad velan indomables. Buhl avanza lentamente, y con una tenacidad maravillosa consigue franquear el resalte. Jochler se reúne con él y pasa delante. Los alemanes les siguen y yo me pongo en marcha a mi vez. Todos nos izamos con las cuerdas para ir más de prisa. Un espolón rocoso separado de la pared como la proa de un navio, permite descansar unos instantes. Vista desde aquí, la pared resulta fantástica. Pierrot y Jean no han salido todavía del vivac, un frágil nido perdido en este gigantesco lienzo de nieve. ¿Cómo hemos podido sostenernos los siete en ese mísero rellano en donde ellos dos solos parecen tan incómodos? Esto nos inspira confianza para lo que va a seguir; venimos de allí y nada podrá ya retenernos.

Un rappel pendular nos deposita en un couloir, pero el sol le da de lleno y la nieve se desmorona; los aludes vuelven a precipitarse, pero no son ya de nieve polvo, sino de nieve húmeda y pesada. Guido pierde un crampón en la travesía; en el couloir, se escapa un piolet de las manos de uno de los alemanes. A cada largo de cuerda, una clavija asegura a los escaladores.

Avanzamos lentamente, pero poco a poco la pendiente es menos empinada y vamos más aprisa. Hay que ir con mucho cuidado en este peligroso couloir. Una piedra hiere a Guido en el labio, y Paul lo asegura de un modo eficaz. Por fin, llegamos a la pendiente terminal; la parte



Un rappel pendular nos deposita en un couloir.



Es un encanto escalar el último centenar de metros de esta arista cimera.

baja es de nieve; la alta, de hielo vivo. Con ardor y placer, tallo pequeños escalones para el pie izquierdo de Guido, desprovisto de crampones. Esto nos retrasa un poco, pero no importa. Los alemanes y los austriacos han alcanzado ya la cumbre y empezado el descenso cuando llego a la cornisa de la arista de Mitteleggi, y les pierdo de vista. Mis compañeros se reúnen conmigo.

Es un encanto escalar el último centenar de metros de esta arista. Hacia las seis de la tarde estamos en la cumbre del Eiger. El aire es fresco, pero tiene el agradable sabor del aire de las cumbres. El mar de nubes hace ondular sus olas de blanca espuma. Las altas cumbres, adornadas de nieve reciente, emergen solas, como continentes eternos, de una marea que inunda la tierra.

Paul nos reserva una sorpresa. Anoche nos hizo trampa en la distribución y no nos dio todo lo que había; ahora vacía su mochila y nos entrega las últimas reservas: algunos bombones, terrones de azúcar, trozos de galletas...

—Había guardado esto por si teníamos que vivaquear otra vez —nos dice satisfecho.

Pero la lucha ha terminado. Nos miramos unos a otros con cierta emoción; durante estos tres días nadie se ha desmoralizado y el buen humor no ha cesado de reinar: hemos seguido siendo un alegre equipo. ¿Por qué nos sentimos tan felices después de una ascensión tan dura? Durante tres días sólo hemos encontrado dificultades, frío y tempestad, cosas todas que rechazan al hombre. No eran solamente los desplomes aéreos y los diedros acrobáticos; ¿acaso por sí solos hubieran podido procurarnos semejante alegría? No lo creo, y ahora me parece medir la insignificancia de un Eiger escalado con buen tiempo. No hemos hecho ninguna locura, ninguna imprudencia; estábamos preparados para alcanzar el éxito. A través de esta ascensión acabamos de sentir una gran plenitud en el fondo de nuestras entrañas y de nuestros corazones: una vida desbordante en la convivencia con los elementos, un sentido de compañerismo, un amor hacia cosas que una vez se han gustado no pueden reemplazarse por nada.

Durante unos momentos contemplamos todavía este mundo aparte que es la alta montaña. Todo cansancio ha desaparecido. Abajo, como un gato acariciado, el mar de nubes enarca el lomo bajo la mano del viento.

Pero se hace tarde y hay que pensar en dejar la cumbre. Sólo nos quedan dos horas para alcanzar la estación de Eigergletscher antes de la noche. Descendemos por la vía normal; como esta mañana, como ayer, como anteayer, la vida bulle en nosotros.

¡La vida, este lujo de la existencia!

APÉNDICE

La conquista de la alta montaña es reciente.

¿No es acaso 1786 la primera gran fecha del alpinismo? En aquel año, bajo el impulso del sabio ginebrino H. B. de Saussure, fue escalada la primera gran cumbre, el Mont Blanc, por el doctor Paccard y el guía Jacques Balmat. El alpinismo estaba creado.

Luego los alpinistas subieron a *todas* las otras cumbres de los Alpes: Barre des Ecrins, Aiguille Verte, Grandes Jorasses, Weisshorn, Gross Glockner, Ortler, Jungfrau, Bernina, Dom, Finsteraarhorn, Cervino, Lavaredo...

La conquista de los Alpes hubiera podido acabarse lógicamente así. Pero la sed que había devorado a los precursores ha sido conocida también por sus herederos, que, soñando con nuevas luchas y enriquecidos con la experiencia legada, han emprendido la «reconquista de los Alpes». De este modo han escalado cada cumbre por caras y aristas distintas de las de la primera ascensión; el alpinista ha hecho la exploración metódica de cada montaña.

Algunas murallas han resistido más tiempo que otras a los asaltos de los escaladores, en particular las grandes paredes norte. En general, son más altas, más rectas, más difíciles, más frías que las paredes sur, este u oeste, y su conquista, después de varias tentativas, constituye por sí sola una época en la historia del alpinismo. Entre las grandes paredes norte hay:

La pared norte del Cervino, en el Valais.

La pared norte de la Cima Grande di Lavaredo, en los Dolomitas.

La pared norte del Piz Badile, en la Engadine.

La pared norte de las Grandes Jorasses y la de los Drus, en el macizo del Mont Blanc.

La pared norte del Eiger o Eigerwand, en el Oberland.

INDICE

Prólogo	4
Pared norte de las Grandes Jorasses.....	11
Espolon Walker.....	12
Espolon central.....	30
La cara nordeste del Piz Badile	32
Pared norte de los Drus	48
El Cervino.....	58
Cima grande di Lavaredo	68
La pared norte del Eiger.....	78
Apéndice.....	99

Procedencia de las fotografías

J. Altadill: págs. 5, 7 y 60.

J. M. Anglada: págs. 6.

M. Bernard Pierre: págs. 39 y 43.

M. A. Gallego: portada y págs. 50 y 88.

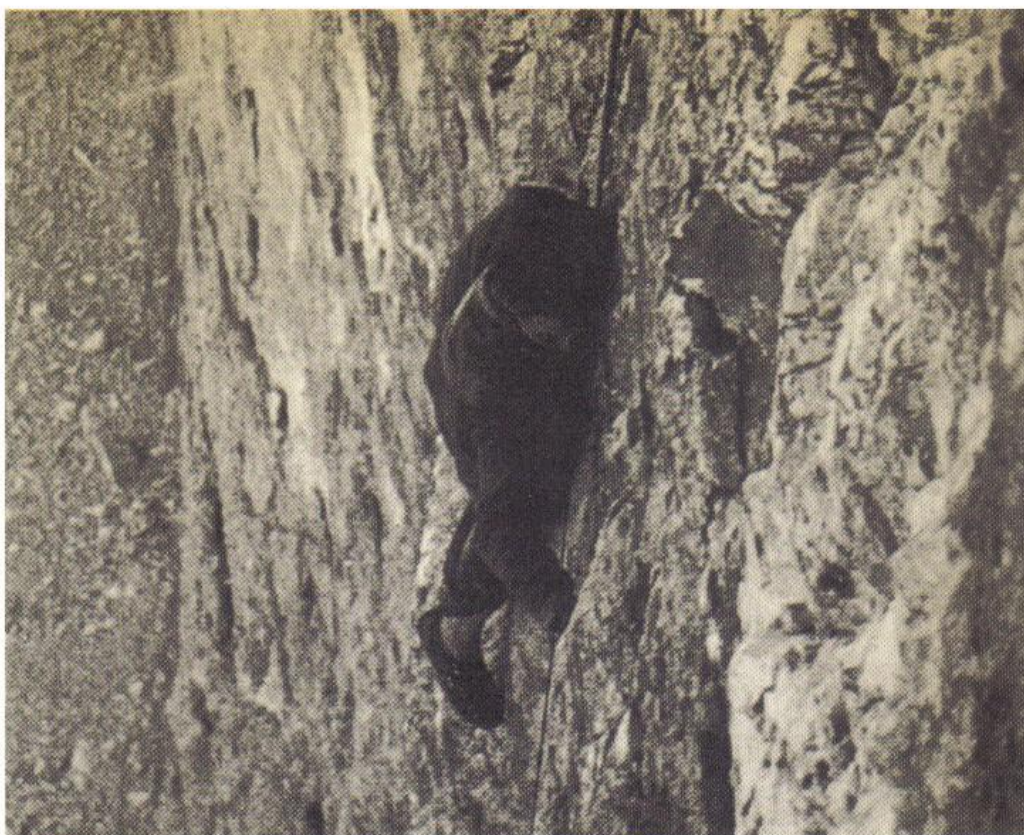
M. Pedrett: pág. 34.

M. P. Périchon: pág. 53.

M. Raymond Lambert: pág. 55.

G. Rébuffat: págs. 17, 21, 24, 28, 64, 72, 74, 76, 84, 96 y 97.

Swissair: pág. 67.



**El más célebre guía alpino de su tiempo
en un libro que hará soñar a los alpinis-
tas de todas las épocas.**